



**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES SEDE  
ACADÉMICA MÉXICO**

**MAESTRÍA EN CIENCIAS SOCIALES  
XVI PROMOCIÓN  
2006 – 2008**

**“Ya no Somos Nosotros”: Identidades políticas en el Chile  
contemporáneo.**

**Tesis que para obtener el grado de Maestra en Ciencias Sociales  
Presenta:**

Mayarí Marcela Castillo Gallardo

Director de tesis: Dr. Francisco Zapata

*México, D. F. Agosto del 2008.*

\* Investigación realizada gracias al apoyo de la Secretaría de Educación Pública

## **Resumen**

Este trabajo de investigación trata el fenómeno de las identidades políticas y las principales transformaciones que han experimentado en los últimos treinta años en Chile. Durante el período previo al régimen militar, las identidades políticas se articularon en torno a la posición de los individuos en la trama económica, siendo la pertenencia de clase uno de los pilares fundamentales en la misma. A partir de 1973, el país se vio sometido a una reforma económica que transformó la estructura productiva y ocupacional, modificando así el corazón del sistema de partidos en Chile. La hipótesis de este trabajo es que este fenómeno impactó en la dinámica de conformación de identidades políticas en Chile, siendo un ejemplo de esto el cada vez más importante apoyo electoral de la derecha conservadora en los sectores populares. A partir de un concepto de identidades políticas construido con aportes de Goffman, Castells, Bourdieu y Lechner, se realizó un estudio orientado a comprender la construcción de identidades políticas en un contexto sociocultural determinado. Mediante una serie de entrevistas realizadas en la comuna de Renca (Santiago de Chile), se caracterizó y analizó los principales ejes de la construcción de identidad política de dirigentes políticos locales, intentando generar una explicación en torno al ascenso de la derecha en esta comuna.

## Abstract

The following research is about the political identities phenomenon and the main transformations they have suffered in the last three decades in Chile. During the period before the military regime the political identities were articulated around the individual's positions in the economic frame, being the class adscription a main axis. Since the dictatorial period the country is subjected to economic reforms which transformed its productive and occupational structure, changing then the heart of the parties system in Chile. The hypothesis of this work is that this phenomenon impacted in the political identities conformation dynamic, being a clear example the growingly electoral support of the conservative politic right among popular sectors. Starting from a political identity concept constructed with contributions of Castells, Bourdieu y Lechner, a research work oriented to understand the construction of political identities in a determined social and cultural context has been done. Through a group of interviews developed in the *comuna* (county) of Renca (Santiago de Chile), the main dimensions of political identity construction are characterized and analyzed for the local politic leaders, trying to generate an explanation on the growth of the politic right in this *comuna*.

*A mis padres, por darme la memoria, la fuerza y la ternura.  
A mi hermana por ser un apoyo constante.  
A Ismael, por acompañar mi corazón y mi intelecto en todo momento.  
Sin ellos, nada de esto hubiera sido posible.*

*“Quería sí deciros todo eso y contaros  
Muchas historias que sé y que a mi vez me contaron  
O que aprendí viviendo en la gran habitación del dolor  
Y cosas que dijeron otros poetas antes que yo  
Y que era bueno que supierais  
Y no he podido daros más – puerta cerrada de la poesía –  
Que mi propio cadáver decapitado en la arena”*

*(R.Dalton)*

## Índice

<b>I. Introducción.....</b>	<b>- 8 -</b>
<b>Capítulo I: Marco teórico-conceptual .....</b>	<b>- 11 -</b>
<i>La identidad. Trayectoria de un concepto.....</i>	<i>- 12 -</i>
<i>La identidad individual. Una perspectiva sociológica.....</i>	<i>- 14 -</i>
<i>La identidad colectiva.....</i>	<i>- 21 -</i>
<i>Las identidades políticas.....</i>	<i>- 25 -</i>
<i>Viejas y nuevas formas de pensar la política. ....</i>	<i>- 34 -</i>
<b>Capítulo II: Lo político en Chile. Cambios y continuidades.....</b>	<b>- 40 -</b>
<i>Primer período: El tiempo de las identidades totales. Clase, partido y conflicto.....</i>	<i>- 42 -</i>
A) Estructura económica y estructura ocupacional. ....	- 42 -
B) Sistema político: partidos y marcos institucionales. ....	- 46 -
C) La derecha. ....	- 48 -
D) El centro. ....	- 55 -
E) La izquierda. ....	- 63 -
<i>Segundo Período: El tiempo de las identidades en transformación. Represión y reorganización del campo político. ....</i>	<i>- 70 -</i>
A) Estructura económica y estructura ocupacional. ....	- 70 -
B) Sistema político: partidos y marcos institucionales. ....	- 71 -
C) La derecha. ....	- 75 -
D) El centro. ....	- 81 -
E) La izquierda. ....	- 86 -
<i>Tercer Período: El tiempo de las identidades fragmentadas. Transición, democracia y escepticismo.....</i>	<i>- 96 -</i>
A) Estructura económica y estructura ocupacional. ....	- 96 -
B) Sistema político: partidos y marcos institucionales. ....	- 98 -
C) La derecha. ....	- 101 -
D) El centro.....	- 102 -

E) La izquierda.....	- 104 -
<b>Capítulo III: Renca como estudio de caso.....</b>	<b>- 107 -</b>
<i>Selección del espacio de observación. Algunos elementos metodológicos.....</i>	<i>- 107 -</i>
<i>La comuna de Renca: Características e historia de la comuna.....</i>	<i>- 111 -</i>
<i>Lo organizacional. Espacios y dinámicas.....</i>	<i>- 124 -</i>
<i>Comportamiento electoral de Renca durante el período.....</i>	<i>- 126 -</i>
<b>Capítulo IV: Territorialidad y convergencia. Las identidades políticas en Renca hoy. -</b>	<b>129 -</b>
<i>Dimensión Locativa.....</i>	<i>- 131 -</i>
<i>Dimensión Integrativa.....</i>	<i>- 140 -</i>
<i>Dimensión de la diferencia.....</i>	<i>- 174 -</i>
<b>Capítulo V: La derecha y Renca. Aproximaciones al fenómeno UDI .....</b>	<b>- 185 -</b>
<i>La derecha gremial: a la conquista de los sectores populares.....</i>	<i>- 187 -</i>
<i>La derecha en Renca. Una mirada desde los actores.....</i>	<i>- 195 -</i>
<i>Sobre la identidad política, los sectores populares y el fenómeno UDI.....</i>	<i>- 206 -</i>
<b>ii. Conclusiones.....</b>	<b>- 209 -</b>
<b>iii. Bibliografía.....</b>	<b>- 213 -</b>
<b>iv. Anexos .....</b>	<b>- 219 -</b>

## **I. Introducción**

El siguiente trabajo de investigación busca acercarse al fenómeno de las identidades políticas en Chile, sus formas de construcción y las principales transformaciones que han sufrido en los últimos treinta años.

Durante el período previo al régimen militar (1925-1973), las identidades políticas en Chile se conformaron en torno a una estricta coincidencia entre lo político y lo estructural: la temprana proletarización de la sociedad chilena y la pronta emergencia de partidos políticos de raigambre obrera y mesocrática, delimitaron la formación de un sistema político inclusivo y anclado en representaciones de carácter estructural. En ese marco, las identidades políticas se conformaron en torno al trabajo y la posición de los individuos en la trama económica, siendo la pertenencia de clase uno de los pilares fundamentales en su construcción.

Así, estas identidades se constituyeron como núcleo articulador de un conjunto de pertenencias sociales, construyendo un “nosotros” basado en la fuerte asociación entre clase y partido. En ese contexto, las identidades políticas cobraron especial fuerza y lograron entregar marcos interpretativos a los sujetos en casi todos los planos de su vida. Sin embargo, esto cambió radicalmente a partir del período dictatorial en base a tres procesos:

1. Una transformación de la estructura productiva y ocupacional que modificó la relación entre partidos – base social, así como también desplazó los ejes de conflicto (Zapata, 1986; 2007; Baño, 1986; León et al.2001; Portes et al., 2003).
2. La generación, instalación y legitimación de una nueva forma de hacer política que dio lugar a nuevos actores colectivos legítimos, una reorganización de los sectores políticos tradicionales y la formulación de nuevas alianzas y estrategias (Dávila y Fuentes, 2002; Corvalán, 2001; Garretón, 1989; 2001).



3. Un trauma histórico a partir de la experiencia de la represión que marcó profundamente la práctica de lo político en Chile (Santiso, 2001; Garretón, 1989; 2000; 2001).

La hipótesis que guía esta investigación es que estos fenómenos, en particular el cambio en la estructura ocupacional, transformaron la dinámica de conformación de identidades políticas en Chile tanto durante la dictadura como a partir del período denominado *transición democrática*. Hoy día, a casi 18 años de democracia, nos encontramos frente a diversos movimientos políticos de características disímiles, con nuevas formas de organización y temáticas que interpelan a las ciencias sociales: ¿Cuáles son las características de las nuevas identidades políticas? ¿Cuáles son los principales cambios experimentados? Es decir ¿Cuál ha sido el impacto de las transformaciones de la estructura ocupacional chilena en la construcción de identidades políticas? Proponer una respuesta a esta pregunta es el objetivo central de la investigación.

Con este fin, revisaremos en el primer capítulo el concepto de identidad política e identidad colectiva, con el objetivo de establecer el marco teórico a partir del cual se realizó la investigación. Utilizando principalmente aportes de Goffman, Castells, Bourdieu y Lechner, delimitaremos el concepto de identidad política de manera tal que se convierta en la principal guía del estudio empírico que realizaremos.

En el segundo capítulo, se realiza una caracterización de las identidades políticas en base a tres períodos: 1925-1973, 1973-1989 y 1989-2007, orientada a entregar los principales elementos que permitan establecer continuidades y rupturas en la construcción de las identidades políticas en el Chile contemporáneo. En este análisis se relevaron aspectos contextuales como estructura ocupacional, sistema económico y sistema político y se diferenció por tres sectores: izquierda – centro – derecha<sup>1</sup>.

En el tercer capítulo se presenta el estudio de caso realizado para esta tesis, cuya función es la de ser un espacio privilegiado de observación en el cual observar en detalle la construcción de identidades políticas. A partir de la realidad de la comuna de Renca,

---

<sup>1</sup> Los elementos que componen la definición izquierda – derecha se encuentra desarrollada en el capítulo II.

se pretende observar el impacto de los fenómenos de alcance nacional en el espacio local, por lo que la selección del caso priorizó la existencia de características relevantes para el estudio, como son importantes transformaciones en la estructura ocupacional y en el comportamiento electoral de la comuna. Estamos conscientes, sin embargo, de los numerosos caminos metodológicos que hemos cerrado con esta elección y las consecuencias que ésta posee para los resultados de la misma. Al basar la metodología en un estudio de caso, hemos limitado de manera importante la capacidad de generalización de los resultados, que podría haberse visto beneficiada a través de un enfoque cuantitativo. De la misma manera, al no incluir otros casos en el estudio hemos reducido la capacidad de controlar fenómenos atípicos y de comparar entre distintas expresiones de un mismo hecho social. Cabe señalar, sin embargo, que éstos son costos necesarios de una apuesta metodológica que apuntó a la comprensión de las identidades políticas en términos de *trayectorias*, por lo que requería un nivel de focalización y profundidad que hubiera sido imposible lograr con otro tipo de metodología en tan corto tiempo.

En el cuarto capítulo se presenta un análisis detallado de las entrevistas en profundidad realizadas a partir del caso en estudio, Renca. A través de ellas, se busca mostrar los principales ejes de la construcción de identidad política de dirigentes políticos locales y sociales, relevando las diferencias por sexo, ocupación, población/villa y por continuo izquierda – derecha.

En el quinto capítulo se presenta un análisis de la emergencia de la derecha conservadora en los sectores populares, caracterizando en primer lugar este fenómeno desde una perspectiva nacional. En la segunda parte de este capítulo se busca ejemplificar este fenómeno en el estudio de caso, Renca, con fin de comprender la presencia y expansión de este sector político en los sectores populares.

Finalmente, en la parte de conclusiones, se realiza una reflexión en torno a los principales cambios observados en la construcción de identidades políticas en general, centrándose en dos puntos fundamentales: 1) La relación posición estructural – identidad política 2) Los cambios en la identidad política de los sectores populares.

## Capítulo I

### Marco teórico - conceptual.

El concepto de identidad, tanto individual como colectiva, ha experimentado un relativo auge durante las últimas décadas, en particular en relación al fenómeno de lo político. Para Giménez (2000), el mayor uso del concepto de identidad en la producción académica deviene de la necesidad de dar respuesta a una serie de acontecimientos políticos y sociales que ponen a la identidad como centro de la reflexión teórica. Desde este punto de vista, la emergencia del movimiento feminista, ambientalista e indígena, por nombrar algunos, habrían establecido la necesidad de problematizar y teorizar acerca de un fenómeno soslayado por las grandes corrientes teóricas del siglo XX.

Así también la caída de las grandes narrativas y los acelerados cambios producidos por los fenómenos aunados bajo el nombre de *globalización*, generaron una serie de cambios en torno a la constitución de identidades individuales y colectivas que interpelan a las ciencias sociales y sus aparatos conceptuales y teóricos. En ese marco, Larraín (1996) nos dirá que la pregunta por las identidades es característica de las sociedades que experimentan acelerados cambios y que por ello, poseen identidades en tránsito o transformación. El cuestionamiento sobre la identidad surge donde las viejas configuraciones de lo social se encuentran amalgamadas con fenómenos nuevos, emergentes e inexplorados.

Sin embargo, los procesos de acelerado cambio y transformación social no son privativos de nuestra época. Por esta razón, la pregunta por las identidades y la teorización al respecto se remonta a los inicios de la teoría social moderna, donde se sientan las bases conceptuales para su desarrollo. En este capítulo, trataremos de reconstruir sintéticamente los principales desarrollos en torno al concepto de identidad, para posteriormente trabajar sobre la distinción entre identidad individual e identidad colectiva. Finalizaremos estableciendo un puente teórico entre identidad colectiva y política, con el fin de otorgar un marco teórico que nos permita dirigir el estudio empírico sobre el caso chileno.

*La identidad. Trayectoria de un concepto.*

Las distintas miradas del concepto de identidad pueden ser agrupadas, siguiendo a Hall (1992:275), en tres grandes grupos. Cada uno de ellos se corresponde con un determinado tipo de sujeto: el sujeto de la ilustración, el sujeto sociológico y el sujeto posmoderno.

El primer grupo encontramos todos aquellos desarrollos teóricos que se enmarcan en el pensamiento ilustrado. El surgimiento del individuo, propio de la época moderna, es condición necesaria para el desarrollo de un concepto de identidad, concebida como una esencia abstracta, un centro con permanencia en el tiempo y capacidad de otorgar continuidad a la conciencia (Larraín, 1996:94). Esta concepción se iría transformando poco a poco para convertirse en los que hemos denominado *la identidad sociológica*. La crítica de Marx a la filosofía alemana es la piedra angular que permite desplazar la noción de la identidad de una concepción abstracta e individual al desarrollo de un concepto delimitado en base a las relaciones sociales del individuo y su contexto histórico. El pensamiento marxista introdujo la dimensión histórica en el concepto de la identidad y la concibió como la unión de todas las relaciones sociales de un sujeto: con ello, dio forma a la idea de que *la identidad está socialmente modelada*.

La idea de una identidad socialmente construida comenzó a ser parte, desde ese momento, del aparato conceptual de las ciencias sociales aún en formación. Esta corriente, por ser la más importante para efectos de este trabajo, la reseñaremos en el próximo apartado. Sin embargo, no podemos dejar de mencionar que la concepción de la identidad como parte de un entramado social que le otorga sentido y significado fue desarrollada de manera primigenia por George Mead, quien marcará profundamente los desarrollos teóricos posteriores sobre el tema. El pensamiento sociológico acerca de las identidades es, indudablemente, tributario del trabajo de este autor.

En su libro “Espíritu, Persona y Sociedad” (1934), Mead hará hincapié en la necesidad de entender el *sí mismo (self)* en relación al grupo social del cual proviene y establecerá una de las distinciones claves para sociología de la identidad: la distinción entre el *yo* y el *mi*. En esta distinción, el *yo* representa una reacción individual frente a las actitudes de los otros, mientras que el *me* implica el conjunto de actitudes de los otros

hacia el individuo, haciendo referencia a la dimensión social de la constitución identitaria del *sí mismo* (*self*). A través de esta distinción, Mead pone en el tapete uno de los elementos que posteriormente serán claves para el desarrollo del concepto contemporáneo de identidad: la importancia del reconocimiento, interacción y expectativas de los otros. La identidad se construye bajo *la mirada de los otros*. Ahondaremos en esto más adelante.

El tercer grupo de desarrollos teóricos sobre la identidad son aquellos que, según Hall (1992:277), se basan en una concepción de sujeto posmoderno. En este enfoque, el sujeto es concebido como un individuo descentrado, fragmentado y con una multiplicidad de identidades, incluso contradictorias entre sí. La unidad del sujeto moderno se rompe y su identidad pierde coherencia. Para Kellner (1992:158) la identidad posmoderna se caracteriza por ser libremente elegida, casi como un juego de máscaras en el cual el individuo puede elegir quién quiere ser, en qué momento y con quién. En ese marco, se considera que la identidad se sustenta más en la idea de *proyecto de vida* individual que en las categorías que anteriormente constituían el eje articulador de las identidades (clase, género, etnicidad, nacionalidad).

La idea de *proyecto de vida* permite a este enfoque introducir otro de los elementos claves de esta concepción sobre la identidad: la idea de *construcción y deconstrucción permanente*. Si el sujeto posmoderno juega con sus identidades y las define en función de un proyecto de vida, es claro que ésta no puede ser de carácter fijo y completo, sino que está en permanente cambio. La idea de sujeto fragmentado ya está presente en los desarrollos teóricos previos al pensamiento posmoderno, aportes que son retomados y reelaborados por éste. Así, vemos como Freud nos muestra un sujeto con identidad escindida y Lacan en su artículo “El estadio del espejo” (2003), mostrará los principales elementos constitutivos de la identidad desde una mirada psicoanalítica.

*La identidad individual. Una perspectiva sociológica.*

Después de esta breve contextualización, se tratará de introducir los principales elementos que delimitarán el concepto de identidad individual tal y como será utilizado en el transcurso de la investigación.

Como señalábamos anteriormente, la idea de una identidad construida en base al contexto social e histórico tiene una antigüedad importante en el pensamiento social de occidente, siendo desarrollada ampliamente durante los siglos XIX y XX. Siguiendo a Hall (1992), hemos agrupado a estos desarrollos teóricos bajo el nombre de *identidad sociológica* en el apartado anterior. Sin embargo, es indudable que esta clasificación subsume bajo un único nombre una pluralidad de enfoques cuyas divergencias pueden llegar a ser tan grandes como sus coincidencias en torno a la importancia del contexto social e histórico en la construcción de identidad.

Por esta razón y dada la amplia discusión al respecto, limitaremos esta exposición a aquellos aportes que establecen la importancia de lo social en la construcción identitaria a través del *rol de los signos y significados intersubjetivos*. Tomando como base el trabajo de Goffman (1963), realizaremos una discusión con otros autores vinculados a la temática de la identidad, estableciendo los principales aportes que éstos pueden hacer en la delimitación del concepto, a partir de cuatro ideas fundamentales:

A) La identidad es un fenómeno intersubjetivo.

Existe en el pensamiento sociológico contemporáneo un cierto consenso respecto a que la identidad de un individuo no se constituye de manera aislada, sino que es construida a partir ciertos elementos presentes en el mundo social. La identidad no puede ser pensada sin esta referencia a un contexto cultural que permite al individuo establecer los enclaves significativos que le permitirán crear una imagen de *sí mismo*. En ese sentido la identidad es un fenómeno *intersubjetivo*.

Este carácter ha sido apuntado a través del concepto de *signos y símbolos compartidos* de Goffman<sup>2</sup> (1963). A partir de estos elementos compartidos, el sujeto interpreta y actúa en función un determinado marco cultural y a partir de un conjunto de expectativas acerca de su comportamiento: el contexto sociocultural es la piedra angular que nos permite entender la constitución de identidades, pues orienta a los individuos en su comprensión y accionar en el mundo. A partir de esta *estos signos y símbolos*, se establecen aquellas categorías que son socialmente significativas y que se constituirán en ejes articuladores de las identidades.

Así, la identidad se configura a partir de un lenguaje simbólico compartido por los miembros de una sociedad, el que mediará la interacción y establecerá un núcleo de expectativas sociales acerca del comportamiento. En función de esto, Goffman desarrollará la distinción entre *identidad virtual* e *identidad social real*: la identidad virtual es un conjunto de expectativas y estereotipos atribuidos culturalmente a los sujetos con quienes interactuamos, mientras que la identidad social real es aquella que el sujeto realmente posee. Si bien en muchos casos estos dos tipos de identidades tienden a coincidir, pueden existir ocasiones en que esto no ocurre. Esto generará desconcierto y desorientación por parte del individuo interactuante, que deberá echar mano de su repertorio simbólico para interpretar la situación y generar una respuesta adecuada.

Esta distinción parece relevante en el caso chileno que analizaremos, en donde parece existir una transformación de los ejes articuladores de las identidades y con ello, un cierto desajuste entre *identidad virtual* e *identidad social real* de los sujetos. Desde el período que abarca 1920 a 1973, Chile se caracterizó por la predominancia del binomio identidad de clase – identidad política en la construcción identitaria de los individuos: existía una fuerte coincidencia entre *identidad social real* e *identidad virtual*, en tanto cuando alguien interactuaba con un obrero fabril esperaba que viviera en determinado barrio, comiera determinadas comidas, escuchara determinada música, se identificara con los trabajadores y con los partidos de izquierda tradicionales. Durante este período, es probable que dicho conjunto de expectativas coincidieran con la *identidad social real*

---

<sup>2</sup> La relevancia de la construcción intersubjetiva de la identidad ha sido tratada también por otros teóricos que han desarrollado este concepto. Así, vemos que para Giménez (2000:7) este elemento es desarrollado a partir de la idea representaciones sociales y para Castells (1997:5) es desarrollado a partir de la noción de significados compartidos. Sin embargo, hemos elegido el enfoque de Goffman como el eje articulador del concepto de identidad a trabajar en la tesis, por las razones que expondremos más adelante.

del sujeto, aunque evidentemente esta coincidencia no tuviera carácter de necesidad. Como veremos en el próximo capítulo, a partir del período dictatorial la construcción identitaria de los sujetos parece estar articulándose en torno a nuevos ejes: hay un tránsito hacia nuevas formas de identificación y en ese movimiento se ha producido un cierto desajuste entre la *identidad social real* y la *identidad virtual*, que puede ocasionar un cierto desconcierto en la interacción entre individuos.

Esta distinción constitutiva de la identidad, así como el rol significativo del contexto sociocultural, también puede ser encontrada en otros desarrollos teóricos sobre la identidad, aunque con énfasis distintos. Por ejemplo en Castells (1997:6), la identidad se definirá como el conjunto de significados internalizados por el individuo, poniendo mayor énfasis en la dimensión colectiva de la construcción de identidad. Para Larraín (2004:42), la identidad se definirá en función con un conjunto de atributos socialmente significativos, manifestados en dos dimensiones: A) Dimensión subjetiva, en la cual el sujeto le otorga sentido a los atributos que posee, genera una narrativa y sentido para su acción B) Conjunto de expectativas de los otros que rodean al individuo y que le permiten orientar su acción con cierta previsibilidad.

Sin embargo, la distinción entre *identidad social real e identidad virtual* que hemos marcado como relevante para el estudio de caso que realizaremos, ha sido apuntada de mejor manera en el trabajo de Goffman, por lo que será éste el concepto que se utilizará en el transcurso de la investigación. En el caso de Castells, el vínculo entre identidad individual y contexto sociocultural aparece bajo la forma de internalización de significados por parte del individuo, lo cual nos impide observar la relación entre significados y apropiación individual de los mismos. No sólo *no* nos permite hacer establecer de manera adecuada en términos analíticos la distinción entre el conjunto de estereotipos, expectativas e imágenes de los otros y la identidad que el propio individuo construye a partir de estos elementos, sino que oscurece una parte que es fundamental para esta investigación: el cambio en las identidades.

El concepto de Larraín, en cambio, representa una reelaboración de los elementos contenidos en Goffman, que permite visibilizar algunos elementos como la narrativa propia, el sentido de la acción y la previsibilidad de las acciones. Sin embargo, todo ello



se encuentra ya contenido en los conceptos de Goffman y han sido trabajados por este autor en otras investigaciones que no han sido analizados por razones de brevedad.

B) La identidad es un terreno en disputa.

Otro elemento importante de considerar en torno al concepto de identidad es que dado que ésta es la manifestación subjetiva de un contexto sociocultural determinado, muestra y pone en movimiento los principales conflictos y contradicciones de una sociedad. La identidad no se da sólo como un proceso que condensa significados compartidos, sino que también se construye en un contexto signado por relaciones de poder entre los individuos (Goffman, 1963), cristalizando en algunas ocasiones la producción y reproducción de desigualdades al interior de determinadas sociedades (Goffman, 1963). En ese sentido, el individuo construye su identidad en base a ciertos atributos que son considerados significativos por una sociedad, pero es notorio que la significación otorgada a estos atributos pasa por un marco cultural hegemónico que moldea la construcción identitaria (Castells, 1997:6)<sup>3</sup>.

Si bien Goffman trabaja estas cuestiones a partir de su trabajo sobre el estigma, creemos necesario complementar su trabajo con el aporte de Pierre Bourdieu, quien a través de sus conceptos de *campo* y *habitus* ilustra claramente la relación existente entre las estructuras de poder objetivas y la construcción cognoscitiva y simbólica del individuo. La identidad, para Bourdieu, se construye en la relación dinámica entre ambos conceptos: el individuo interioriza la estructura objetiva del campo a través de un complejo proceso de condicionamientos, oportunidades, medios, limitaciones, etc. Ello da lugar al *habitus* del sujeto: “Sistema socialmente construido de disposiciones estructuradas y estructurantes, adquirido mediante la práctica” (Bourdieu, 1995:64). En ese sentido, la identidad del individuo está marcada por las relaciones de poder y desigualdad de la sociedad en la que se inserta. Sin embargo, esto no implica que los sujetos se encuentren completamente constreñidos: toda identidad es producto de una

---

<sup>3</sup> “The construction of identities uses building materials from history, from geography, from biology, from productive and reproductive institutions, from collective memory and from personal fantasies, from power apparatuses and religious revelations. But Individuals, social groups, and societies process all these materials, and rearrange their meaning, according to social determinations and cultural projects that are rooted in their social structure, and in their space/ time framework” (Castells, 1997:7)

pugna de intereses y de determinaciones sociales. Hay una relación recíproca entre éstos elementos que hace que la identidad se constituya como un terreno relacional y conflictivo.

En este punto queremos complementar la idea de relación entre estructura objetiva y construcción de identidad, a partir de la crítica realizada por Larraín (1996:112) a los enfoques posmodernos de la identidad. Para este autor, dado que es la cultura aquella que determina los atributos que serán significativos en la construcción de la identidad y, considerando que la cultura está cruzada por las contradicciones y desigualdades propias de cada sociedad, es muy difícil que el sujeto pueda cambiar e intercambiar sus identidades como nos señalan autores como Kellner (1992:148).

Larraín atacará la idea posmoderna de que el *proyecto de vida* pueda constituirse como eje articulador de la identidad, en tanto que esta idea implica la libertad de elegir al margen de ciertas determinaciones que, para Bourdieu, serían aquellas que impone el campo, la red de relaciones objetivas entre los agentes (Bourdieu, 1995). En ese sentido, Larraín (1996:112) señalará que no hay que confundir la identidad con la apariencia externa de los individuos: si bien esta puede ser elegida y cambiar en períodos relativamente cortos de tiempo, esto no implica que estos cambios y esta elección cambie aspectos sustantivos de la identidad de los individuos. Así, es notorio que las categorías que servirán a los sujetos para organizar su identidad serán atributos culturales que no siempre pueden ser abandonados por elección propia y que delimitarán un cierto marco para la configuración identitaria.

De la misma forma, Larraín (1996:113) discutirá la noción de sujeto descentrado de los enfoques posmodernos, señalando que la idea de que el individuo puede contener varias identidades sin un núcleo unificador define un sujeto “tironeado” por varias personalidades opuestas, incapaz de orientar su acción conscientemente y abandonado a fuerzas que no puede enfrentar. Es la imagen de un individuo impotente e inmóvil, que el autor rechazará enfáticamente<sup>4</sup>. Para Larraín, si bien la modernidad tardía ha generado fuentes de mayor complejidad para la construcción de identidades, no por ello los

---

<sup>4</sup> “El pretendido descentramiento del sujeto corresponde al supuesto triunfo de la objetividad, a la supuesta victoria de las fuerzas caóticas inconscientes que destruyen totalmente el sentido de unidad del individuo. Aceptar estos supuesto es aceptar la pérdida final de todo agente consciente y de todo motivo y propósito, la incapacidad del sujeto para intentar cambiar las circunstancias, su incapacidad para proponer ningún futuro racional alternativo” (Larraín, 1996:113)

individuos no generan una identidad unificada, consciente y capaz de evaluar y actuar en la sociedad. Pensar en el individuo descentrado es pensar en no sólo en la inmovilidad del sujeto, sino en la impotencia política del mismo. Ahondaremos en la relación entre identidad y política más adelante.

### C) La identidad implica fronteras

La presencia de los otros no sólo es necesaria en tanto proceso de identificación, sino también como parte de uno de los ejercicios fundamentales en la construcción de identidad: *la delimitación de fronteras*.

Estas fronteras, según Larraín (2004:43), pueden ser de distinta naturaleza dependiendo en torno a qué tipo de diferencia fundamental estén trazadas. El primer tipo de frontera es la *frontera temporal*, que permite delimitar la identidad en función de un período de tiempo específico o en función de un parteaguas que establezca un antes y un después. Por ejemplo, los jóvenes que nacieron antes de la dictadura en Chile y los que nacieron después de la dictadura. Este corte temporal no establece sólo un período de tiempo, sino que da cuenta de atributos identitarios que permitirán a los sujetos delimitar su propia identidad.

El segundo tipo de frontera puede ser establecida en función de un criterio *espacial*, que delimita un dentro/ fuera que articula las identidades de los sujetos. Un ejemplo clásico de esto es la construcción del estado – nación, el que en base a un criterio de este tipo construye una narrativa que otorga a los sujetos un criterio de pertenencia e identidad en base a la dicotomía dentro (nacional)/fuera (extranjero).

El tercer tipo de fronteras estará trazada en torno a la *presencia o ausencia de algún requisito* o atributo social definido culturalmente como relevante. Un ejemplo de esto es la construcción moderna de la mujer como sujeto que carece de razón y es poseedora de intuición. En esta dialéctica entre lo social y lo individual, ello da como resultado que las mujeres organizan su identidad en torno a la falta de un atributo (razón) y la presencia de otro (intuición).

D) La identidad es síntesis entre lo individual y lo compartido.

Para desarrollar este punto, tomaremos nuevamente como base el trabajo de Goffman (1963) para quien la identidad está constituida por tres partes: la primera es la *identidad personal*, la que hace referencia a marcas de reconocimiento que son consideradas una conjunción única. La segunda es la *identidad social* o también llamada la identidad de roles, que trata de los distintos papeles instituidos que desempeña el individuo en su vida cotidiana. La tercera, denominada por Goffman como *identidad del yo*, será la síntesis entre los dos tipos de identidad anteriores y representará la conciencia subjetiva y reflexiva del individuo sobre sí mismo.

Esta conjunción entre lo social y lo individual está presente también en el desarrollo teórico de Giménez (1994; 2000), el cual representa un intento por repensar y profundizar el concepto habermasiano de *identidad cualitativa*. Dicho concepto alude a que las personas requieren para conformar su identidad un reconocimiento del un otro a través de un intersubjetividad lingüística. En el transcurso del intercambio comunicativo se van constituyendo una identidad relativamente estable, la que será denominada por Habermas como identidad cualitativa, para diferenciarla de la *distinguibilidad*, que es la identidad establecida por un externo al sujeto<sup>5</sup> (Habermas, 1987). Esta *identidad cualitativa* estará compuesta por elementos similares a la *identidad del yo* de Goffman (1963): en primer lugar encontramos a la identidad de pertenencia, la que hace referencia al conjunto de pertenencias sociales. En segundo lugar está la identidad caractereológica, que alude al conjunto de atributos que el sujeto posee. Por último encontramos la identidad biográfica, que será aquella que dotará al individuo de una narrativa personal y única, de una historia incanjeable.

Los dos desarrollos teóricos anteriormente expuestos coinciden en la relevancia de las pertenencias sociales y de la biografía individual en la construcción de la identidad de los sujetos. Sin embargo, conservaremos el concepto de Goffman pues se adapta mejor a la idea de identidad como *signos y símbolos compartidos*. El énfasis en el carácter lingüístico de la intersubjetividad del concepto de Giménez nos impide observar

---

<sup>5</sup> “La identidad es un predicado que tiene una función particular; por medio de él una cosa u objeto particular se distingue como tal de las demás de su misma especie” (Habermas 1987:145)

otras dimensiones de la construcción identitaria, sobre todo aquellas referidas al rol de los símbolos en la misma.

Los símbolos, encarnados en objetos materiales, personajes o ideas abstractas pueden ser un elemento importante para la construcción identitaria y muchas veces están asociados a soportes no lingüísticos. El análisis de éstos será relevante para esta tesis, por lo que consideramos necesario complementar el concepto de Goffman con los desarrollos teóricos de Larraín (2004:43) en este tema. Para este autor, las posesiones materiales desempeñarán un rol importante en la constitución de la identidad. Estas posesiones materiales incluirán el cuerpo, la tierra y otras pertenencias significativas y marcarán significativamente la identidad de un individuo, pues al producir, poseer, adquirir o crear determinados objetos el individuo realiza una proyección, producción y reafirmación identitaria que no puede ser dejada fuera del análisis.

### *La identidad colectiva*

Hasta este momento hemos hecho referencia estrictamente al concepto de identidad individual y los distintos aportes teóricos en torno a su construcción. Es bien sabido que el sólo concepto de identidades colectivas ha sido ampliamente discutido y criticado en las ciencias sociales, pues muchas veces ha llevado a hipostasiar los actores colectivos, atribuyéndoles intención y subjetividad propia de los individuos (Giménez, 2000). La ambigüedad propia de un concepto que hoy parece servir para cualquier fenómeno, hace imprescindible precisar aquellos elementos que serán considerados en este trabajo como parte de una definición.

En primer lugar, la identidad colectiva no es un agregado de individuos que comparten atributos o características similares, sino que mantiene una estrecha y compleja relación con la identidad individual. No puede existir una identidad individual sin suponer la presencia de una identidad colectiva, ya que es el grupo social le entrega elementos al individuo para la construcción de la identidad individual. Tampoco la identidad colectiva puede existir sin los individuos específicos e históricos que le dan

vida, *so pena* de convertirse en concepto vacío y suprahistórico<sup>6</sup>. Así, éstas serán concebidas como *entidades relacionales* (Giménez, 2000), compuestas de individuos que comparten alguna pertenencia y un conjunto de significados comunes: no entenderemos la identidad colectiva como un dato de la realidad, sino como un fenómeno construido y relativo a la autopercepción de los sujetos en el marco de determinadas relaciones.

Uno de los trabajos que trabaja más claramente esta relación es Anderson (1983), en su análisis de la nación. En su análisis de las *comunidades imaginadas*, Anderson hace referencia a aquellas pertenencias sociales de los individuos que les permiten ser parte de un colectivo que, si bien no conocerá nunca en su totalidad, orientará su acción y le otorgará un marco a partir del cual interpretar la realidad. Estas comunidades son imaginadas porque no requieren de cercanía física, ni de conocimiento directo y muchas veces no son fuente de acción colectiva: simplemente otorgan al sujeto un sentido *imaginado* de pertenencia y comunión con otros<sup>7</sup>.

Es importante señalar, sin embargo, que no todas pertenencias sociales y atributos de los individuos tendrán la misma importancia a la hora de organizar su identidad y por ello, el individuo participará con distinta intensidad de las identidades colectivas creadas a partir de éstas. También puede no participar de algunas de ellas. Veremos que existe un cierto orden jerárquico de los atributos, orden dado por las características del contexto socio-histórico en el que se inserta el individuo y por las características biográficas específicas. Por ejemplo, un individuo puede identificarse así mismo como hombre, latinoamericano, padre, trabajador y cristiano, sin embargo estas pertenencias sociales no tendrán igual relevancia en la construcción de su identidad personal por lo que tampoco le harán parte con la misma intensidad de todas las identidades colectivas emergentes de ellas ni orientarán su acción de la misma manera.

Esta aclaración nos remite directamente a la forma cómo se constituyen las identidades colectivas, el cual trabajaremos a partir del trabajo de Polleta y Jaspers (2001). Para estos autores, la existencia de atributos o pertenencias sociales compartidas

---

<sup>6</sup> “Las identidades colectivas no deben hispotasiarse como si tuvieran una existencia independiente y pertenecieran a un individuo colectivo integrado de forma total” (Larraín, 2004:50)

<sup>7</sup> “Aún los miembros de la nación más pequeña no llegarán a conocer nunca a la mayor parte de sus connacionales, ni se toparán con ellos, ni oirán hablar de ellos; sin embargo, en la mente de cada uno de ellos vive la imagen de su comunión” (Anderson, 1983:15)

no implica necesariamente la formación de identidades colectivas, en tanto muchas de estas pertenencias no encuentran significado en determinado contexto histórico social. En ese sentido, los individuos no se autoperceben ni se identifican con una comunidad o colectivo determinado sin qué este sea significativo, por lo que es central considerar la relación entre identidad colectiva y cultura, al igual como hemos establecido en el caso de las identidades individuales. Sin embargo, Polleta y Jaspers (2001:291) serán muy cuidadosos en señalar que es un error entender esta relación como una relación de determinación estricta, ya que es evidente que algunas identidades colectivas surgen a partir de acciones colectivas, movimientos sociales, etc. En ese sentido, consideran relevante incluir en el análisis también los distintos tipos de relaciones que pueden darse entre los procesos culturales, las determinantes estructurales, los actores colectivos y políticos, con el fin de no oscurecer el carácter creativo de la acción colectiva. Este punto es de suma importancia en este trabajo ya que nos permitirá entender los cambios existentes en la relación entre política – estructura ocupacional – identidad colectiva, sin transformar a ésta última en una categoría residual.

Para estos autores, la identidad colectiva describe comunidades concretas o imaginadas y es emergente de la interacción social con diferentes audiencias (Polleta y Jaspers, 2001:298), por lo que es central en su construcción la presencia de otros interlocutores e interactuantes. En ese sentido las identidades colectivas no se construyen sólo a partir de la existencia de una característica o pertenencia social compartida, sino que también adquieren elementos del contexto social en que se insertan y de los juicios, acciones y estereotipos que los otros no pertenecientes a esta identidad colectiva les atribuyen. Así las identidades pueden ser hetero-dirigidas, en tanto pueden ser conformadas a partir de la delimitación externa de un colectivo por un otro, quien le asigna características y atributos similares, siempre y cuando los individuos apropien de esta pertenencia, convirtiéndola en una identidad. Por esta razón, la identidad colectiva no puede ser concebida ya como un ente monolítico dado e invariable en el tiempo, puesto que la relevancia del contexto cultural, histórico y sobre todo de la interacción con otros hacen de ésta un fenómeno dinámico, fluido y con una alta complejidad.

La importancia que tienen los otros en la construcción identitaria está dada por la necesidad de establecer comunidades *limitadas*, en el sentido de generar o evidenciar

diferencias entre los individuos que pertenecen a la comunidad y aquellos que no pertenecen (Anderson, 1983:16). Estas diferencias implican la construcción de fronteras de manera relativamente similar al descrito en torno a las identidades individuales. Como hemos señalado anteriormente, éstas pueden ser *espaciales, temporales y por atributo* (Larraín, 2004:43).

Las fronteras permiten establecer quiénes están fuera de la comunidad. Pero ¿qué pasa con los que están adentro? ¿Existen fronteras internas en las identidades colectivas? Para Anderson (1983:16), cuyo trabajo estamos tomando como uno de los ejes para la construcción de este concepto, la noción de comunidades acuñada en su estudio sobre la nación no es casual: hace referencia precisamente al carácter *comunitario* de las identidades colectivas, en el sentido que éstas implican un proceso de invisibilización de desigualdades y conflictos al interior del grupo, estableciendo una horizontalidad que reforzará el sentido de pertenencia de los individuos. En ese sentido, es importante destacar que la pertenencia y la construcción de un “nosotros” implican que todos los sujetos que participan en él deben hacerlo de igual manera, estableciendo una cierta “hermandad” entre los miembros de la comunidad. En muchos casos, esta idea de igualdad y horizontalidad no es más que una ficción, sin embargo, el sentido de la pertenencia requiere que las diferencias sean colocadas fuera, en una exterioridad que finalmente constituye a las identidades.

Otro punto importante es que las identidades colectivas son históricas y dinámicas. No existe una identidad colectiva que sea capaz de trascender la coyuntura histórica y las condiciones que le dieron origen. Aún cuando permanezca mostrará cambios importantes tanto en el sentido como en el significado que los sujetos otorgan a determinada pertenencia social que se encuentra en la base de la identidad colectiva. Sin embargo, es necesario establecer que si bien las identidades colectivas cambian a lo largo del tiempo poseen mecanismos para mantener una unidad relativa: la memoria colectiva. Al igual que identidad biográfica de los individuos (Giménez, 2000:10) que otorga unidad a la trayectoria de los sujetos, la memoria colectiva será el componente que permitirá generar una narrativa que sitúe a la comunidad en una línea de tiempo.



### *Las identidades políticas.*

Con todos los elementos desarrollados en los apartados anteriores, la definición de identidad política parece desprenderse por sí sola. No sólo se constituye de la forma que hemos reseñado, sino que se delimita, se reproduce y cambia a través de los diversos procesos que hemos podido ver el apartado anterior. Entonces ¿cuáles es la especificidad de la identidad política? Es lo que revisaremos a continuación. Para ello, se hace necesario establecer en primer lugar lo que entenderemos como política.

En esta investigación utilizaremos como piedra angular de la definición de política el trabajo Norbert Lechner, quien ha hecho importantes esfuerzos para conceptualizar *la política como búsqueda de un orden* (Lechner, 1986:4). A través de esta noción, Lechner no busca invisibilizar el conflicto, intenta establecer que ésta es siempre la búsqueda de una utopía, una comunidad y una plenitud inalcanzable. Dicha utopía si bien es imposible, actúa como catalizadora de la acción transformadora de los sujetos (Lechner, 1988). Precisamente la idea de comunidad *inalcanzable* es lo que le permite al autor definir la política como búsqueda de un orden, pero sin abandonar el conflicto inherente a la misma. De manera más específica, Lechner nos entregará cuatro elementos fundamentales a partir de lo cual podemos estudiar, comprender y analizar el campo de lo político:

A) La política es un momento en la producción y reproducción de la sociedad por ella misma.

La política es producción y reproducción de la sociedad en tanto no sólo es emergente de lo social, también lo crea confrontando a los seres humanos a su necesidad de decidir un destino común y de vivir junto a otros. Así, lo particular de la vida humana es que, además de insertarse en la naturaleza y en el mundo de las necesidades básicas, se inserta en un espacio pleno de significado, que le antecede y que le sobrevivirá a su muerte: tal es el mundo de lo humano<sup>8</sup>. El hombre, parafraseando a Arendt, nace solo y

---

<sup>8</sup> “El mundo común es algo en que nos adentramos al nacer y dejamos al morir. Trasciende a nuestro tiempo vital tanto hacia el pasado como hacia el futuro; estaba allí antes de que llegáramos y sobrevivirá a

se inserta en el mundo de la naturaleza, pero también está rodeado de otros hombres con los cuales comparte este mundo humano, significativo, estable y duradero (Arendt, 1974:64). Este mundo en el cual nos insertamos al nacer no puede constituirse solamente como un espacio para la satisfacción de necesidades básicas sino que debe ser un espacio que permita la relación con los otros, la creación y la inmortalidad. Tal será, tanto para Lechner como para Arendt, el espacio de lo político. Este espacio estará signado por la idea de decisión de la sociedad respecto a su propio devenir, sus propios objetivos y prioridades. En ese sentido, la política tiene relación con la voluntad de una sociedad de decidir sobre sí misma y sobre quienes la componen: no puede estar regida por leyes inmanentes, ahistóricas ni trascendentes, pues frente a ellas la política está condenada a la extinción o la mudez. Y cuando la política desaparece o enmudece, el mundo común parece también condenado al mismo destino.

B) La política es la construcción de acciones recíprocas y, particularmente, la determinación recíproca de los sujetos.

Esta idea hace referencia a que la política implica la relación de dos o más actores políticos, los que determinan sus acciones en base a aquellas realizadas por los otros actores y viceversa. En ese sentido, esta idea excluye la noción de tecnología social ya que encuentra su base en la idea de un agente que puede diseñar o prever las acciones de los actores sociales y la sociedad en su conjunto. En ese marco la política no existe, pues no hay relación entre varios actores y, lo que es más importante, no hay determinación recíproca de sujetos.

La determinación recíproca de sujetos alude a la inexistencia en el espacio político de actores preconstituidos, con lo que Lechner establece una aguda crítica a los sujetos atemporales propios de las teorías preponderantes en América Latina durante la última mitad de siglo. Tales son el individuo racional – la clase obrera – las instituciones, por nombrar las más influyentes. Contra estas teorías, Lechner afirmará

---

nuestra breve instancia. Es lo que tenemos en común no sólo con nuestros contemporáneos, sino también con quienes estuvieron antes y con los que vendrán después de nosotros” (Arendt, 1974: 64)

que los sujetos políticos y sus identidades no están constituidos a priori, sino que se construyen en la misma dinámica e interacción del espacio político.

C) La política es acción instrumental, pero también es acción y expresión simbólica.

Esta idea refiere a que la política tiene un innegable carácter instrumental, pero no sólo nos remite a ella. No todas las acciones ni todos los temas que abarca tienen una orientación pragmática, sino que una parte importante refiere a una dimensión simbólica, subjetiva y expresiva. Como veíamos en el primer apartado, la política es el espacio y el ejercicio que nos remite a un *mundo común* en el sentido arendtiano. En este lugar y tiempo, los individuos reafirman su pertenencia a una colectividad, a una sociedad que les precede y que les sobrevivirá. La política es expresión simbólica pues a través la constante recreación de la vida colectiva, a partir del mito<sup>9</sup> y el rito político<sup>10</sup>, los sujetos afirman y reproducen la constitución de un “nosotros” ligado a una determinada concepción del mundo, un determinado tiempo y un proyecto colectivo a futuro<sup>11</sup>. En ese sentido, nos dirá Lechner, la política tiene una función simbólica y normativa, destinada a regular las relaciones sociales de los sujetos (Lechner, 1986:4).

D) La formalización de la política distancia, pero también es condición de la expresión de subjetividad.

El establecimiento de normas e instituciones en el ejercicio de la política distancia. Excluye la espontaneidad, burocratiza las interacciones: el individuo se siente distanciado de sus “representantes”. Sin embargo, nos dirá Lechner, la formalización es inherente a la política y no puede haber expresión de subjetividad sin ella. ¿Por qué? En

---

<sup>9</sup> “El mito es una forma simbólica de disposición sobre el mundo llamo la atención sobre el mito fundacional de la política moderna: la soberanía popular” (Lechner, 1986:35)

<sup>10</sup> “Los actos políticos masivos son rituales que actualizan el sentimiento de colectividad. Se invoca la pertenencia a un orden, presente o futuro, a partir del cual adquiere sentido la convivencia” (Lechner, 1986:34)

<sup>11</sup> “la política como ritual de reconocimiento recíproco en una identidad colectiva” (Lechner, 1986:17).

este punto la reflexión de Lechner se encuentra extremadamente cercana a la de Arendt: la formalización de la vida, el establecimiento de normas estándares para la interacción en el *mundo común* es preciso, justamente, para que la pluralidad pueda expresarse. Formalizar las diferencias implica establecer condiciones para que ésta pueda existir y no quede sumergida en una simbiosis perversa con el todo social. Al reducir la espontaneidad vía formalización, la política permite relaciones sociales que no ponen en juego los valores personales o las características de cada quién<sup>12</sup>.

Para Arendt, esta idea tomará forma en torno a la noción de *pluralidad*. La pluralidad será una característica inherente al mundo de lo humano y de quienes lo componen: a través de su relación con el mundo objetivo, cada individuo afirma su propia unicidad e irrepetibilidad. Ser humano implica compartir un mundo con otros individuos, diversos, únicos e irrepetibles. Si el lugar del trabajo es para Arendt el lugar de lo que es homogéneo, (las necesidades básicas), el espacio de lo político será aquello que creará, recreará y mostrará las diferencias entre cada individuo<sup>13</sup>.

Hasta este punto hemos definido identidades individuales y colectivas. También hemos definido aquello que entenderemos por política. Ahora estamos en condiciones de definir de manera más específica cómo entenderemos la identidad política.

La identidad política no puede ser concebida de manera individual, aún cuando se encuentra en estrecha relación con ésta. Ésta hace referencia a la identificación de un individuo con un “nosotros” y con la voluntad de establecerse, decidir y trabajar en un mundo común que nos precede y que nos sobrevivirá. La identidad política es el deseo de incidir de determinada manera en esta vida colectiva y por ello no puede ser construida ni puesta en movimiento más que cuando estamos con otros *aún imaginados*, en quienes reconocemos similitudes y diferencias.

---

<sup>12</sup> “Creo que la subjetividad no se opone, sino que supone la distancia y la formalización de las relaciones sociales. Sólo formalizando la delimitación entre Uno y Otro se abre el camino de la diversidad subjetiva” (Lechner, 1986:37)

<sup>13</sup> “Para Arendt, el actuar, en todo caso, el auténtico actuar, se distingue de todas las demás actividades humanas por tres factores que surgen de su condición de natalidad. Estos tres factores se pueden denominar pluralidad interpersonal, iniciativa (originalidad) y mundanidad fenomenal (visibilidad pública). Entre ellos, Arendt enfatiza especialmente el factor de la pluralidad: actuar significa siempre actuar entre las personas” (Vollrath, 1992:159).

Esto no significa, por supuesto, que la identidad política no tenga influencia en la conformación de la identidad individual de cada sujeto o viceversa. Muy por el contrario, la identidad política se construirá no sólo en torno a aquellos elementos que se encuentran presentes en determinado contexto sociocultural, sino que tomará elementos fundamentales de la biografía personal de cada individuo. Elementos como la trayectoria familiar, la inserción de determinado momento histórico, la socialización política temprana, la formación laboral y las redes sociales tendrán un peso significativo en la construcción de esta identidad política. También la participación en organizaciones será clave para esta construcción. Con todos estos elementos la identidad política se convertirá en una de las pertenencias más que organizan la identidad individual de un sujeto: la importancia de ésta variará ampliamente entre un individuo u otro.

Consecuentemente con lo señalado en el párrafo anterior, la identidad política no puede ser considerada como un fenómeno a priori o derivada de alguna de las pertenencias sociales de los sujetos. Si bien éstas pueden pesar en la configuración de la misma, dadas las características socioculturales del contexto en que se insertan, las identidades políticas son un permanente tránsito y construcción en función de la acción en el campo de lo político. Así, como bien nos decía Lechner, los sujetos se van conformando y construyendo a lo largo de su aparición e intervención en este espacio instrumental y simbólico que es la política.

Pero entonces ¿Por qué se involucran los sujetos en este espacio? ¿Por qué destinan su tiempo a organizaciones políticas? Los enfoques teóricos que han tratado de explicar la acción colectiva tienen una larga trayectoria en resolver este problema, denominado el problema del *free rider* (Olson, 1992). Enfoques como el de movilización de recursos y de elección racional han problematizado en particular la relación entre los altos costos de la participación en organizaciones y acciones colectivas, los incentivos selectivos y la repartición de beneficios, mostrando la complejidad de aquello que impulsa a los sujetos a actuar en este *mundo común*. En respuesta a ello se ha buscado introducir la identidad colectiva como un elemento que podría explicar la motivación de los individuos a participar.

Polleta y Jaspers realizarán una aguda crítica en torno a este uso del concepto de identidad colectiva, crítica que compartimos en esta tesis. En primer lugar estos

enfoques implican asumir la preexistencia de la identidad política, lo cual va directamente en contra con aquellos aportes que hemos tomado de Lechner: la identidad política se construye en el devenir del espacio político, en relación con otros actores del mismo campo. Los autores coincidirán con este punto, subrayando que en muchas ocasiones aún cuando existen pertenencias comunes (clase, raza, religión, etc.) esto no implica la existencia de una identidad: ésta emergerá en el transcurso del accionar de los sujetos<sup>14</sup> (Polleta y Jaspers, 2001:291).

Otro punto importante para estos autores es que los distintos enfoques que han introducido el tema de la identidad colectiva han intentado poner a ésta como un eje que impulsa la actividad y la participación en organizaciones, tratando de establecer una *racionalidad alternativa* para explicar el comportamiento de los individuos. Sin embargo, para ellos es central que se reconozca que en muchas ocasiones la simple participación o pertenencia a un grupo, a una *comunidad imaginada*, tiene una gratificación afectiva, emocional o es central en la identidad personal de un individuo. En estos casos, no es que los individuos no tengan racionalidad o que tengan una *racionalidad alternativa*, sino que las satisfacciones emocionales que el individuo recibe al pertenecer son más importantes en su jerarquía de opciones (Jaspers, 1997:23).

Este tema ha sido trabajado también por Pizzorno (1989) en su artículo “Algunas otras clases de otredad”. Para este autor, la participación y permanencia en las organizaciones puede ser explicada a partir del concepto de *lealtad*, en torno al cual trabajaremos este tema en esta investigación. La lealtad, nos dice Pizzorno, es relevante pues a veces las organizaciones son un fin en sí mismo para los individuos, lo cual desafía los enfoques de la elección racional.

En función de la lealtad se pueden distinguir tres tipos de miembros de una organización: a) Baja lealtad: la salida de la organización es gratuita. B) Alta lealtad: la salida se percibe como subjetivamente difícil y está asociada a importantes costos c) Identificadores: para estos individuos la salida es inconcebible, no está dentro del campo de lo imaginable por el sujeto (Pizzorno, 1989:371). La diferencia entre miembros leales e identificadores radica en que la lealtad implica acuerdo con las metas y objetivos de la

---

<sup>14</sup> “Participants may share demographic or economic traits – they tend to be middle class, say, or mostly men – but these do not add up a perception of the preexisting “groupness” of collective identity” (Polleta y Jaspers, 2001:291)

organización, mientras que un “un miembro se identifica un grupo no para un fin determinado sino por su realidad colectiva y así recibe de él su propia identidad” (Pizzorno, 1989:371). Los identificadores se van de las organizaciones sólo cuando éstas tienen cambios significativos en términos de composición y objetivos, es decir, cuando ya no son las mismas. En estos casos, el identificador, cuya identidad está completamente imbricada con la de la organización, siente que ésta ha cambiado y ya no lo representa. El costo de salir de la organización implica que él también cambia sustancialmente su identidad y se convierte en otra persona, puesto que para que una identidad exista, es preciso que existan otros que la reconozcan.

La identidad política es, entonces, emergente de la relación de uno o más actores en el campo de lo político. Dado que la política tiene en sí misma un componente simbólico y expresivo asociado a la recreación y afirmación de la pertenencia a un mundo común, las identidades políticas tenderán a construirse no sólo en torno a acciones pragmáticas sino también en torno a elementos simbólicos que servirán para reafirmar el sentido de pertenencia del grupo. Ya hemos hablado sobre la relevancia que Lechner le atribuye al *rito y al mito político* y consideramos que esta idea es relevante para esta tesis, por lo que ahondaremos un poco más en ella.

En las identidades políticas, el rito será concebido como una instancia colectiva en la cual se recrean y reafirman el sentido de pertenencia del grupo, actualizando el sentimiento de colectividad. Durante éstas los individuos experimentan el poder de lo colectivo, afirmándose la continuidad de ésta en el tiempo y en el espacio (Lechner, 1986:34). El mito, por su parte, organiza una determinada cosmovisión que otorga sentido a la acción, a la organización y a la vida social en general. A través éste el sujeto puede insertarse en un orden, se entiende como parte relevante de un todo. Por el mito, el individuo pierde su soledad y se inserta definitivamente en un *mundo común*.

Dentro del mito podemos distinguir varios componentes que serán claves para la conformación de identidades políticas y para su estudio empírico. El primero de ellos es la *temporalidad*. El mito político establece una cierta temporalidad que inserta la comunidad en una determinada trayectoria, marcando un punto inicial a partir del cual la comunidad puede construir una memoria histórica. Por ejemplo, para los comunistas chilenos de la década de los 70' y aún hasta nuestros días, el punto inicial del devenir de

la comunidad se establece en las primeras organizaciones y luchas obreras en los enclaves salitreros. A través del establecimiento de una determinada temporalidad, el mito político permite a la comunidad situada en el presente establecer puentes con un pasado y con un futuro común.

El segundo elemento relevante el mito político son los *personajes*. Dentro de este devenir de la comunidad, marcada por determinada temporalidad, existen dos tipos de personajes relevantes en la narrativa: A) Los “identificadores”: parafraseando a Pizzorno, éstos son los individuos o entidades que condensan en sí mismos el espíritu de determinada época y que representan los atributos y pertenencias que la comunidad considera deseables y que orientan su acción. B) Los aliados: son aquellos individuos o entidades que si bien no son percibidas como parte de la comunidad en sí, son identificados como aliados estables y leales C) Los antagonistas: son aquellos individuos o entidades que se consideran opuestos a la comunidad, que tienen atributos y pertenencias sociales distintas, cuya acción se opone u obstaculiza el logro de los objetivos de la comunidad.

Los personajes tienen tal fuerza simbólica que muchas veces pueden ser transformados en objetos materiales, con el fin de que cada sujeto pueda tener en su poder o portar elementos distintivos que permitan el reconocimiento de éste como parte de la colectividad. Se configuran y usan como códigos, a veces imperceptibles para quienes no pertenecen la comunidad, generando en el individuo la percepción de diferenciación permanente frente a los otros.

El tercer elemento relevante es la noción de *ideas fuerza o conceptos movilizadores*. En cada momento del devenir de la comunidad, el mito político establece determinadas ideas o conceptos que condensan, en sí mismos, los objetivos, los desafíos, logros y peligros de un determinado contexto. Así por ejemplo, para la derecha chilena, el período de la Unidad Popular está signado por la idea de *lucha por la libertad*, mientras que durante la dictadura las ideas fuerza serían: *recuperación del país – restablecimiento del orden*. Estas ideas fuerza son percibidas por los miembros de la colectividad como el objetivo del período y permiten a los individuos interpretar las situaciones contingentes de un contexto histórico, estableciendo los principales ejes del discurso político.



Con el fin de operacionalizar el concepto de identidad política desarrollado en este capítulo, se establecieron tres dimensiones constitutivas de ésta, capaces de dirigir en el análisis del material empírico:

- 1) **Dimensión locativa (lógica de la equivalencia):** es aquella que sitúa al sujeto en un sistema de relaciones sociales, entregándole un marco de autopercepción. Se construye en función de las diversas pertenencias sociales, generando a partir de éstas ejes para la construcción identitaria: es la creación del “nosotros”, basado en elementos compartidos.
- 2) **Dimensión integrativa:** Es aquella dimensión que le permite al sujeto mantener una cierta unidad con el pasado, el presente y el futuro. Genera una narrativa que unifica la trayectoria: la identidad no actúa solamente en el presente, sino que también *está anclada en el pasado* y, asimismo, surge de una voluntad a perdurar en el futuro. No es sólo historia, sino *proyecto a construir*. En este sentido, en la dimensión integrativa será particularmente relevante el mito político, entendiendo ésta como una narrativa que sitúa al sujeto en un determinado devenir, estableciendo puentes con el pasado y marcando un futuro compartido.
- 3) **Dimensión de la diferencia (lógica del antagonismo):** la identidad implica siempre el establecimiento de otro opuesto. En ese marco, cuando existe una definición de un nosotros, se encuentra siempre implícita la definición de otros distintos, frente a los cuales se busca establecer diferencias. En esta dimensión serán importantes aquellos “otros” identificados como *adversarios*, en tanto éstos encarnarán aquellas características, pertenencias sociales y objetivos que se consideran antagónicas a las propias. Si bien la identidad política necesita el establecimiento de un antagonista, éstos no serán los únicos referentes significativos para la construcción de la identidad: también se establecerán *otros significativos pero no opuestos*, frente a los cuales se establecen diferencias importantes. En ese sentido, los otros significativos permitirán una mayor delimitación y complejidad en la definición del “nosotros”.

*Viejas y nuevas formas de pensar la política.*

“El siglo XX fue un gran siglo para la política. El escritor francés André Malraux decía que en nuestro siglo la política fue lo que reemplazó al destino” (Badiou)

El objetivo principal de esta parte es mostrar brevemente cuál ha sido el lugar de la identidad política en las distintas formas de ver, pensar y hacer política.

Siguiendo a Badiou (2000:4), podemos agrupar en tres puntos la concepción que marcó el pensamiento y la acción en torno a la política en el siglo XX. A partir de estos puntos, podremos explorar más claramente el lugar que ha tenido la identidad en la forma de concebir la política en este siglo. Tales son: *la representación de clase, la referencia al estado y la articulación de lo Uno y lo Múltiple*. Las primeras dos hacen alusión a los objetivos de la acción política y la última se relaciona con la forma de organizar la acción política. Denominaremos este enfoque como *paradigma clásico de la política*.

Para este paradigma, predominante durante la mayor parte del siglo XX, la política fue comprendida a partir de la idea de clases, siendo éstas los sujetos principales en el espacio político. En ese sentido, la acción política y los discursos asociados eran concebidos como un acto *de representación de intereses* de determinada clase en un contexto de lucha política. Las distintas formas de partidos políticos, así como la emergencia de distintos movimientos era concebida como la expresión organizada o espontánea este sujeto político clasista. Este enfoque fue particularmente influyente en la política chilena.

La segunda idea relevante es que durante la mayor parte del siglo XX, la política fue concebida como acción organizada dirigida al estado, tanto como para controlarlo, para destruirlo, para modernizarlo o para generar respuestas en él respecto a ciertas problemáticas específicas<sup>15</sup> (Lechner, 1981:17). En ese sentido, la política es concebida como un tránsito entre movimiento – partido – estado, en el cual el movimiento está signado por lo social, lo inorgánico y lo desestructurado. Los movimientos no

---

<sup>15</sup> “La política remite al estado, sea para destruirlo, sea para coparlo. Predomina, pues, una concepción, si no militar, al menos instrumental de la política. Y como instrumento no hay medio más eficaz, rápido y racional que la organización: el partido” (Lechner, 1981:17).

interpelaban al estado sino cuando sus objetivos eran adoptados o canalizados a través de partidos políticos. Los partidos políticos eran, entonces, concebidos como la mediación imprescindible entre lo social y lo estatal<sup>16</sup>.

La tercera idea relevante es que la acción política canalizada a través de partidos fue concebida a partir de la lógica de la articulación entre la unidad y la multiplicidad. Esto quiere decir que se sobreentendía que la representación de los intereses de una clase requería una estructura organizacional tal que permitiese actuar al partido cual si fuera una sola voz, con un proyecto y un discurso determinado. El ejemplo clásico de esta lógica es la concepción de partido leninista y la idea del centralismo democrático. La idea de la articulación entre lo Uno y lo Múltiple no quiere decir que al interior de una estructura partidaria no existiese el disenso, sino que intenta relevar que aún cuando existían importantes desacuerdos, el objetivo de la organización era siempre establecer una línea programática, de discurso y acción en torno a la cual se generaba un acción unitaria en el espacio político. Los disensos permanecían al interior de la estructura partidaria una vez que se establecía un curso de acción medianamente consensuado.

La concepción clásica de la política tendrá una serie de consecuencias para la relación entre ésta e identidad: en primer lugar, veremos que la identidad política se convierte en una categoría residual. Ésta puede ser derivada de la pertenencia en relación a la identidad de clase de los sujetos, por lo que no constituye un elemento relevante para el análisis de los actores o para su acción. En muchos casos la coincidencia entre ambos puntos alimentó esta relación simbiótica entre identidad política e identidad de clase y en los casos en esta coincidencia no se produjo, se realizaron complejos modelos de explicación para establecer las razones de éstas *anomalías*.

Otra implicancia importante es que la acción política se transforma en un enfrentamiento entre sujetos preconstituidos, con intereses anteriormente establecidos. En ese sentido, las acciones políticas no constituían más que la puesta en movimiento de contradicciones de la sociedad ya existentes. La identidad de los sujetos es un fenómeno

---

<sup>16</sup> “En la vieja concepción el movimiento era social y el partido era político, y el partido político representaba en la política al movimiento social. Pero, ¿por qué se decía esto que el partido era político y el movimiento era social? Porque el partido estaba del lado del Estado. Entonces, finalmente, se decía que el partido era político porque subordinaba la política al Estado. Y el movimiento era social porque estaba del lado de la vida de la gente, y no del lado del Estado directamente” (Badiou, 2000:6)

estable en el tiempo, en tanto las diversas circunstancias de la política no son capaces de alterar el núcleo fundamental de su constitución.

En tercer lugar esta forma de concebir la política y la acción política llevó en la varios casos a la exaltación de un atributo o pertenencia social como organizador privilegiado de la identidad, estableciendo un elemento central bajo el cual se incluían las otras pertenencias sociales constitutivas de la identidad de un individuo. Esto no quiere decir que estos atributos carecían de total relevancia o habían sido colonizados completamente por una pertenencia totalizante. Según lo que hemos analizado en los apartados anteriores, los distintos atributos y pertenencias sociales que tienen los individuos no tienen la misma importancia en términos de su construcción identitaria, sino que existe una cierta jerarquización en función de elementos propios de la biografía individual y en función del contexto histórico – cultural. Dado que ésta forma de concebir la política se encuentra basada en la idea de representación de clase, uno de los atributos que mayor peso tendrán en la organización de la identidad individual y la identidad política de los individuos será precisamente esta pertenencia. Esto no quiere decir, por supuesto, que exista una relación de determinación estricta sino que más bien alude a la forma como en determinados contextos socioculturales estas pertenencias se vuelven significativas para la organización de la identidad.

Esta jerarquización de pertenencias en la organización de la *identidad social y por consiguiente, en la identidad del yo* (Goffmann, 1963) limitó la emergencia de organizaciones políticas basadas principalmente otras pertenencias sociales, tales como la etnicidad y el género. Aunque estos referentes no estaban ausentes en las identidades propias de esta concepción de política, eran situadas en un nivel más bajo en una escala de prioridades. Por ejemplo, cuando analizamos la relevancia de la temática de género al interior de los partidos de izquierda, vemos que la temática no estaba ausente, sino por el contrario, había una constante interpelación a la mujer. Sin embargo, el discurso se encontraba articulado en función de la “mujer obrera” – “mujer trabajadora”, estableciendo claramente una jerarquía de pertenencias en la organización de la identidad individual y la identidad colectiva.

El colapso de esta forma de hacer política marcará la emergencia de nuevas identidades políticas, nuevas organizaciones y nuevas formas de actuar en este campo.

Siguiendo a Larraín (2004:51) podemos decir que la constitución de las identidades se ha visto problematizada a partir de tres puntos. El primero refiere a que la identidad implica de una delimitación de fronteras frente a otros significativos y en el actual contexto de las comunicaciones, estos otros significativos se han multiplicado y diversificado, haciendo de la construcción de identidad un proceso más complejo.

En segundo lugar, los acelerados cambios en las relaciones hace que sea más complejo para los sujetos mantener una unidad de sí mismo, una continuidad entre pasado y presente y establecer así una cierta previsibilidad en el mundo que le permita actuar. Sin embargo, dice Larraín (2004:51), esto no implica que no haya posibilidad de que los sujetos puedan constituir una identidad unitaria sino que esto se transforma en un proceso más complejo.

En tercer lugar, Larraín reconocerá que la globalización y los cambios económicos que forman parte de este fenómeno han impulsado un declive de los dos principales ejes articuladores de la identidad en la modernidad temprana: la nación y la clase. La nación se debilita en tanto existe una relativa pérdida de autonomía de los estados – nación, en el marco de una mayor importancia de las entidades supranacionales en el marco un proceso de expansión capitalista. La clase, por otro lado, pierde centralidad como eje articulador de la identidad política en el marco del declive del movimiento sindical y obrero dado por las principales políticas en torno a la liberalización y flexibilización de la mano de obra, la declinación numérica de los obreros, la crisis del marxismo y la caída de los socialismos reales (Larraín, 1996:158).

En ese marco, los modelos de participación y organización política cambiarán sustancialmente y se organizarán en torno a otros elementos relevantes. Llamaremos a esto *paradigma identitario de la política*, el que se caracterizará por los siguientes elementos: 1) Visibilización/ construcción de nuevos sujetos 2) Acción no dirigida al estado 3) Formas organizacionales intermitentes y horizontales (Mafessoli, 2000).

El primer punto refiere a que una de las características de la política desde mediados de la década de los ochenta será la emergencia de aquello que ha sido denominado nuevos movimientos sociales, fenómenos de participación colectiva que muestran características radicalmente distintas a las anteriormente vistas. A partir de un diagnóstico del declive del *paradigma clásico de la política*, estos nuevos actores se

insertan en el espacio político mediante una interpelación basada en pertenencias sociales antes invisibilizadas o subsumidas por los grandes ejes de las identidades colectivas, la clase y la nación: el género, la condición lésbico – gay, la pertenencia a grupos étnicos o pueblos indígenas.

El segundo punto es que estos movimientos no orientan necesariamente su acción política en relación al control, transformación o destrucción del estado. Muchos de ellos apuntan a la sensibilización de la sociedad frente a ciertos temas o buscan un cambio cultural en torno a ciertos tópicos. El eje de la acción se desplaza del estado hacia la misma sociedad civil, buscando su transformación o participación en torno a ciertos temas. El tercer punto es que estos movimientos buscan generar formas alternativas de participación colectiva que no estén basadas en la lógica de partidos. En ese sentido, estos movimientos rompen con la articulación de lo Uno y lo Múltiple, poniendo mayor énfasis en la decisión, conciencia y acción individual y generando formas organizacionales no jerárquicas. De la misma forma, la participación tiene un carácter más laxo, intermitente y no exclusiva. Los individuos pueden dedicarse indistintamente a más de una organización.

Hoy, a casi 30 años del surgimiento de los primeros movimientos sociales en el mundo y en Latinoamérica, el paradigma identitario de la política ha sido ampliamente criticado. Las principales críticas realizadas a esta forma de concebir la política son:

A) La crítica del “diálogo de sordos”. Una de las críticas que han sido formuladas a este enfoque es que convierte a las identidades en esencias intrínsecas, con lo que el ejercicio de la política se convierte en una conversación entre sujetos que son incapaces de comprenderse entre sí (Gitlin, 2000:62; Arditti, 2000:111). Así también se dice que al esencializar las diferencias, endurece las fronteras entre identidades fragmentando la política de lo compartido. En ese sentido, hay que tener cuidado con “reemplazar el esencialismo de la sociedad por el esencialismo de los dialectos” (Arditti, 2000:111)

B) La crítica de la marginalización de lo político: esta crítica refiere a que la exacerbación de las diferencias y de los grupos desplazados convierte a la política en un

ejercicio de mirar hacia lo marginal, haciendo una exaltación acrítica de la diversidad. Esto conduce a “al autorepliegue, a una jactancia torva y hermética que celebra la victimización y la estética de la marginalidad” (Gitlin, 2000: 62)

C) El énfasis en la conciencia, acción y decisión individual genera extrañamiento y soledad en los individuos. Si bien la mayor parte de los autores comparten una cierta crítica en torno al colectivismo del paradigma clásico de la política, advierten que hay que ser cuidadosos pues desarraigo propio de la sociedad contemporánea y la disolución de certezas que conlleva el énfasis en la conciencia individual, genera una angustia en los sujetos que puede derivar, muchas veces, en el resurgimiento de discursos comunitaristas o colectivistas, basados en la fantasía del *Pueblo Uno* (Arditti, 2000:106). En otros casos, esto puede generar también un retraimiento a la esfera privada, a la exacerbación del individualismo y la indiferencia.

Sin embargo, parece ser que nos encontramos hoy en tránsito hacia un nuevo paradigma respecto a la forma de pensar y hacer política, el que genera nuevas formas de construcción de las identidades políticas. Este nuevo paradigma parece querer recuperar elementos de las dos formas de hacer política que han caracterizado el siglo XX, en una síntesis nueva. Sin embargo, la escasa bibliografía al respecto nos habla de una gran desconocimiento respecto a la dimensión simbólico y expresiva de este nuevo paradigma político. Esta tesis pretende ser un aporte en ese camino.

## Capítulo II

### Lo político en Chile. Cambios y Continuidades.

La reflexión en torno a las nuevas formas pensar la política y los consecuentes cambios identitarios asociados a ellas, no puede mantenerse sólo en el terreno de la reflexión teórica abstracta. Muy por el contrario, debe constituirse en guía para nuevas investigaciones empíricas que permitan la comprensión de estos fenómenos en contextos históricos concretos. En el marco de ese interés, este capítulo intenta aplicar los elementos teóricos revisados a un escenario concreto: el caso chileno.

La trayectoria política de Chile durante el pasado siglo XX se encuentra signada por tres acontecimientos de gran importancia, que analizaremos en detalle durante el presente capítulo. El primero de ellos, el gobierno de la Unidad Popular, representó el ascenso y la culminación de una forma de hacer política que marcó el devenir de la sociedad chilena durante la mayor parte del siglo. Esta forma de hacer política, con sus complejos matices, puede ser comprendido a partir de lo que hemos delimitado en el capítulo anterior como *paradigma clásico de la política*.

El segundo gran acontecimiento en la trayectoria de este país es la dictadura militar iniciada el 11 de septiembre de 1973. Durante este período, de 17 años de duración, los referentes políticos se reorganizaron y transformaron, forjando nuevos objetivos y alianzas. En el marco de estas profundas transformaciones y al alero de una creciente oposición al régimen militar, se fraguaron movimientos y sujetos políticos basados en una reivindicación cultural y de la diferencia. Siguiendo a Garretón (1989:399), podemos decir que previo a la existencia de una oposición de carácter político, la oposición al régimen tuvo características de afirmación y expresión cultural de diversos grupos silenciados por la dictadura. En ese sentido, durante este período se originó una nueva forma de pensar la política, que se agudizó a partir de los primeros años de la transición y puede ser comprendida a partir de lo que hemos definido como *paradigma identitario de la política*.

El tercer acontecimiento relevante para la trayectoria política chilena es lo que se denominó el *retorno de la democracia*. El fin del régimen militar y el retorno a la



democracia marcó la apertura de un horizonte de posibilidades, de esperanzas y de anhelos. A la expectativa de los grandes cambios, la sociedad chilena esperó atenta al cumplimiento de las grandes promesas del nuevo modelo político, tratando poco a poco, de reconocer el terreno abandonado hacía diecisiete años. El reconocimiento de este terreno presentó desde el principio innumerables dificultades. Si bien muchos de los actores presentes en la recién inaugurada escena política nacional habían estado presentes desde el período previo al gobierno de la Unidad Popular y la dictadura, el nuevo escenario supuso importantes transformaciones que repercutían en la forma de hacer y pensar la política.

La profunda conversión económica, derivada de la aplicación de las políticas del Consenso de Washington, había alterado lo que históricamente había sido el núcleo articulador de lo político: la estructura de clases. A diferencia de otros países de Latinoamérica, Chile poseía evidentes particularidades en torno a la coincidencia entre lo político y lo estructural. En ese marco, las identidades políticas colectivas, al centrarse en la intersección entre lo estructural y lo político, tenían un carácter definido y sólido. A partir del período de transición y con los radicales cambios en dicha estructura, todo esto se había desdibujado.

Sin embargo, no podemos decir que esta forma de hacer política era por completo nueva. Siguiendo a Santiso, es posible afirmar que en Chile el quehacer político a partir de la transición se estructuró no sólo en base a una trayectoria hacia el futuro - la democracia buscada- sino también en función de una serie de aprendizajes extraídos de un pasado muy presente en la memoria de los sujetos -la democracia perdida. Chile, nos dirá el autor, es un país *adonde se va* y un país en el cual *se viene*; es un país que *adolece de exceso de memoria* (Santiso, 2001:77).

En ese marco, comprender lo político en Chile es hacer referencia precisamente a rupturas dolorosas y radicales. Pero también es hablar sobre las continuidades que han permitido actualizar e incorporar elementos de esa memoria a los discursos y repertorios de acción de los actuales referentes políticos. Implica entender que frente a aquello que se desvanece, surgen nuevas formas de pensar, hacer e identificarse políticamente, las que deben ser analizadas en el marco de una *trayectoria*. Con este objetivo, intentaremos una caracterización en base a tres períodos - delimitados por los acontecimientos antes

señalados - que permita la comprensión de los principales cambios y continuidades de las identidades políticas en Chile.

Para describir de manera general el contexto en el cual se construyen, se reproducen y cambian las identidades, haremos una breve exposición en torno a dos puntos determinantes: A) La estructura productiva, poniendo especial énfasis en las características de la estructura ocupacional. B) El sistema político, relevando aspectos relativos al sistema de partidos e institucionalidad que puedan ser importantes para el problema de investigación. Posteriormente, caracterizaremos los tres polos significativos del sistema de partidos (derecha – centro – izquierda) a partir de las tres dimensiones de la identidad que estamos utilizando para el análisis de esta tesis (dimensión locativa – dimensión integrativa – dimensión de la diferencia).

*Primer período: El tiempo de las identidades totales. Clase, partido y conflicto. 1925-1973.*

Este período comienza con la constitución de 1925, hito que ha sido elegido pues marca el inicio de un marco institucional que delimitó una forma de hacer y pensar la política durante gran parte del siglo XX en Chile. Así, a partir de este año podemos rastrear los primeros pasos hacia un nuevo modelo económico que influyó significativamente en la conformación de identidades políticas.

A) Estructura económica y estructura ocupacional.

A principios del siglo XX, Chile se caracterizaba por un modelo oligárquico monoexportador, basado principalmente en enclaves mineros extractores de salitre ubicados en el norte del país (Corvalán, 2001:14). Este modelo se articulaba en torno a la presencia de capital monopólico extranjero, en particular inglés y estadounidense.

La organización de la producción en forma de enclaves, la estructuración del trabajo al interior de éstos y la importancia que el sector salitrero tenía para la economía nacional, devino en una prematura proletarización de la sociedad chilena. A diferencia de otros países latinoamericanos, el proceso de migración campo – ciudad y la

disolución del vínculo entre trabajadores y comunidades agrícolas fue iniciada a principios del siglo XX. Con ello se fue conformando uno de los sectores más relevantes de la política nacional para este período: los asalariados.

Aún cuando este modelo estaba signado por profundas desigualdades, encontraba su fuerza y riqueza en este sector de la población. Dadas las características de la producción salitrera, los obreros constituían un eslabón fundamental y el motor clave de la riqueza emanada del salitre: en ese sentido, se puede decir que este modelo era *inclusivo* (Corvalán, 2001:15) pues ponía a los trabajadores como actores fundamentales del desarrollo. Por ello, no es de extrañar que las interpelaciones a la “clase obrera” aparecieran prontamente en el léxico de los principales dirigentes políticos.

Mientras que en el norte del país la economía monoexportadora ocasionaba importantes cambios en la región y en sus habitantes, en el centro – sur la realidad estaba marcada por una economía de latifundio, basada en una gran concentración de la propiedad de la tierra y en una organización del trabajo articulada en torno a la figura del *inquilino*. Mientras que en el norte la organización del trabajo tendió a disciplinar la mano de obra, a disolver los lazos con el mundo agrícola y a institucionalizar la relación salarial, en el sur la realidad era completamente distinta: el inquilinaje implicaba relaciones de trabajo casi feudales, en las cuales los individuos trabajaban la tierra del propietario a cambio de casa y una pequeña porción de tierra para trabajo individual. La realidad del campo chileno, tanto en lo laboral como en lo que respecta a la concentración de la tierra, se mantuvo relativamente intocada hasta el gobierno de Frei Montalva en 1964, aunque no sin importantes movimientos sindicales y conflictos (Vitale, 1980:120).

No obstante, Chile estaría a punto de transitar hacia un nuevo modelo económico que permanecería hasta 1973. La crisis del salitre<sup>17</sup> marcó el fin del modelo monoexportador chileno, dejando una aguda crisis social y política en el país. Así, desde el fin de la primera guerra mundial hasta el inicio de la Gran Depresión lo que tenemos es una importante transición en lo económico y un momento de gran conflictividad en lo social. Durante este lapso de tiempo, podemos observar iniciativas orientadas a

---

<sup>17</sup> “Cuyas ventas en el mercado mundial habían bajado de 2.500.000 toneladas a 915.239 en 1919” (Vitale, 1980:82)

estabilizar la profunda crisis y paliar los efectos negativos del desempleo emanado del sector salitrero, así como la emergencia de importantes movimientos sindicales (Vitale, 1980: 86).

La gran depresión marcó definitivamente la necesidad de repensar el modelo de desarrollo hasta entonces implementado. Poco a poco se fue abriendo la puerta para el establecimiento de las primeras medidas tendientes a lo que posteriormente se denominará la política Industrial de Sustitución de Importaciones (ISI). La política ISI no sólo implicaba un cambio estratégico en la estructura productiva y, sino que también delimitó una concepción de estado basada en la idea de un estado fuerte, interventor, regulador e inversor.

Este modelo de desarrollo, tal como su nombre lo indica, giró en torno al fomento estatal del desarrollo industrial y hacia sectores estratégicos, con el fin de incrementar la productividad de la nación. El objetivo final de la política ISI era revertir la desajustada relación entre importación de bienes finales y la exportación de materias primas, aumentando la autonomía de la economía nacional y permitiendo un intercambio más favorable con las naciones extranjeras. El proyecto desarrollista fue llevado a cabo, en el caso chileno, por los gobiernos radicales, encontrando uno de sus mejores exponentes en el Presidente Pedro Aguirre Cerda. Durante su gobierno- en 1939 - se conformó la Corporación de Fomento Productivo (CORFO) organismo estatal destinado a fomentar el desarrollo de la política ISI.

Este organismo sobrevive hasta nuestros días y su importancia en la economía nacional durante el período que data de 1925-1973 fue radical. A través de su acción de fomento del desarrollo industrial y la modernización de sectores estratégicos como el minero, el proyecto desarrollista, encarnado en la CORFO, modificó la vocación económica de Chile en menos de 30 años, sentando bases fundamentales para que el “milagro chileno” atribuido a la dictadura de Pinochet, se convirtiese en realidad. Dicho proyecto transformó también radicalmente la composición de la población en términos de estructura ocupacional y en términos de su distribución en el binomio urbano – rural.

Así vemos que la política ISI aceleró y consolidó la temprana proletarización de la sociedad chilena. En ese sentido, durante este período Chile se caracterizó por una estructural ocupacional clásica, en la cual la importancia de la población obrera, era muy

grande llegando en 1971 a un 34.5% (León y Martínez, 2001:16). De ese altísimo porcentaje, un 25.8% estaba representado por posiciones obreras ligadas a la industria y a la construcción (León y Martínez, 2001:16). Los sectores medios asalariados, en cambio, que durante este período están en su mayoría relacionados con posiciones ligadas al estado, representan un 18% de la población (León y Martínez, 2001:15). El empleo de baja calificación en el sector comercio y servicios representaba apenas un 7.4% (León y Martínez, 2001:16). Es importante relevar que dada la baja prevalencia del trabajo femenino durante estos años, el “estilo de vida obrero” tenía una relevancia mucho mayor, ya que cada posición contabilizada representaba también un hogar (León y Martínez, 2001:16).

Por otro lado, la política de fomento industrial generó una gran migración campo – ciudad, dada la necesidad de concentración de mano de obra para el funcionamiento de las industrias y en los enclaves de extracción minera. Dado lo abrupto de este cambio y la escasa infraestructura de las ciudades, esto también trajo consigo una serie de elementos propios de las urbes latinoamericanas, que se pudieron observar en las principales ciudades convertidas en polo de atracción de mano de obra migrante: proliferación de cordones de pobreza, segregación espacial, desempleo y agudización de los problemas de vivienda.

La emergencia de estos problemas y su rápida agudización mostró poco a poco la necesidad de generar otros polos de empleo y desarrollo, así como la necesidad de establecer medidas que permitiesen la modernización del mundo rural. El campo chileno, hasta entonces caracterizado por un modelo de latifundio y una gran concentración de la tierra, se convirtió en la principal zona expulsora de la población que se establecía en la periferia de las ciudades. Así también, la baja productividad del campo, el aumento de la conflictividad en las zonas agrarias y la necesidad de generar una autosuficiencia alimentaria, llevó al proyecto desarrollista a comenzar una lenta intervención en el mundo rural que se consolidó durante el primer gobierno de la Democracia Cristiana, a través de la promulgación de la Ley de Sindicalización Campesina (1968) y la Ley de Reforma Agraria (1968).

El modelo desarrollista encontró su punto cúlmine durante el gobierno de la Unidad Popular. El programa de este gobierno, el cual no fue llevado a cabo en su

totalidad, contemplaba una radicalización del modelo, incluyendo una profundización de la reforma agraria y transformación de la organización productiva del campo, la creación de un sector industrial estatal y la regulación del flujo monetario por parte del estado<sup>18</sup>. La crisis inflacionaria, el desequilibrio de la balanza de pagos y la baja productividad del Área de Propiedad Social fueron algunos de los problemas con los que éste modelo de desarrollo mostró casi ya finalizando el gobierno de Allende.

#### B) Sistema político: partidos y marcos institucionales.

La dinámica de lo político en este período no sólo estuvo marcada por la influencia de las profundas transformaciones económicas que tuvo la sociedad chilena a partir del proyecto desarrollista. Muy por el contrario, uno de los elementos claves fue el marco institucional otorgado por la constitución de 1925, que marcó la conformación del sistema de partidos, su relación con la base social y con el estado.

Hemos dicho en el apartado anterior que el sistema económico chileno durante este período puede ser caracterizado como un sistema *inclusivo*, en tanto puso énfasis en la integración de los trabajadores como eje clave del desarrollo. Este fenómeno determinó de manera bastante temprana que el sistema político tratase de integrar a los sectores populares y obreros, lo que dio por resultado un sistema de partidos que contemplaba la participación de estos sectores (Zapata, 2007:7). Así, el sistema político chileno fue capaz de generar partidos obreros y de raigambre mesocrática como son el Partido Comunista (fundado en 1922) y el Partido Socialista (fundado en 1933). Estos partidos, nacidos de las organizaciones sindicales y obreras del norte de Chile, se incorporaron de lleno a la dinámica de las instituciones democráticas durante este período.

---

<sup>18</sup> “Las fuerzas populares unidas buscan como objetivo central de su política reemplazar la actual estructura económica, terminando con el poder del capital monopolista nacional y extranjero y del latifundio, para iniciar la construcción del socialismo. En la nueva economía la planificación jugará un papel importantísimo. Sus órganos centrales estarán al más alto nivel administrativo; y sus decisiones, generadas democráticamente, tendrán carácter ejecutivo” (Programa de la Unidad Popular, 1969: 10)

La constitución de 1925 constituyó el marco institucional que cristalizó las características de un sistema político que había venido desarrollándose durante las últimas décadas del siglo XIX y principios del siglo XX (Zapata, 2007:9). A través de la introducción de leyes electorales que introducen el voto popular y sistema de elección plurinominal proporcional para elección de diputados y senadores, la nueva constitución aseguró la integración de las clases medias y obreras al sistema político. Esto se reforzó el mismo año, cuando mediante la primera Ley General Electoral se eliminó el voto indirecto y estableció el voto secreto, personal, reduciendo la edad apta para votar de 21 a 18 años.

Esta constitución también estableció otros elementos que marcaron de manera importante la configuración de lo político en Chile. Por ejemplo, estableció el paso de un parlamentarismo a un presidencialismo, lo cual fue un rasgo clave a partir de este período, impactando fuertemente en los períodos posteriores, pues estableció la autonomía y autoridad presidencial como un eje estabilizador del sistema político. Ello dio a lugar, en algunas ocasiones, a una tendencia autoritaria y personalista. Esta autoridad fue contrapesada en alguna medida por la consolidación de un fuerte sistema de partidos, el que estaba caracterizado por partidos de raigambre clasista y por su carácter inclusivo, en tanto era capaz de contener, en el marco del juego democrático y en el debate parlamentario, a todos los sectores del continuo izquierda – derecha.

Siguiendo a Dávila y Fuentes (2002:15) diferenciaremos al interior del continuo izquierda –derecha en base a cuatro elementos que fueron, históricamente, los que determinaron la polarización izquierda – derecha en Chile: A) Postura frente al rol económico del estado: estatalismo/defensa de la libertad individual y minimización del rol del estado B) Postura frente a política social: justicia e igualdad/individualismo y asistencialismo C) Postura sobre asuntos valóricos: libre conciencia/ defensa de status quo y tradición D) Postura sobre relaciones internacionales: apertura económica Latinoamérica y proteccionismo frente a las naciones poderosas/ apertura económica naciones poderosas y nacionalismo.

### C) La derecha.

En términos estrictamente estructurales, la derecha chilena se caracterizó durante este período por representar a los sectores dominantes de la sociedad: grandes propietarios agrícolas, mineros y comerciales (León y Martínez, 2001:10). La heterogeneidad en su composición determinó profundas diferencias en torno a sus proyectos de país, la forma cómo enfrentar la intervención en el espacio político y la relación con los otros partidos. En primer lugar, existía una marcada diferencia entre la derecha conservadora, encarnada en los grandes propietarios agrícolas, y la derecha liberal, representada por aquellos individuos ligados a la extracción minera, a la incipiente producción industrial y al comercio. Para Moulian y Torres (1989:337) estas diferencias de composición estructural, las constantes pugnas entre los distintos grupos por hegemonizar el proyecto de derecha y la incapacidad de cortejar el centro político, fueron las características que marcaron el accionar de la derecha durante este período.

En ese sentido, para estos autores la derecha chilena se caracterizó por constituirse en un referente político clasista, orientado a la defensa de intereses. Por esta razón, si bien en numerosas ocasiones intenta establecer alianzas con otros referentes políticos, no lo logró con facilidad ni fue capaz de mantener una continuidad de alianzas en el tiempo. En 1915 existió un primer intento por organizar una cierta alianza entre la derecha y las capas medias. Sin embargo, el triunfo de Alessandri y la creciente intervención popular en la arena política generó una hegemonía de la posición más conservadora al interior de la derecha, aislándola definitivamente del centro y marcando la inviabilidad de la política de alianzas (Moulian y Torres, 1989:338).

A partir del gobierno de Pedro Aguirre Cerda (1938 -1941), la derecha perdió el poder por casi diez años, aunque siguió manteniendo una fuerte presencia en el parlamento. La permanencia de esta posición en el congreso estuvo dada por el importante apoyo que poseía en los distritos parlamentarios, a partir de la activación de densas redes clientelares (Moulian y Torres, 1989: 340). Sin embargo, su incapacidad de generar un proyecto unitario y la falta de consenso al interior de sus mismas filas hizo que la derecha utilizara su poder en el parlamento con una orientación puramente defensiva y neutralizadora de las reformas propias del proyecto desarrollista.



En 1947, en plena Guerra Fría, se promulgó en Chile la Ley de Defensa de la Democracia, que generó un clima favorable para que la derecha saliera de su aislamiento político, dada la exclusión de los partidos de izquierda de la institucionalidad por casi 10 años<sup>19</sup>. Sin embargo y a pesar de las favorables condiciones, la derecha no pudo dar vuelta atrás en su crítica contra el desarrollismo y contra los sectores más progresistas del continuo político. Por esta razón no logró establecer alianzas importantes durante este período con los partidos de centro.

La derecha volvió al poder a través de Jorge Alessandri en 1958. Sin embargo, este triunfo no implicó un aumento de la fuerza de este referente, sino más bien un relativo estado de crisis en el sistema político, marcado por la reorganización ideológica que supuso el surgimiento de la Democracia Cristiana como nuevo centro (Moulian y Torres, 1989:342). Durante el gobierno de Alessandri, la derecha tuvo serios conflictos internos a partir de su proyecto de *modernización conservadora*, el que buscó contrarrestar los efectos redistributivos del modelo desarrollista y reducir, a su vez, la intervención estatal en el fomento productivo.

Este modelo entró en crisis en 1962. Forzada por los altos niveles de conflictividad social, la derecha debió abandonar su estrategia clasista y enfrentar una política de alianzas que le permitiera terminar su período presidencial y lograr un triunfo en las elecciones próximas. Sin embargo, su estrategia de acercarse al Partido Radical fue errada, pues ya el centro político se había desplazado a la Democracia Cristiana. Al final de este período y en medio de una aguda crisis interna, no le quedó más que otorgar bajo estrictas condiciones, su apoyo al demócrata cristiano Frei Montalva, el *mal menor* frente al candidato de izquierda, Salvador Allende.

En 1965 la derecha entró en una grave crisis que casi desapareció a este sector del sistema de partidos. Sin embargo, en 1966 la crisis fue resuelta a través de la formación del Partido Nacional, el que presentó características distintas de las anteriormente vistas en la derecha: en primer lugar, estableció un único referente para liberales y conservadores. En segundo lugar, hubo un recambio de dirigentes que le

---

<sup>19</sup> Esta ley impide y persigue a los militantes de los partidos alineados con el bloque soviético, impidiéndoles su participación en las elecciones durante el período que abarca 1948 – 1958. Sin embargo, este período es relativamente breve en comparación con otros países de Latinoamérica, no afectando la tendencia sistémica de la izquierda en Chile (Zapata, 2007:13).

permitió establecer una nueva imagen, menos clasista y más ligada a la estrategia de alianzas.

Sin embargo ya pesar de todos los esfuerzos, para 1970 la intervención de la Democracia Cristiana en el latifundio, contraria a los intereses de la derecha, hizo imposible una alianza con el centro político. La derecha desconcertada observó como el candidato de izquierda, Salvador Allende, llegó al poder en 1970 siendo ratificado en el congreso con votos de la Democracia Cristiana (Moulian y Torres, 1989:45). Durante el primer año del gobierno de la Unidad Popular, la derecha todavía se mantuvo en desconcierto. A pesar de la unión en un solo partido, no logró unificar sus filas en torno a una sola posición: mientras los sectores conservadores avanzaban hacia una oposición intransable, los sectores más liberales se mantenían indecisos frente a la posibilidad de negociación con el gobierno.

La radicalización de la reforma agraria y la expropiación de importantes industrias para la constitución del Área de Propiedad Social del Estado, unificó a la derecha en torno a una postura de oposición hacia principios de 1972. En ese mismo año, cuando la Democracia Cristiana se declaró abiertamente opositora al gobierno de Allende, se fraguó un bloque opositor entre este referente y la derecha.

### *Identidad en la derecha chilena. 1925 – 1973*

En términos identitarios, la derecha chilena durante este período no presentó características generales, sino que albergó una gran heterogeneidad. Sin embargo y para efectos de este trabajo, trataremos de establecer los principales elementos identitarios de este referente político, a partir de la bibliografía existente sobre el tema en el período. Para ello dividiremos el análisis en dimensión *locativa*, *integrativa* y *de la diferencia*.

La dimensión *locativa* es aquella que está marcada por el conjunto de pertenencias sociales que permiten al colectivo situarse en un entramado de relaciones. En esos términos y como hemos señalado anteriormente, la derecha chilena se caracterizó por enfatizar tres importantes pertenencias sociales: *la posición de propietarios*, *la pertenencia a familias “bien”* (migración castellano – vasco temprana/

migración industrial – comercial - minera) y la pertenencia a una comunidad religiosa católica.

La primera característica hacía referencia a la posición en términos estructurales al interior de la sociedad chilena. La derecha, al ser un referente político clasista, se aglutinó precisamente en torno a la posición de propietarios, ya sea en relación a la minería, a la industria, al comercio o a la tierra. Sin embargo, las características de la propiedad tenían importantes diferencias en la construcción identitaria de los sujetos: mientras que la derecha más conservadora puso la propiedad de la tierra como el eje principal de identidad colectiva, a través de las ideas de *distinción y tradición*, la derecha más liberal relevó la importancia de las propiedades mineras, industriales o comerciales en torno a la idea de la *riqueza a partir del trabajo y la visión de futuro*.

La segunda característica nos habla de la importancia de la continuidad de determinadas familias que se consideraban de mayor relevancia histórica. Tales eran la temprana migración castellana – vasca, más vinculada a la derecha conservadora. En este punto era relevante la idea de *familia y tradición*. En la derecha más liberal, en cambio, la idea de familias “bien” se encontraba más ligada a una migración más capitalista, constituyéndose en eje identitario en torno a la idea de *familias pioneras*.

La tercera pertenencia relevante era la relativa a una *comunidad religiosa*. En Chile, como en la mayor parte de América Latina, el componente católico marcó profundamente la identidad de los nacionales, la delimitación de proyectos y la política de alianzas. En la derecha más conservadora, esta ligazón con la iglesia delimitó un fuerte énfasis en la idea de bien común y una influencia comunitarista (Fediakova, 2002:54), especialmente en torno a la idea de mantención de valores cristianos tradicionales. En la derecha más liberal esta imbricación no fue tan fuerte dado el componente extranjero y la prevalencia del protestantismo, pero sí tuvo un rol importante en la construcción de espacios de socialización de las élites.

En términos de la *dimensión integrativa*, nos centraremos principalmente en la idea de mito político, que es el que sitúa a la comunidad en una determinada narrativa capaz de otorgar continuidad y permanencia a una identidad colectiva. Como veíamos en el capítulo anterior, el mito político delimita una determinada temporalidad que pone un punto inicial a la trayectoria de la comunidad, marcando hitos relevantes en la misma y

articulando una cierta idea de futuro o proyecto. En este caso, podemos observar cuatro momentos importantes en la delimitación de una temporalidad: *la idea de la conquista, la idea de la independencia y construcción del estado nación y la Unidad Popular*. En cada uno de ellos podemos distinguir *personajes e ideas - fuerza*.

El primer hito refiere a la llegada de las primeras familias de colonos y estaba articulado en torno a la interpretación de la conquista como un proceso signado por las *ideas fuerza de adversidad y de gesta heroica*. La idea de *adversidad* se construyó en torno al imaginario de que Chile era un lugar particularmente agreste y adverso para la conquista y el establecimiento de los primeros colonos, por lo que quienes lo poblaron fueron gente especialmente valiente y apta para el trabajo duro. La idea de *gesta heroica* se vinculó con la construcción a posteriori de la grandeza militar de los pueblos indígenas de Chile, especialmente los mapuches: aquellos que establecieron las bases del estado chileno debieron luchar con un pueblo *valeroso* que *nunca se doblegó* por lo que el trabajo de colonización, evangelización y establecimiento de ciudades fue extremadamente complejo. Esta noción reforzó la idea de los primeros habitantes de Chile eran gente especialmente valiente, lo que sumado al mestizaje con este pueblo indígena *indómito*, generó un pueblo fuerte, trabajador y valeroso frente a la adversidad. Los personajes *identificadores* son Pedro de Valdivia, el conquistador de Chile y Caupolicán, el cacique mapuche que muere tras ser capturado, sin rendirse a pesar de la tortura que le infringen sus captores.

El segundo hito refería a la interpretación sobre el proceso de independencia de Chile frente a España y la forja del estado nación, siendo relevantes dos ideas – fuerza: *lucha por la libertad/ la soberanía y el establecimiento del orden*. La idea de lucha por la libertad hacía referencia a la interpretación de la gesta de la independencia como la lucha de una nación por su libertad, poniendo especial énfasis en la idea de unidad de Chile frente a España. También se relevaba en la idea de corrupción de las autoridades españolas en América Latina, especialmente en los representantes en el Virreinato del Perú, quienes no prestaron suficiente apoyo a la Capitanía chilena para que enfrentase la dura lucha que mantenía con el pueblo mapuche. Frente a ellos, los chilenos, eran relevados como hombres de disciplina, esfuerzo e integridad. En este hito un personaje importante era O'Higgins, en su lugar de independentista y estadista.

Posterior a la independencia se situaba otra gesta heroica: la construcción del estado nación. Esta gesta heroica no era la lucha contra un enemigo común, sino que era la lucha de los chilenos contra sus propias debilidades: el desorden, el bandidaje, las enemistades políticas, la guerra civil y la escasa experiencia en el propio gobierno. Se ponía énfasis en la *lucha del orden contra el caos*, marcando un hito en el establecimiento de la constitución de 1833 y la República Conservadora, con la figura de Portales creando el *orden* y con eso, construyendo el estado de Chile.

El último hito de la trayectoria es la Unidad Popular. Este hito se articuló en torno a tres ideas fuerza: la *idea de caos y conflicto*, la *idea de lucha por la libertad* y la *idea de resistencia frente al intervencionismo soviético*. La primera idea aludía a la interpretación del período como una etapa signada por el caos económico, el desabastecimiento, la inflación y la conflictividad social, dada la incompetencia de la administración de la Unidad Popular<sup>20</sup>.

La segunda idea fuerza aludía a la interpretación de la acción organizada de la derecha como acciones articuladas en torno a una lucha por la libertad del pueblo chileno, frente a un estado totalitario, incapaz de respetar las libertades individuales<sup>21</sup>. Según Moulian y Torres (1989:349), el énfasis en la idea de lucha por la libertad fue uno de los principales cambios experimentados por la derecha durante el período de la Unidad Popular. Frente al discurso del orden y la estabilidad propio de este sector durante el período previo, la idea de libertad frente a un estado interventor mostró un cambio de la derecha frente a la democracia, la que comenzó a percibirla como una

---

<sup>20</sup> Algunos titulares de la prensa de derecha nos pueden ilustrar al respecto: “*Los éxitos de la UP: Hoy cesantía, mañana racionamiento*” (PEC, 5 de marzo de 1971); “*Nuevo lema del gobierno: Chileno, no comas. El ayuno es lo más alimenticio que hay*” (PEC, 30 de julio de 1971); “*¡Tomada de Santiago! Asonada UP contempla empleo de barricadas, fogatas, ollas comunes y movilización permanente de brigadistas. Comunistas se identifican pintando sus casas color azul*”. (Tribuna, 4 de septiembre de 1972); “*Aplastante fracaso económico de la UP*” (...) *Si los países pudieran quebrar, tendríamos que decir que el nuestro está quebrado*” (El Mercurio, 4 de septiembre de 1972).

<sup>21</sup> Sobre este tema en la prensa de derecha: “*Gobierno pretende eliminar por decreto a la virgen María*” (Tribuna, 11 de diciembre de 1971); “*Allende quiere silenciarnos. La verdad tiene su precio: ¡cárcel!*” (Tribuna, 19 de julio de 1971); “*Agoniza el Senado y decapitan a la Corte Suprema*” (SEPA, 16 al 22 de noviembre de 1971); “*Expropiación los animales para el pueblo, pero se lo comen ellos. Así son los marxistas*” (Tribuna, 24 de junio de 1972).

amenaza. Para los autores, a partir de este momento la derecha se alejó definitivamente de las instituciones democráticas (Moulian y Torres, 1989: 350).

La tercera idea se encontraba íntimamente ligada a la anterior, pero manifestaba un alcance mundial: no sólo se trataba de una gesta heroica por la libertad frente al estado, sino que también era la lucha del pueblo chileno contra la intervención de una potencia extranjera, la que buscaba convertir a la nación soberana en una colonia de facto, un país satélite más en el marco de la guerra fría<sup>22</sup>. En este hito los personajes relevantes son: Jarpa, Alessandri y Jaime Guzmán.

En relación a la dimensión de la diferencia, era posible distinguir dos adversarios para la derecha durante este período. La construcción de los antagonistas pasa por la identificación de una serie de atributos abstractos, que permiten a los sujetos interpretar situaciones variadas y situar a los individuos con los que interactúan en un marco determinado de relaciones. En ese sentido, los antagonistas no son entidades o individuos concretos, sino que manifiestan rasgos que son encarnados o atribuidos a determinadas entidades o individuos en un contexto histórico concreto.

Para el caso de la derecha durante este período, había dos tipos adversarios: *los que atentan contra el orden/desarrollo* y *los que quieren entregar/oprimir la patria*. El primer adversario hacía referencia a la narrativa que insertaba a la derecha chilena en una trayectoria marcada por la lucha del orden contra el caos, en el cual este referente político era quien se encontraba en permanente pugna contra grupos internos que deben ser controlados, con el fin de mantener un cierto orden que permitiera el desarrollo de una nación próspera. Estos grupos insistían en generar divisiones internas, rompiendo la unidad nacional y debilitando su potencial y obstaculizando por esto el desarrollo. En algunas otras coyunturas históricas, la idea de *obstaculización del desarrollo* también contuvo un cierto elemento referido a la vocación de trabajo y la necesidad de fomentar la misma en sectores sociales particularmente *flojos*. Al interior de esta idea también subyacía una crítica al incipiente estado de bienestar y sus políticas de apoyo hacia

---

<sup>22</sup> Sobre este tema en la prensa de derecha: “*Mañana a las 5.PM. Llega el tirano Fidel. Chilenos de verdad repudian la visita. Sólo comunistas quieren ver al creador del Paredón*” (Tribuna, 8 de septiembre de 1971); “*Listas manos soviéticas para meterlas en la ENAP*” (Tribuna, 17 de junio de 1972); “*El futuro de Chile: dictadura militar o dictadura marxista*” (PEC, 6 de julio de 1973).

sectores empobrecidos de la sociedad chilena, ya que eso generaba *costumbre y no incentivaba la ética del trabajo*.

El segundo adversario era propio de las últimas décadas de este período y se relacionaba con una agudización de la crítica al intervencionismo estatal, encarnado para la derecha, en los partidos de izquierda y los *marxistas*. Esto también se relacionaba con la vinculación internacional de estos grupos en el marco de la guerra fría, relevando el componente nacionalista y la defensa de la patria como eje central de la construcción del antagonista.

#### D) El centro.

El centro político estuvo, durante la primera parte de este período encarnado en el Partido Radical (PR) y posteriormente por el Partido Demócrata Cristiano (PDC). Estos partidos, en términos estrictamente estructurales, estaban ligados a la representación de las capas medias y profesionales, especialmente aquellas ligadas a la administración estatal. Durante la primera parte de este período, fue el PR quien generó una mediación entre izquierda y derecha, encarnando y llevando a cabo el proyecto desarrollista a través de una intensa política de alianzas, especialmente con los partidos de izquierda y las organizaciones obreras.

El primer gobierno del partido Radical se hizo realidad a través de un frente común entre radicales, comunistas, socialistas y la Confederación de Trabajadores de Chile, siendo llamado Frente Popular. Con Pedro Aguirre Cerda a la cabeza, la política nacional encontró un delicado equilibrio que permitió a este mandatario ejecutar las principales obras del proyecto desarrollista. Aún cuando Aguirre Cerda murió abruptamente, su sucesor radical, concretó la mayor parte de los proyectos de este conglomerado político, caracterizado por su carácter pluriclasista<sup>23</sup>, laico, republicano, su énfasis en el desarrollo de un estado de bienestar y la relevancia dada al tema de la educación, propio de la herencia masónica inherente a los radicales chilenos<sup>24</sup>.

---

<sup>23</sup> “El Pluripartidismo del Frente Popular reflejaba de modo indirecto su esencia interna: el pluriclasismo” (Mires, 1975:29).

<sup>24</sup> Para una descripción más detallada del programa del Frente Popular, véase: Vitale, 1980: 131; Mires, 1975: 30.

Este equilibrio comenzó a tambalear por las presiones internacionales en torno a la toma de posición del gobierno chileno en el marco de la Guerra fría. Así, a pesar de que González Videla fue electo por la alianza entre PR y PC, decidió romper con este partido y expulsar del sistema político a los partidos alineados con el bloque soviético. En ese momento, el Partido Radical rompió su lugar de centro político en el sistema de partidos.

El contexto de la pérdida del centro por el Partido Radical y del relativo ascenso de la derecha, se originó en 1957 un nuevo partido que reemplazó al PR, desplazando el sistema de partidos hacia la izquierda. Este nuevo partido era la Democracia Cristiana, que fue definida como cristiana y policlasista, contraria a “la lucha de clases” y tendiente a la convergencia. En el terreno económico, su proyecto no difería mucho de proyecto radical puesto también consideraba la industrialización como eje clave del desarrollo. Como nuevo centro político, el ascenso de la DC disputó las bases sociales tanto de la derecha como de la izquierda<sup>25</sup>: por un lado, las transformaciones económicas y el énfasis los sectores excluidos (pobladores, campesinos) era compartido por la izquierda, por lo que ésta se radicalizó para mantener su apoyo. Por otro lado, la DC disputó la hegemonía de la derecha al interior del mundo cristiano y rural, con lo cual ésta también se radicalizó para conservar su radio de influencia.

En 1964 la DC llegó al gobierno con Eduardo Frei a la cabeza, encabezando un proyecto basado en un ideal “comunitario”<sup>26</sup>, que pretendió ser un punto medio entre la propuesta capitalista de la derecha y la socialista levantada por la izquierda. En concordancia con ese proyecto de carácter *intermedio*, se fraguaron los dos grandes proyectos del gobierno de la DC: la reforma agraria y la nacionalización del cobre. Ambos proyectos contemplaban formas de organización mixtas de inversión estatal – capital privado.

---

<sup>25</sup> “La DC comenzó a controlar gran parte del movimiento estudiantil, a penetrar dentro del sector de pobladores y juntas de vecinos y a ejercer influencia en algunos sindicatos importantes de campesinos, empleados, profesionales y técnicos. Este radio de influencia le permitió a la DC convertirse en el primer partido político después de las elecciones a regidor en abril de 1963, al obtener 23% de los votos emitidos” (Vitale, 1980:173).

<sup>26</sup> Este proyecto implicaba: “Agrupar a los hombres en comunidades de trabajo, dueños de capital y de los medios de producción y concordantes en sus objetivos, y a convertir al estado como rector del bien común, en expresión superior de esa vida comunitaria” (Democracia Cristiana, 1957: Acápites V y VI)



Hasta este momento el sector agrícola, cuyo enclave estaba principalmente en el sur de Chile, era un coto vedado para las reformas desarrollistas encabezadas por el Partido Radical. Esto era parte de consenso tácito que permitió al PR llevar a cabo la política ISI sin alterar uno de los ejes del poder de los partidos de derecha: el latifundio. La inclusión de este sector en la agenda política de la DC rompió el coto vedado que mantenía el latifundio como enclave clientelar de derecha, con lo que alejó definitivamente a la derecha de las instituciones democráticas: no sólo se radicalizó sino que buscó reestablecer el equilibrio a través de mecanismos fácticos.

En 1967 comienzan los síntomas de una crisis económica que puso en jaque al gobierno de la DC y que aumentó la polarización de la sociedad chilena. El descenso del crecimiento, el aumento de la inflación y el desempleo generó una ola de huelgas que marcaron el final del período de la DC. Así también la efervescencia social, visibilizada a través del aumento de tomas de terreno, ocupación de fundos y protestas, generaron una situación de crisis interna en la DC que terminó con la separación de dos bloques más radicalizados del partido, que posteriormente formaron el MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitaria) y la Izquierda Cristiana. Estos dos bloques se aliaron rápidamente a los partidos de izquierda, dejando a la DC en plena crisis para las elecciones parlamentarias de 1969. En estas elecciones, la DC no sólo sufrió importantes derrotas, sino que perdió la mayoría en el congreso frente a una izquierda cada vez más fortalecida. De 82 diputados electos en el período anterior, en esta elección sólo logra asegurar 56 escaños.

En medio de una situación crítica, la DC enfrentó las elecciones presidenciales sacando el tercer lugar, con su candidato Radomiro Tomic. Eso le dio la posibilidad de negociar decisivos votos en el congreso, que era el organismo llamado a ratificar al presidente en caso de no existir una mayoría absoluta. La imposibilidad de una alianza con la derecha determinó el apoyo de este referente al candidato de la izquierda, Salvador Allende, quien fue ratificado con votos de la Democracia Cristiana en 1970.

Durante el primer año de gobierno, este referente mantuvo una actitud de reserva y recelo, pero no manifestó públicamente su oposición al gobierno de la Unidad Popular hasta 1972. En ese momento, se produjo un *vaciamiento del centro* (Moulian y Torres, 1989: 348) que polarizó completamente la sociedad chilena. A partir de entonces, la DC

estableció una alianza opositora con los partidos de derecha, apoyando la estrategia golpista con el fin de derrocar al Presidente Allende. Cabe señalar que el apoyo de la DC a esta estrategia estuvo condicionado a un rápido retorno al sistema democrático y a un posterior traspaso del poder a la DC (Yocelevzky, 1985:35). Sin embargo, esto nunca sucedió<sup>27</sup>.

*Identidad en el centro político. 1925 – 1973.*

Este sector político, al igual que la derecha, aglutinó una gran diversidad de grupos sociales en su interior. Esto se encuentra complejizado por el hecho de que existió una importante transformación en el centro político y sus características, a partir de la emergencia de la Democracia Cristiana. Por esta razón trataremos de establecer los elementos generales, apuntando en las diferencias relevantes en la trayectoria de los partidos del centro político. Sin embargo, cabe señalar que dada la enorme cantidad de material en torno al tema, no se pretende exhaustividad en este punto, sino tan sólo la extracción de características generales que permitan guiar una posterior contrastación con las identidades políticas actuales.

En términos de la dimensión locativa, tal y como la hemos explicado anteriormente, podemos distinguir tres pertenencias sociales relevantes en la construcción de estas identidades políticas, según lo recabado bibliográficamente: *pertenencia a la clase media intelectual, vinculación con el estado y laicismo/ social-cristianismo*. La primera característica fue compartida tanto por el partido Radical como por la DC y hacía alusión a aquello que fue característico de estos partidos y sus principales líderes: su pertenencia a una clase media intelectual. En ambos casos, se

---

<sup>27</sup> En torno a este tema, puede ser esclarecedora la carta escrita por el Ex Presidente DC, Eduardo Frei Montalva, al director de la Unión Mundial de la Democracia Cristiana, pocos días después del golpe de estado que derrocó a Allende: “El fondo del problema es que este gobierno minoritario, presentándose como una vía legal y pacífica hacia el socialismo -que fue el slogan de su propaganda nacional y mundial- estaba absolutamente decidido a instaurar en el país una dictadura totalitaria (...) Las Fuerzas Armadas -estamos convencidos- no actuaron por ambición. Más aún, se resistieron largamente a hacerlo. Su fracaso ahora sería el fracaso del país y nos precipitaría en un callejón sin salida. Por eso los chilenos, en su inmensa mayoría, más allá de toda consideración partidista, quieren ayudar porque creen que ésta es la condición, para que se restablezca la paz y la libertad en Chile. Cuanto más pronto se destierre el odio y se recupere económicamente el país, más rápida será la salida” (Frei, Carta a Rumor, 8 de noviembre de 1973).

destacaba discursivamente la raigambre mesocrática de sus integrantes, estableciendo una diferencia marcada con aquellos intelectuales provenientes de las élites chilenas y de las familias aristocráticas. De esta manera, se establecía una cierta sensibilidad social determinada por el humilde origen de sus integrantes y líderes, los que destacaban sólo por la formación intelectual a la que tuvieron acceso y por ser *hombres de trabajo*<sup>28</sup>. Este elemento era particularmente fuerte en el radicalismo, siendo notorio en las reconstrucciones de la vida de sus grandes figuras y líderes: había un fuerte énfasis en la idea del ascenso social vía el estudio, el que a pesar de las dificultades de las humildes familias de las que provenían, lograba formar hombres íntegros, conscientes, sensibles frente al pueblo (Palma, 1967:224).

La segunda pertenencia social relevante era la *vinculación con el estado*. En ambos casos vemos que el estado era el principal empleador de estos jóvenes profesionales, cuya falta de vínculos con las élites de Chile hacían de este espacio un lugar privilegiado que les permitía conjugar dos elementos: la intelectualidad – la calidad de trabajadores y la sensibilidad social, movilizadas a través del servicio público y el aporte al desarrollo del país (Yocolevzky, 1985:6).

La tercera pertenencia relevante era diferente para el PR que para la DC. El PR relevaba la importancia de la pertenencia a una *comunidad laica*, unida por el servicio público y la importancia otorgada a la educación, mientras que para la DC si bien eran importantes algunos de estos componentes, ponía especial cuidado en relevar el componente religioso en su discurso. A diferencia de la derecha, en la cual el énfasis en la pertenencia a una comunidad religiosa estaba puesto en la idea de la conservación de valores cristianos tradicionales, la DC articuló esta pertenencia en torno a la doctrina del social-cristianismo fundado en las encíclicas de León XIII y Pío IX. En este sentido, era relevante el compromiso cristiano con los más desposeídos y su expresión en un discurso de reformista, desarrollista y basado en la idea de solidaridad (Yocolevzky, 1985: 5).

---

<sup>28</sup> Sobre la importancia de este componente en la identidad del centro político, es ilustrativo leer los discursos de Pedro Aguirre Cerda, uno de las figuras más influyentes: “Me extraña mucho que muchachos de grandes familias y fortuna, se esfuercen tan poco por estudiar y aprender; yo que soy un hombre modestísimo, hago clases para ganarme la vida y seguir una nueva profesión” (Pedro Aguirre Cerda, citado en Palma, 1967: 212)

En la dimensión integrativa, al igual que en el caso de la derecha, centraremos el análisis en términos del mito político, a través de la identificación de los hitos considerados significativos en términos de trayectoria. Estableciendo en ellos los principales personajes relevantes y las ideas - fuerzas de cada período, lograremos otorgar una visión general del lugar que ocupa la colectividad en cierto devenir compartido. Dado que ambos partidos ubicados en el centro político poseían identidades diferenciadas, trataremos de apuntar a los elementos compartidos, más que a sus ya evidentes diferencias.

Dentro de la trayectoria de la comunidad podemos distinguir tres hitos compartidos: *la independencia, la construcción de estado nación y los gobiernos radicales*. Para los radicales en particular, era muy relevante establecer un puente con la lucha por la independencia y con los primeros independentistas de Chile. Para ello destacaban el rol de las ideas ilustradas en la gesta independentista, así como la influencia de la revolución francesa en el pensamiento de los líderes más radicalizados. En ese sentido, era relevante la figura de O'Higgins como personaje que encarnaba gran parte del pensamiento y proyecto radical: el laicismo, la inspiración republicana, la ruptura con la aristocracia y la labor educativa. Este hito estaba signado por la idea de *lucha por la igualdad y contra la tiranía*. Los demócratas cristianos, en cambio, se sumaban a la lectura realizada por el ala radical de este hito, el cual no es particularmente significativo para ellos en términos identitarios.

El segundo hito, la *construcción del estado nación* era más compartido por ambos referentes políticos. Al interior de éste había una percepción de que la forja del estado era tributaria del aporte del pensamiento ilustrado, laicista y republicano propio de los primeros radicales. En ese sentido, elementos como la petición de reforma de la constitución de 1833, la creación de la Sociedad de la Igualdad<sup>29</sup> y la creación del proyecto desarrollista eran claves para la comprensión de la identidad del centro. Estos

---

<sup>29</sup> Creada en 1850 por Santiago Arcos, con apoyo de Francisco Bilbao y Manuel Guerrero. Esta sociedad pretendió ampliar el programa del partido liberal, basado en estrictas reivindicaciones sobre libertades públicas. Inspirados en la experiencia de la Revolución Francesa, estos intelectuales crearon una organización basada en las ideas de la igualdad y la justicia social: "La clase obrera ha pasado desapercibida para los hombres públicos de Chile; y ha llegado el tiempo de que esta clase obrera adquiera conciencia de su poder. Deber es de los que mandan prevenir ese momento en que cansado el obrero de trabajar sin fruto ni protección, reclame por la fuerza lo que no ha podido conseguir con la calma y el sufrimiento" (Arcos, citado en Vitale, 1971:214). Sus líderes fueron excomulgados, perseguidos y desterrados por los sectores conservadores.

elementos marcaron el devenir de una comunidad en torno a la *idea de lucha del individuo, la razón y el desarrollo contra el comunitarismo religioso, el oscurantismo y el atraso*. Heredero de algunos de los aspectos fundamentales del proyecto radical, la DC cristiana reemplazó el componente laico, relevando mucho más la *idea de libertad y desarrollo para la igualdad*. En ambos referentes era importante también, en este hito, la idea de lucha contra el *autoritarismo*, encarnado en la gestión y el proyecto de derecha de las élites chilenas. Algunos personajes identificadores son: Francisco Bilbao, Andrés Bello, Santiago Arcos, Matta y Gallo.

El tercer hito compartido es el período de los gobiernos radicales, aunque cada referente le asignaba una valoración distinta. Para los radicales, este período representaba el punto cúlmine de un proceso de avance y consolidación del proyecto ilustrado, expresado en el desarrollismo. Estaba, sin embargo, marcado por los conflictos derivados de la guerra fría, encarnados en la promulgación de la ley que excluyó al PC del sistema político. Por esta razón, se encontraba cruzado por las ideas de *progreso, desarrollo y lucha contra el autoritarismo*. Para los demócratas cristianos, en cambio, estos períodos presentaban inicialmente un avance en materias de igualdad y justicia social, pero a partir del período de Videla formulaban una fuerte crítica de la incapacidad de este referente político de profundizar y extender su capacidad de atención a sectores como el mundo rural o la marginalidad urbana. Para la DC, este período estaba signado por la idea de *lucha por los más desposeídos*. En este hito, los personajes identificadores son: Pedro Aguirre Cerda, Videla, Juan Antonio Ríos, Frei, Rafael Gumucio, Castillo Velasco.

El cuarto hito es relevante sólo para la DC, ya que en a esas alturas el partido radical se encontraba en una crisis que marcó su declive hacia fines de la década de los 60'. Este hito fue el *Gobierno de Frei y la Unidad Popular*. El gobierno de Frei fue clave para la DC pues marcó el triunfo de este partido a nivel nacional y la posibilidad de realizar su proyecto de carácter intermedio, anteriormente explicado. De la misma forma, este período fue relevante pues delimitó el inicio de la radicalización de algunos sectores al interior de este partido, que terminó con la ruptura del mismo hacia 1971. La idea central de este hito es la de *Revolución en libertad*, que siendo el lema de la campaña presidencial de Frei, encarnaba perfectamente el espíritu de la época:

representaba la necesidad de generar reformas profundas, enfatizando el componente de libertad con el fin de relevar la posición intermedia entre el proyecto de izquierda y el proyecto de derecha. Por otro lado, también fue relevante la *idea de crisis y de conflicto interno*.

La Unidad Popular, en cambio fue un período relevante pues marcó la pérdida del carácter centrista de la DC, siendo la idea central la de *lucha contra el totalitarismo*, dando cuenta de la abierta oposición tomada por la DC frente al gobierno de la Unidad Popular. Algunos de los personajes identificadores son: Frei, Aylwin, Zaldívar, Pérez Zujovic.

En la dimensión de la diferencia, podemos distinguir adversarios diferenciados para cada uno de los partidos clasificados como centro político. Para el partido radical habían dos adversarios relativamente claros: *las élites/ la aristocracia y la iglesia*. El primer adversario se insertaba en el devenir de la lucha por la igualdad, inspirado en las ideas ilustradas que marcaron fuertemente la identidad de este referente. En este adversario también había una cierta identificación de las élites con la idea de autoritarismo, por lo que en muchas ocasiones las lecturas de los períodos autoritarios los reseñaban como períodos de control de las élites. El adversario *iglesia* se vinculaba con la narrativa de la lucha por el desarrollo y contra el oscurantismo. Había una fuerte vinculación entre laicismo – progreso y religión – atraso, propio del pensamiento ilustrado que superpone el pensamiento racional, científico por sobre la costumbre y la religiosidad en la búsqueda del mejor camino para el progreso de las naciones. De la misma forma, también había una asociación entre la idea de iglesia – élites – autoritarismo.

Para la DC, en cambio, los adversarios eran: *el conservadurismo religioso y el totalitarismo*. El primero de los adversarios insertaba a la DC en el devenir de la lucha por imponer las poco aceptadas visiones del social-cristianismo en la construcción de un proyecto político con visión cristiana. La retórica DC en torno a la justicia social, a la igualdad, la solidaridad y el trabajo con los más desposeídos chocaba directamente con el ala tradicional de la iglesia católica, siendo éste uno de sus principales adversarios

políticos desde incluso antes de la fundación oficial del este referente<sup>30</sup>. También podemos ver una cierta asociación entre conservadurismo religioso – élites/ clases dominantes – autoritarismo.

El segundo adversario de la DC fue emergente de un contexto sociohistórico extremadamente polarizado en el marco de la guerra fría. En ese marco, la posición centrista de la DC implicó una oposición al proyecto de izquierda, sustentada en la idea de libertad, respeto a los marcos institucionales, los procedimientos y las autoridades. También se podía ver una asociación importante entre izquierda – proyecto socialista – totalitarismo – intervención soviética, por lo que la construcción de este adversario también tenía un cierto componente nacionalista.

#### E) La izquierda.

La izquierda chilena nació al alero de los movimientos sindicales emergentes de los enclaves salitreros y de otros centros mineros, localizados principalmente en el norte del país. A partir de las primeras demandas obreras, orientadas al mejoramiento de las condiciones laborales y de calidad de vida en general e inspirados en la experiencia de los partidos obreros europeos, la izquierda se organizó de manera primigenia a partir de un referente llamado Partido Obrero Socialista en 1912, que se incorporaría a la Internacional Comunista en el año 1922, adoptando el nombre de Partido Comunista.

El otro partido de izquierda presente desde los inicios de este período fue el Partido Socialista, fundado en el año 1933, a partir de fracciones desprendidas del PC y de otros movimientos producidos en el marco de crisis ocasionada por la Gran Depresión. Así, vemos que en términos estrictamente estructurales los partidos de izquierda estaban asociados a la representación de los sectores obreros y algunos sectores provenientes de las clases medias, por lo menos durante este período.

---

<sup>30</sup> De hecho, uno de los antecedentes políticos directos de este partido, la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC), se caracterizó por su formación social-cristiana, la cual ocasionó innumerables conflictos cuando formaron parte del Partido Conservador. Siguiendo a Yocelzky (1985:6), podemos decir que fue precisamente este enfrentamiento lo que unió a estos jóvenes dirigentes como grupo y les entregó los principales elementos de su discurso político: el social cristianismo y la posición centrista. Estos jóvenes posteriormente formarían la Falange Nacional, rompiendo definitivamente con el Partido Conservador.

Los partidos de izquierda se vincularon rápidamente al sistema político institucional y a la política electoral, aún cuando manifestaban públicamente su adhesión a los postulados del marxismo, participando activamente de Internacionales Socialistas. Así, mantuvieron un constante número de representantes en el parlamento y fomentaron una intensa política de alianzas, a la vez que desarrollaron una intensa actividad al interior de las organizaciones sindicales (Zapata, 2007:3).

A pesar de tener importantes acuerdos entre ellos, la relación entre el Partido Socialista y el Partido Comunista no estuvo exenta de desencuentros. Así, vemos que estos dos conglomerados políticos discreparon fuertemente en torno a la intensidad y dirección del proceso político chileno, desde su surgimiento como partidos: mientras el PC se inspiraba más en el modelo soviético, el PS realizaba una política más adaptada al caso chileno, enfatizando el tema institucional de la lucha política y teniendo una mayor prevalencia de clases medias ligadas al estado (Castells, 1974:140). En lo orgánico las diferencias pasaban por el hecho de que mientras que los comunistas tenían una militancia disciplinada a partir de los supuestos del partido leninista, el partido socialista tenía fracturas internas que mostraron su profundidad al finalizar este período, ya que coexistían en la misma organización corrientes socialdemócratas con grupos obreristas más radicalizados (Touraine, 1974:54; Castells, 1974:141, Faletto, 1980:30).

Los partidos de izquierda chilenos utilizaron una intensa política de alianzas con el fin de permanecer al interior del sistema político. De esta manera, vemos que el proyecto desarrollista radical fue avalado por los votos de la izquierda, siendo incluidos también en la conformación de gabinetes ministeriales y en cargos públicos de importancia. Esta tradición sistémica de la izquierda chilena se vio interrumpida en el marco de la guerra fría, a partir de la promulgación de la Ley de Defensa de la Democracia, denominada Ley Maldita (1947), la que marcó la proscripción del PC del sistema político y su imposibilidad de participar en las elecciones, como hemos visto anteriormente. Sin embargo, este período fue breve en comparación con los otros países de América Latina y no afectó la estructura partidaria de este partido, puesto nunca cesó sus actividades durante este período.

A pesar de su larga trayectoria, la izquierda chilena nunca incorporó a los sectores campesinos a su discurso, ni tampoco a los marginales urbanos propios de la



intensa migración campo – ciudad desatada alrededor de la década de los 50'. Esto tenía su origen en los postulados del marxismo clásico, que observaban con desconfianza a estos sectores, privilegiando el actor obrero como eje articulador de la lucha por el socialismo. La inclusión de estos sectores en el discurso de la DC y el ascenso de la izquierda a nivel mundial permitió la emergencia de un nuevo referente que, desligándose de la DC en 1969, se articuló en torno a la representación de los sectores excluidos del discurso clásico de la izquierda chilena: los campesinos, los marginales urbanos y los intelectuales radicalizados. Tal era el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU).

Así, vemos que la inclusión de estos grupos en la agenda de la DC radicalizó a la izquierda tradicional en poco tiempo<sup>31</sup>. En ese marco, las críticas a la *vía institucional o vía legalista* de los partidos de izquierda dieron origen a fracturas internas que desembocaron en la formación de dos nuevos referentes políticos: el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) y el Partido Comunista Revolucionario (PCR). El primero de ellos estuvo ligado más al sector estudiantil y agrario. Tenía también una fuerte influencia de la experiencia cubana y era partidario de una política insurreccional (Castells, 1974:142). EL PCR, por su lado, se orientaba más al área sindical y tenía influencia del Partido Comunista Chino. Sin embargo, estos referentes más radicalizados no permearon a los trabajadores de manera sustantiva, manteniéndose en pequeños centros de influencia articulados por líderes estudiantiles (Castells, 1974:142).

Así, durante el período de Frei Montalva y el posterior gobierno de la Unidad Popular, tenemos una izquierda caracterizada por varios elementos: la radicalización, la polarización, la fragmentación y los conflictos internos.

---

<sup>31</sup> De hecho, ello es notorio en este párrafo proveniente del XXI congreso del Partido Socialista, realizado en junio de 1965: “nuestra perspectiva sigue siendo la toma del poder, aunque este objetivo no está a la orden del día en lo inmediato por las condiciones actuales que han cambiado la característica y el ritmo de la lucha. Dentro de esta perspectiva, las tareas presentes de los partidos de vanguardia son, por un lado, la reconquista de las masas enfrentando al gobierno con soluciones revolucionarias que clarifique y establezcan la alternativa: Democracia Cristiana burguesa o socialismo”. Esta tendencia también es evidente en los textos del XIII congreso del Partido Comunista, realizado el mismo año: “naturalmente, frente a la Democracia Cristiana y a su gobierno hay una relación de lucha. Su política es de orientación burguesa y la nuestra es proletaria. En tanto la Democracia Cristiana y su gobierno son de tipo burgués, tiene contradicciones con el proletariado”.

*Identidad en la izquierda chilena. 1925 – 1975.*

A diferencia de los dos anteriores grupos de partidos políticos, la izquierda durante este período sí mostraba una mayor homogeneidad en su composición, por lo menos durante la primera parte de este período. En ese sentido, la fuerte tradición obrera era uno de los componentes claves para entender la construcción identitaria de la izquierda durante este período.

Por esta razón, en términos de la dimensión locativa, habían dos pertenencias fundamentales que la izquierda enfatizaba: *obrera o trabajadores/campesinos; revolucionarios/ reformistas*. La primera de las pertenencias está compuesta de dos atributos, con el fin de poder incluir en esta descripción a la izquierda emergente en la década de los 60.

La importancia del componente obrero en la izquierda chilena, en particular en el PC, era particularmente evidente y estaba determinado por el surgimiento de la misma al alero de las organizaciones sindicales de la minería del norte de Chile. Este fue uno de los elementos centrales en la construcción identitaria durante este período, importancia que fue ampliándose hacia fines de la década de los 50, cuando el discurso respecto al obrero se modificó levemente hacia la *idea de trabajadores*. Esta modificación le permitió a la izquierda generar un eje articulador de la identidad que traspasó el mundo obrero ligado a la minería y la industria, para incluir sectores ligados a la administración del estado, trabajadores informales, independientes o de servicio doméstico. La ampliación de la interpelación de la izquierda alcanzó su punto cúlmine con la inclusión del actor *campesino* como parte relevante del proyecto de este sector. En ese momento, vemos que la idea de obrero – campesino dio lugar a una categoría más amplia que va a organizar las identidades políticas de manera más general: la idea de *pueblo*. Así vemos que la interpelación al “poder popular” – “el pueblo te llama a sus filas”<sup>32</sup> – “el pueblo les sacará la cresta”<sup>33</sup>, habla de una nueva pertenencia social relevante en las identidades políticas, de carácter más inclusivo que las anteriormente vistas en la izquierda.

---

<sup>32</sup> Titular de periódico El Siglo. 10 de septiembre de 1973.

<sup>33</sup> Titular de periódico Puro Chile. 6 de septiembre de 1970.

La segunda pertenencia estaba ligada principalmente al carácter de la participación política y sindical, en la que los sujetos se involucraban durante este período. Ésta era entendida en función de los proyectos políticos nacionales y mundiales que intentaban poner en movimiento cada uno de los partidos de izquierda: así, los individuos comprendían y dividían el mundo, al interior de la izquierda, en torno a la dicotomía *revolucionarios/ reformistas*. Aquellos que eran incluidos en la categoría revolucionarios, para la mayor parte de los referentes de izquierda connotada positivamente, eran aquellos sujetos que a través de su participación política y sindical, buscaban transformar completamente la estructura social y política de Chile, con el fin de generar un nuevo patrón de relación entre capital y trabajo. Aquellos que eran incluidos en la categoría de reformistas, eran aquellos sujetos que apostaban a una paulatina reforma del sistema político y social, con el fin de generar una mayor inclusión y reducir las desigualdades de manera gradual y consensuada.

En torno a la dimensión integrativa los hitos considerados como relevantes para el devenir de la comunidad eran los siguientes: *Independencia y construcción de estado nación, el surgimiento del obrero minero, los gobiernos radicales y el avance de lo popular, la Unidad Popular*.

En el primer hito era aquél que daba inicio a la trayectoria de la comunidad, en tanto permitía a los militantes de izquierda insertarse en un devenir histórico *con sentido*, en el cual se avanzaba en la *lucha contra la explotación*. Este punto de que la historia tiene una dirección era particularmente importante en la narrativa histórica de la izquierda: para este referente, el relato histórico se construía en función de un futuro deseado. Los acontecimientos del pasado y el presente eran interpretados como escalafones en dirección a ello y por eso mismo, la fuerza interpretativa del mito tenía una mayor fuerza para los individuos y su accionar en el presente.

En este primer hito, se distinguía una interpretación de la independencia y la construcción del estado nación basada en una lógica que va de menos a más, en el camino hacia la liberación del pueblo. En todo este período también era importante el componente *anti – imperialista y anti – intervención extranjera y la idea de hermandad latinoamericana*: en ese sentido, se identificaba el período de la independencia como la *lucha del pueblo contra la explotación de la monarquía española*, quienes arrebataban la

riqueza de Chile de las manos de sus trabajadores. Consecuente con esta visión, la narrativa de la izquierda tendía a poner en relevancia a aquellos personajes de la independencia que representaban el *espíritu libertario y la valentía frente al poder*: Lautaro, Carrera, Manuel Rodríguez. En la narrativa sobre el estado nación, había una continuidad de la misma lucha, pero en este caso, se planteaba como lucha contra las clase dominantes, la aristocracia y las élites, que pasaron a ocupar el lugar de la corona española en términos de la explotación de los chilenos. Por esta razón, se relevaban personajes que intentaron revertir el carácter elitista del estado nación: Francisco Bilbao y Santiago Arcos. Otro elemento relevante de los personajes es su *carácter heroico, su espíritu sacrificial y su final trágico a manos de los poderosos*.

El segundo hito de importancia era aquel que tomó forma en mundo del salitre con el surgimiento de las primeras organizaciones obreras. Representaba una continuidad en la lucha contra la explotación, marcada por el surgimiento de la figura del obrero como parte central de la identidad de izquierda. Las ideas principales en este hito eran: la *lucha por la dignidad y los derechos legítimos de los trabajadores*, en el marco de un sistema aberrante de trabajo.

En las luchas obreras se fraguaron las primeras organizaciones de la izquierda, las que no interrumpieron sus actividades a partir de entonces. Estas organizaciones se encontraron signadas, desde sus inicios, por las ideas de *victoria/ tragedia/ testimonio*, pues si bien consiguieron algunas victorias como organización - tales como la realización de importantes huelgas, conformación de partidos con continuidad en el tiempo y proyecto político sólido - fueron fuertemente golpeadas por la represión de las clases dominantes y el capital extranjero. Así las grandes matanzas obreras y la persecución de líderes sindicales adquirieron el carácter de testimonios de la brutalidad del poder, orientados a subsistir en el largo plazo. Una figura central en este hito fue Recabarren, el obrero tipógrafo que fundó el POS y el PC.

El tercer hito era aquel que hemos denominado *los gobiernos radicales y el avance de lo popular*. Los gobiernos radicales fueron interpretados como la expresión del descontento popular frente a la dominación de las élites, representando la *culminación de un proceso de acumulación de fuerzas* que, si bien no le permitía a la izquierda copar el sistema político, le permitió participar e introducir algunas reformas

relevantes para la mejora de la calidad de vida de la población. En este hito, era importante recalcar la idea de *alianza espuria*, en tanto los movimientos obreros y sus organizaciones establecieron una alianza con las élites y capas medias, las que finalmente terminaron traicionando el proyecto popular, excluyendo y persiguiendo por primera vez a la izquierda. Así, otro punto relevante fue la narrativa asociada a la idea de la *clandestinidad*, que le permitió a los partidos de izquierda, especialmente al PC, reforzar un aspecto identitario basado en las nociones de heroísmo, sacrificio y lo testimonial asociado a lo trágico. En este hito también era posible identificar una narrativa de *avance de lo popular en todos los espacios*, proceso que se vio cristalizado en la campaña de Allende de 1969, con el lema “trabajadores al poder”. Algunos personajes relevantes del hito fueron: Allende, Neruda, Violeta Parra, Pedro Aguirre Cerda, por nombrar algunos.

El último hito en la trayectoria es la Unidad Popular. Este hito fue interpretado como la culminación de un largo proceso de lucha contra la explotación que, sufriendo todo tipo de reveses, estaba a punto de llegar a su fin. Así, es relevante entender que para la izquierda, este período estuvo marcado por la *idea de oportunidad histórica*, que hacía alusión a que ése era el momento propicio y único para realizar los cambios que permitirían el fin de la lucha contra la explotación. En este contexto, era importante la *idea de urgencia y de cambios revolucionarios*. En una etapa posterior del gobierno de la Unidad Popular, la izquierda interpretó también este hito a partir de la noción de *enfrentamiento inevitable entre clases*, haciendo alusión a la futura resolución armada o violenta del futuro del proyecto socialista “a la chilena”. En este hito fueron relevantes figuras como: Miguel Henríquez, Víctor Jara, Allende, Clodomiro Almeyda, Carlos Altamirano, entre otros. También tenía un espacio importante la *idea de solidaridad latinoamericana* con los otros países del continente que libraban su batalla contra la *explotación imperialista*: Cuba, El Salvador, Nicaragua, Guatemala, Uruguay y Argentina.

En términos de la dimensión de la diferencia, podemos identificar en este período dos adversarios relevantes: *los patrones/los que tienen el poder y el imperialismo*. El primero de ellos tenía relación con la fuerte identificación en la dimensión locativa en torno a la pertenencia obrero/trabajador. Así, se establecía como adversario el inverso de

la condición, atribuyéndole características que se asociaban a una posición de poder mal utilizada: explotadores/abusadores. También podemos ver una asociación entre la condición de patrones y el poder político, marcada por el binomio patrones/poderosos. El segundo adversario era el imperialismo, el que en este período estaba asociado no sólo la intervención política, sino también económica, a través de la mantención de enclaves extractores como el caso del cobre.

*Segundo Período: El tiempo de las identidades en transformación. Represión y reorganización del campo político. 1973-1989.*

El siguiente período está delimitado por el comienzo de la dictadura militar, el 11 de septiembre de 1973. En este período se produjeron cambios radicales en la organización social, política y económica del país, algunos de los cuales revisaremos a continuación.

#### A) Estructura económica y estructura ocupacional.

Uno de los objetivos prioritarios de la dictadura fue la reorganización de la esfera económica. Apoyado por las élites económicas de país, el gobierno militar impulsó una serie de modificaciones orientadas a subsanar la crisis económica de los últimos días de Allende. En un primer momento, estas políticas estuvieron dirigidas por los grupos más conservadores de las élites, por lo que se orientaron a restaurar la situación al estado en el que se encontraba previo al gobierno de la Unidad Popular<sup>34</sup> (Hidalgo, 1982).

Sin embargo, esto cambió rápidamente. El equipo económico de la dictadura fue puesto en manos de élites empresariales que buscaban, inicialmente, establecer un *sistema económico auténticamente chileno*, con una política *pragmática y realista*, que supuso mantener el énfasis en la industria y generar una diversificación de exportaciones (Hidalgo, 1982:63). A poco andar, sin embargo, el crecimiento de la inflación, el déficit

---

<sup>34</sup> Paradójicamente, la dictadura militar no devolvió una gran cantidad de las tierras expropiadas ni tampoco retrocedió en la chilenización del cobre, pese a las presiones de EE.UU. y de las élites más conservadoras de la derecha (Zapata, 2007:17).

de la balanza de pagos y la caída del precio del cobre, empujó al fracaso esta política gradualista y generó cierto consenso en torno a la necesidad de establecer medidas extremas para estabilizar la economía.

Así, en 1975 se aplicaron las primeras políticas de shock, destinadas al control de la inflación y a reinsertar la economía chilena en las nuevas condiciones del mercado mundial (Hidalgo, 1982:64). Estas políticas fueron el antecedente directo de aquellas inspiradas en Consenso de Washington, aplicadas en el marco de la dramática crisis de 1982 y que buscaron no sólo la estabilización de la economía nacional sino la transformación completa de la matriz productiva del país, a través de la liberalización de la economía y la reducción del rol económico del estado (Hidalgo, 1982). A la cabeza de estas transformaciones, se encontraba una élite comercial y financiera que sería el actor clave en las próximas décadas.

En términos de estructura ocupacional, vemos que las nuevas políticas económicas impactaron de la siguiente manera: hay una importante disminución del sector obrero calificado y de los trabajadores ligados al aparato estatal, la que se agudizó hacia fines de la década de los ochenta: si miramos las cifras de ocupación, veremos que en el año 1982 los trabajadores ligados al sector primario y secundario sumaban en total un 59% mientras que para el año 1992 sólo alcanzaron un 50%<sup>35</sup>. Las cifras nos hablan de un traspaso de mano de obra desde este sector al sector de servicios, fenómeno denominado desobrerización (León y Martínez, 1998: 9). Así los trabajadores del sector servicio con menos calificación aumentaron de un 14% a un 25%, mientras que los trabajadores calificados de servicios disminuyeron de un 14% a un 7% entre el año 1982 y el año 1992<sup>36</sup>.

#### B) Sistema político: partidos y marcos institucionales.

Es evidente que durante los primeros años de dictadura, los marcos institucionales y los partidos no tuvieron cabida en la Junta Militar: los partidos políticos fueron suprimidos y el parlamento fue disuelto. En este primer momento, la junta militar

---

<sup>35</sup> Fuente: elaboración propia con datos del Censo 1982 y 1992.

<sup>36</sup> Fuente: elaboración propia con datos del Censo 1982 y 1992.

planteó una intervención política de carácter fundacional, recalcando la idea de *nuevo comienzo* y poniendo en relieve un objetivo: el progreso de Chile<sup>37</sup>. Así, la dictadura se definió como objetivo la “purificación de la democracia” y con ello buscó una reorganización de la sociedad que contempló, entre otros puntos, la desarticulación de organizaciones sociales y políticas que pudieran desestabilizar el sistema político en el futuro<sup>38</sup>.

Sin embargo, pasado el momento inicial, comenzó a ganar terreno la idea de que el proyecto refundador de la dictadura debía contener un nuevo ordenamiento constitucional que delimitara un régimen democrático y presidencialista, pero que contuviera ciertos resguardos que mantuvieran al sistema político fuera del alcance de los *intentos populistas de la izquierda* (Valenzuela, 1997:1). Esta idea, sumada a la tradición legalista de la política chilena, tomó forma en un proyecto de constitución, iniciado por el Ex Presidente Alessandri y puesto en manos de una comisión asesora posteriormente. Dentro de la comisión destacó el rol que ejerció la derecha de orientación gremialista, la que con Jaime Guzmán como su principal representante, buscó desarrollar un proyecto constitucional que potenciara la estabilidad y el fortalecimiento de los *cuerpos intermedios* de la sociedad, elementos claves en el pensamiento gremialista desarrollado de manera incipiente durante el período anterior por este movimiento<sup>39</sup>. En vigencia desde 1981, este marco institucional, aunque con modificaciones, es el que actualmente rige en Chile.

---

<sup>37</sup> "Asumen el mando supremo de la Nación con patriotismo y el compromiso de restaurar la chilenidad, la justicia y la institucionalidad quebrantadas, conscientes de que ésta es la única forma de ser fieles a las tradiciones nacionales, al legado de los padres de la Patria y a la historia de Chile, y de permitir que la evolución y el progreso del país se encaucen vigorosamente por el camino en que la dinámica de los tiempos actuales exigen a Chile en el concierto internacional de que forma parte" (Junta de Gobierno, Decreto N° 1, 11 de septiembre de 1973).

<sup>38</sup> Por esta razón, una de las principales características de la represión en Chile luego de un primer momento, fue su carácter selectivo, racional y estratégicamente orientado a la desintegración del tejido social que había sido la base de apoyo del gobierno de Allende.

<sup>39</sup> Movimiento fundado en 1965 por Jaime Guzmán, al alero de la organización estudiantil de la Pontificia Universidad Católica. Desde 1968 controlaba la Federación de estudiantes de dicha universidad y en 1972 la de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Con una fuerte influencia cristiana e inspirado en las ideas del franquismo, el discurso gremialista se basó en un rechazo de la politización de las organizaciones sociales, por lo que fue un activo opositor del gobierno de la Unidad Popular y los partidos de izquierda. Participó activamente en paros contra el gobierno de Allende, como fue el de octubre 1972 y 1973. Al momento del golpe de estado, era una de las principales organizaciones juveniles de la derecha en Chile y su líder, Guzmán, uno de los principales rostros de la oposición (Huneuus, 2001:14).



La Constitución de 1980 contempló una serie de medidas a corto y largo plazo. A corto plazo estableció a Pinochet como legítimo presidente y a la junta militar como único poder legislativo en un gobierno de transición que duraría 8 años. Al finalizar este período, las fuerzas armadas nombrarían un candidato, cuya continuidad sería sometida a plebiscito. Si éste era negativo, se llamaría a elecciones presidenciales y parlamentarias.

En el largo plazo, la constitución delimitó una serie de resguardos para restringir la participación popular en el sistema político y económico, así como para la modificación de la Carta Magna diseñada por los asesores de Pinochet: creó el Consejo de Seguridad Nacional, el Tribunal Constitucional, creó senadores designados y vitalicios, Ley de Seguridad Interior del Estado, aumentó los poderes del presidente, puso al ejército como garante del orden constitucional y prohibió, explícitamente, aquellas organizaciones que propagasen doctrinas “totalitarias” o de “lucha de clases” (Valenzuela, 1997:22). Esta constitución fue aprobada tras un irregular plebiscito<sup>40</sup> en 1980.

La institucionalización de la dictadura en Chile y el creciente descontento entre la población, producto de la crisis económica, obligó a la Junta a regularizar la situación de los partidos, legislando y permitiendo su existencia a partir de 1983 (Ley de Partidos Políticos). A pesar de que los partidos de izquierda siguieron siendo considerados ilegales, esto permitió la visibilidad y organización de algunos sectores políticos, tales como los partidos de derecha (Movimiento de Unión Nacional, la Unión Demócrata Independiente y Renovación Nacional) y la Democracia Cristiana, la cual lideró pública e institucionalmente la oposición. A partir de esta oposición, se comenzó a pensar las primeras estrategias para una salida del régimen autoritario de Pinochet.

Tomando en consideración lo expuesto legalmente por la constitución de 1980, el bloque opositor empezó a generar un diálogo orientado a crear condiciones necesarias para un traspaso del poder a manos civiles, alrededor del año 1985. Estas conversaciones

---

<sup>40</sup> Existe un cierto consenso respecto en que la realización del plebiscito fue irregular por las siguientes razones: la inexistencia de padrón electoral (había sido destruido), la desigual situación en términos de la propaganda, las irregularidades en términos de la constitución de las mesas de votación y los niveles de miedo de la población en general (Valenzuela, 1997: 9; Hidalgo, 1982:133)

dieron por resultado lo que se denominó el *proceso de transición* que comenzó oficialmente con la realización del plebiscito del SI y el No en el año 1988.

Durante este proceso fue necesario concentrar esfuerzos en dos áreas distintas: por un lado, en el fortalecimiento del bloque opositor, el cual estaba marcado por una gran heterogeneidad, por viejas rivalidades provenientes del período anterior y por desacuerdos en torno a la idea de una salida institucional y negociada precisamente con quien había roto la institucionalidad del sistema democrático chileno (Garretón, 1989). Por el otro lado, fue necesario establecer un espacio de negociación con la derecha chilena y con la misma junta militar, espacio en el cual se establecieron algunas modificaciones a Constitución de 1980, a través de lo que se ha llamado “leyes de amarre”<sup>41</sup> (Valenzuela, 1997:23).

Después de un complejo proceso de negociación, se acordó la realización de un plebiscito para someter a la opinión popular la posibilidad de que Augusto Pinochet continuara su mandato hasta 1997, tal y como se encontraba establecido en la constitución. En el marco de este proceso también se generó un nuevo padrón electoral, que obligó a los partidos a inscribir legalmente a sus militantes, debiendo realizar campañas para juntar firmas que sustentasen la inscripción de una organización (Garretón, 1989:428). Así, muchos partidos debieron fusionarse, inscribirse con otro nombre o conformar organizaciones “fantasmas” con este fin. El plebiscito se llevó a cabo en 1989 y la oposición se adjudicó un triunfo con un 55,99 %. Un año después se realizaron las primeras elecciones presidenciales y parlamentarias en 17 años de dictadura.

---

<sup>41</sup> Estas leyes permitieron resolver la desconfianza que tenía Pinochet y la derecha frente al bloque opositor, limitando su poder de cambio sobre aspectos fundamentales del modelo político y económico. Estas leyes, que sólo pueden ser modificadas con cuatro séptimas partes del congreso. establecieron, entre otras cosas: A) Suspensión de la facultad del congreso de investigar y fiscalizar las acciones de funcionarios durante el gobierno militar 2) Permanencia a todos los funcionarios públicos designados durante la dictadura 3) Autonomía del Banco Central frente al ejecutivo 4) Ley sobre Municipalidades 5) Ley de regulación de poder judicial 6) Leyes sobre las Fuerzas armadas y Carabineros 7) Ley electoral También se modificó aspectos sustanciales de la normativa sobre educación y salud (Valenzuela, 1997:23)

### C) La derecha.

Para la derecha, este período implicó una reorganización al interior de las élites y la posibilidad de generar un proyecto político y económico nuevo, puesto que durante el período anterior pasó por una profunda crisis originada en las diferencias entre sectores de las mismas élites nacionales. Dichas diferencias internas le habían impedido articular un proyecto de desarrollo nacional capaz de sobrepasar la simple oposición ante el avance de la izquierda.

Durante los primeros años de la dictadura, los partidos políticos de la derecha fueron declarados en receso, por lo que la presencia de esta tendencia en la junta militar no pasó por una iniciativa partidaria y organizada, sino por la influencia personal de algunos individuos. En ese sentido, vemos que después de los primeros años de la dictadura, la presencia más significativa de la derecha en el gobierno estaba canalizada a partir de aquellos individuos que representaban una cierta continuidad con el movimiento gremialista, liderado por Jaime Guzmán. Este movimiento fue el impulsor del nuevo modelo económico y fue el que mantuvo un permanente vínculo con la dictadura de Pinochet, durante la mayor parte del período.

La artificial unión entre conservadores y liberales en el Partido Nacional, realizada durante el gobierno de Frei Montalva no tuvo continuidad en este período. Así, sectores del Partido Nacional criticaron duramente la gestión de Pinochet en términos económicos, así como el modelo político implantado a través de la constitución de 1980. Cuando los partidos políticos fueron permitidos en 1983, la derecha surgió a través de cuatro referentes distintos: el Movimiento de Unión Nacional (MUN) y la Unión Demócrata Independiente (UDI), el Frente Nacional del Trabajo y el Avanzada Nacional.

El primero de ellos surgió como una iniciativa orientada a apoyar la gestión de Onofre Jarpa en el Ministerio de Interior. Este personero de Gobierno fue encomendado para diseñar y ejecutar una política de paulatina apertura del sistema político, por lo que el MUN surgió como un referente definido como crítico, independiente y de carácter más liberal. Nacido del seno del Partido Nacional, el MUN abandonó el componente nacionalista en su discurso y realizó críticas a la UDI y al gobierno militar en general

(Morales, 2004: 41). Liderado por Andrés Allamand, el MUN reafirmó constantemente su independencia frente a la dictadura, siendo un ejemplo de ello la suscripción de este partido al Acuerdo Nacional para la Transición a la Plena Democracia (1985), documento creado y redactado por la oposición bajo el amparo de la iglesia<sup>42</sup>.

La UDI, en cambio, representó el ascenso de una nueva derecha ligada estrechamente al régimen de Pinochet. Este referente generó un discurso político en base a un nuevo modelo económico neoliberal y en base al proyecto político gremialista, manteniendo un irrestricto apoyo a los militares (Morales, 2004:41). Ahondaremos más en las características de este referente en el capítulo V.

Un tercer movimiento de importancia fue el Frente Nacional de Trabajo, liderado por Onofre Jarpa. Este grupo era heredero de los sectores más conservadores del Partido Nacional y orientó su acción a la crítica al régimen en torno a la política económica, mostrando el impacto de la modificación de la estructura productiva y la liberalización en los sectores económicos tradicionalmente ligados a las élites conservadoras, como el agro y la industria.

El cuarto grupo de la derecha fue Avanzada Nacional, de importancia marginal en comparación con los otros referentes descritos. En este grupo se situó en el ala más nacionalista del Partido Nacional y generó un discurso de apoyo irrestricto al gobierno de Pinochet, aunque con ausencia de un proyecto político articulado.

En el marco de la nueva Ley de Partidos (1987), destinada a preparar una transición pactada a la democracia, los tres primeros referentes se unieron en un solo partido: Renovación Nacional. Sin embargo, esta unión tuvo sólo un carácter instrumental, manteniéndose estructuras partidarias relativamente separadas. El apoyo irrestricto a Pinochet de la UDI y las diferencias en torno a los proyectos económicos provocaron conflictos que fueron evidentes cuando el principal dirigente de la UDI, Jaime Guzmán, fue expulsado de Renovación Nacional. Así, este dirigente reestructuró

---

<sup>42</sup> Iniciativa generada al alero del Cardenal Fresno, orientada a generar consensos entre los distintos referentes políticos en torno a posibles acciones en la búsqueda de la democracia. Este referente fue relevante pues incluyó a sectores de derecha como el MUN, pero también a la mayor parte de los sectores de la oposición, a excepción del Partido Comunista. Sin embargo, la heterogeneidad del bloque llevó a su rápida disolución: en 1986 se retira el MUN y la Izquierda Cristiana, frente a la posibilidad de la incorporación de sectores más radicalizados de la oposición (Garretón, 1989:420).

su proyecto original a partir de ese momento, el que comenzó a operar oficialmente a partir de 1989. Tal fue la Unión Demócrata Independiente (UDI).

En resumen, al alero del la dictadura de Pinochet, la derecha tuvo la oportunidad de reorganizarse y dar cuenta de las nuevas correlaciones de fuerzas dentro de las mismas élites. Así, el triunfo del proyecto neoliberal significó no sólo una profunda transformación en las clases populares y en sus identidades políticas, sino también profundas transformaciones en el bloque de derecha. Estas transformaciones, marcadas por el surgimiento de una triunfante burguesía financiera y comercial y por la derrota de las élites industriales y propietarias rurales, impactaron de manera importante en la constitución de identidades políticas en este sector, como veremos a continuación.

#### *La identidad en la derecha chilena. 1973-1989.*

Tal como hemos señalado anteriormente, este período representó un momento de cambio y rearticulación para los referentes políticos chilenos, en particular para la derecha. Este referente se caracterizó durante el período anterior por la heterogeneidad de su composición en términos estructurales y por la división entre liberales y conservadores, la que perdió fuerza relativa durante el período de la Unidad Popular. Sin embargo, durante este período las diferencias identitarias y de proyecto entre los distintos sectores de la derecha se acrecentaron de manera sustantiva, por lo que será necesario establecer algunas precisiones en el análisis.

En términos de la dimensión locativa, podemos ver que hubo importantes cambios en la derecha chilena. Si la derecha en el período anterior estuvo marcada por la idea de *propietarios – católicos – pertenecientes a familias connotadas*, en este período estas tres pertenencias adquirieron una importancia diferente para los distintos tipos de derecha. De la misma forma, veremos la emergencia de nuevos ejes organizativos.

En primer lugar, vemos que en términos generales, la pertenencia asociada a la condición de propietarios comenzó a perder su fuerza en la construcción identitaria. En ese sentido, la derecha articuló más su identidad en torno a la idea de *emprendedor*, figura que condensó tres ideas claves en el discurso de este período: *clase media emergente – urbano – innovador y con visión de futuro*. El importante desplazamiento

del eje identitario de propietarios a una identificación más cercana discursivamente a una clase media emergente fue uno de los elementos claves en la conformación de la identidad de la derecha durante este período, en concordancia con el cambio cultural asociado a un nuevo modelo económico, la crítica al intervencionismo estatal y el ensalzamiento del individuo como eje rector del progreso de las naciones.

Por otro lado, la pertenencia a una comunidad católica perdió su fuerza para un sector de la derecha, en particular para el sector liberal, que acentuó paulatinamente su laicismo hacia final de este período. En cambio, para la derecha más conservadora encarnada en el proyecto gremialista de Jaime Guzmán, la relevancia del componente cristiano fue central en la conformación de la identidad política. Este referente político puso el énfasis de la participación política en el compromiso cristiano con los semejantes y con la sociedad, articulado en torno a la figura del *servidor público*. Esta figura, reiterativa en el discurso de la derecha, se relacionaba con la concepción de que la intervención en el espacio público tenía necesariamente que estar desvinculada de intereses individuales o de organizaciones, orientándose a mejorar la vida de los individuos que componen la sociedad. Ser político era, para la derecha en este período, estar al servicio de la sociedad y sus individuos.

En relación a la dimensión integrativa, veremos que hay hitos, idea - fuerza y personajes que se mantuvieron de manera similar. Sin embargo, se generaron tres nuevos hitos en el devenir de la comunidad, marcados por la idea de lucha del orden/caos: *el golpe militar, el régimen de la junta y el plebiscito*.

Veíamos que el hito anterior (la Unidad popular) estuvo marcado por la derecha como un período de caos, de lucha por la libertad y contra el intervencionismo. En ese sentido, el golpe militar del 11 de septiembre representó el fin de este momento histórico caótico y el *restablecimiento del orden*. Así, el período de la Unidad Popular estuvo signado por la idea de inversión *del orden lógico/natural* de las cosas, mientras que el golpe de estado se asoció a la idea de *restauración del orden alterado*. Así, un personaje relevante es Pinochet, con el cual se establecieron importantes analogías en torno al

devenir del orden/caos: se asemejaba su rol al de O'Higgins durante los primeros años de independencia o a la de Portales, en la heroica tarea de organizar la joven república<sup>43</sup>.

Aunque en estrecha relación con el punto anterior, vemos que el régimen de Pinochet constituyó un hito diferente, pues ya pasado el momento restaurador devino un período signado por la idea de *rescatar el país de la ruina*<sup>44</sup>. Esta idea hacía alusión a la tarea casi imposible de revertir la gestión económica de la UP y *llevar el progreso y el desarrollo a Chile*. Es notorio que durante este período, la derecha hizo hincapié en la necesidad de modificar aquellos elementos que permitieron que el país llegara a la ruina y al enfrentamiento, estableciendo la democracia como uno de los principales obstáculos para estas modificaciones. Según Moulian y Torres (1989:354) el período de la Unidad Popular mostró a la derecha que la democracia no siempre suponía un contexto favorable para sus intereses ni una capacidad de control sobre los acontecimientos, por lo que agudizó sus tendencias autoritarias e hizo más factible su alianza con los militares. En ese sentido, el discurso de la derecha en este período estuvo marcado por un componente antipopular, basado en la idea *gobierno de expertos sin la opinión de las masas*.

El tercer hito identificado es el *plebiscito de 1989*, el que se encontraba connotado de manera diferenciada por los distintos sectores de la derecha. Así, veremos que para la derecha liberal estuvo articulado en torno a la idea de *fin necesario de un ciclo*, haciendo alusión a la necesidad de generar un cambio democratizador en la sociedad chilena, que permitiera, luego de la exitosa reorganización de la sociedad, conquistar las simpatías de los inversores internacionales. Por otro lado, para la derecha

---

<sup>43</sup> En torno a este punto, pueden ser ejemplificadoras las palabras de Jaime Guzmán con respecto al acto de oficial de toma del poder, realizado por Pinochet días después del golpe de estado: “La majestuosa solemnidad del acto nos hizo vivir experimentalmente ese Chile que nos enseñara a amar y admirar don Jaime Eyzaguirre, lleno de reservas morales, de sentido, de autoridad y dignidad, en una modestia no exenta de glorias. Cuando Pinochet se refirió al “espíritu portaliano que hoy alumbra esta sala”, sentimos que aludía a una realidad viva y verdadera, y cuando juró ante la misma bandera en que O'Higgins había sellado la independencia, percibimos que Chile había reencontrado su verdadero destino” (Jaime Guzmán, carta dirigida a su madre, 15 de octubre de 1973).

<sup>44</sup> En el mismo tenor, palabras de Jaime Guzmán: “En cuanto a la acción misma del Gobierno, ella tiene la dificultad tremenda de enfrentar un país en bancarota, debiendo planificarse y ejecutarse al mismo tiempo, debido a la falta de ese lapso de preparación y adecuación que para todo Gobierno significa la campaña electoral previa y los dos meses que median entre el triunfo electoral y la asunción del poder. Las primeras medidas han significado decretar alzas brutales de precios para poder echar a andar la producción. Lo importante es hacer comprender al país que ello es sólo la secuela del régimen marxista” (Jaime Guzmán, carta dirigida a su madre, 15 de octubre de 1973).

conservadora este hito estuvo signado por la idea de *incertidumbre y miedo*, en tanto representaba la posibilidad de retorno a la situación de la UP, identificada por este sector como un período de caos y conflicto.

Hay que señalar que públicamente la postura oficial de la derecha fue la de completo apoyo a la candidatura de Pinochet y a su continuidad, aún cuando los sectores más liberales de la derecha se manifestaron en contra de ello de manera interna. Estos elementos podían verse de manera privilegiada en la campaña publicitaria del SI, en la cual se enfatizaba el carácter caótico de la UP, estableciendo una continuidad de ésta con el bloque oposición. Para ello, se mostraban imágenes de enfrentamientos, protestas, filas frente a los centros de abastecimiento de alimentos, en contraposición con imágenes de un país en bonanza, ordenado y apuntado internacionalmente como una economía exitosa. En ese sentido, se observaba la influencia del componente liberal en el diseño de la campaña en torno al binomio *atraso/desarrollo*, mostrando la importancia de un proyecto orientado al futuro, que va de menos a más. En ese sentido, se puede observar el desplazamiento de la importancia de los puntos de vista conservadores en la reorganización del bloque de derecha realizada durante este período.

En relación a la dimensión de la diferencia, vemos que los dos adversarios anteriormente identificados (*los que atentan contra el orden/desarrollo y los que quieren entregar/oprimir la patria*) seguían siendo significativos, pero adquirieron características nuevas. El primero de ellos, durante este período, se encontraba encarnado en la idea de *subversivos*, que aludía a la existencia de individuos que no aceptaban la nueva legalidad, fomentando la insurrección, el desorden y la organización para la *guerra civil*. Estos sujetos también estaban relacionados con la idea de colaboracionismo con el extranjero, específicamente con los partidos, organizaciones o países alineados en el eje socialista. Estos países, ya identificados como adversarios políticos en el período anterior, habían generado un *complot para el boicot y la propaganda negra contra el nuevo régimen*, estableciendo falsas acusaciones, tergiversando la realidad chilena y empujando a la junta al fracaso económico para recuperar el control que tenían sobre Chile<sup>45</sup>.

---

<sup>45</sup> Respecto a este punto, son ejemplificadoras las palabras de Jaime Guzmán sobre el tema: “Tuve oportunidad de leer anteayer una carta que recientemente le enviaras, y que confirma la indignante maquinaria propagandística montada por el comunismo en el mundo entero para distorsionar nuestra



#### D) El centro.

La situación de la DC durante este período osciló entre el apoyo irrestricto a la gestión militar a liderar una oposición contra ella. En un primer momento, La DC orientó su accionar en función de lo cual había condicionado su apoyo a la estrategia golpista: la intervención militar debía ser temporal y debía estar orientada a restaurar el juego democrático. Por esta razón, la DC decidió sacar el mayor beneficio de este *paréntesis* en la historia, fortaleciéndose para un posterior retorno a la democracia y favoreciéndose de las privilegiadas condiciones que implicaban ser uno de los pocos partidos permitidos.

Así, se orientó principalmente a la rearticulación de sus bases y a la recuperación del terreno perdido frente a la izquierda en el período anterior. Con la izquierda reducida a la clandestinidad, la DC se proyectó como el único partido capaz de establecer una mediación entre el pueblo y la junta de gobierno, dado el carácter clasista de las organizaciones partidarias de derecha (Yocelvezky, 1985:43). Así, durante los primeros años de dictadura la DC copó la dirigencia de las principales organizaciones sociales y sindicales (Drake, 1989:112).

Sin embargo, la junta militar y sus asesores no estuvieron de acuerdo con las pretensiones de la DC. Muy por el contrario, la presencia de este partido ponía límites al proyecto refundador, pues encarnaba una forma de hacer política y una generación de dirigentes formados en el período anterior. Así, en 1977, la DC es declarada ilegal por la junta militar, expulsándola del gabinete y el bloque gobernante. Sin embargo, esto no mermó el apoyo de la DC a la Junta. Para Yocelvezky (1985:51), la DC se mantuvo a partir del 1977 en una posición de apoyo hacia el gobierno, pero debió enfatizar el carácter defensivo de su discurso, con el fin de mantener su identidad frente a la retórica militar que pretendía incluirla en el grupo de los *marxistas*. En el ámbito internacional, en cambio, la DC quedó asociada irreversiblemente al apoyo y justificación del golpe de

---

realidad. Lo más grave es comprobar como caen en la red comunista, por infiltración o ingenuidad, cientos de diarios no marxistas del mundo entero. (Jaime Guzmán, carta dirigida a su madre, 15 de octubre de 1973).

estado y la declaración de ilegalidad le abrió la posibilidad de recuperar las simpatías de los partidos internacionales, especialmente de la Democracia Cristiana europea.

Desde 1977 y hasta el plebiscito de 1980, la DC comenzó a sufrir importantes fracturas internas, que posteriormente dieron lugar a la nueva postura opositora de la DC frente a los militares. Sin embargo, es notorio que para la DC la declaración de ilegalidad no significó una desarticulación de la organización, pues la homogeneidad de sus militantes le permitió resistir esta nueva dinámica de acción. Eso sí, la alejó de manera importante de aquellos sectores sociales que pretendía representar (Yocelvezky, 1985:55). La realización del plebiscito de 1980 representó el definitivo divorcio de la DC con el gobierno militar, pues estaba orientado a marcar un hito de ruptura con el sistema político anterior y con los partidos antes existentes.

A partir del plebiscito 1980, la DC entró en un proceso de reorganización y repliegue. Por un lado, se rearticuló la dirección del partido y, por otro, se volcó a un proceso de recomposición de las bases que le permitió ser un importante sustento de las jornadas de movilización de 1983, revirtiendo la situación de separación entre partido – base que había sido el principal efecto de la supresión legal de la DC. En este proceso de reconstrucción, la DC buscó recuperar su lugar en el centro político, ubicándose en la oposición, pero intentando desarmar ideológicamente a la izquierda, a través de la idea de *reflexionar sobre los errores de la UP* (Yocelvezky, 1985:64). De esta manera, la DC intentó liderar la oposición, desde un lugar crítico frente al sistema político anterior y a l accionar los partidos de izquierda.

En 1983, a través de Gabriel Valdés, la DC mostró públicamente por primera vez su oposición al régimen, convocando a las III jornadas de protesta por la crisis económica (Yocelvezky, 1985: 38). A pesar de que la convocatoria era preexistente a la realizada por la DC, es notorio que este apoyo fue decisivo para la avance hacia una transición pactada, pues institucionalizó la oposición, le otorgó visibilidad pública y voz en un contexto en el cual los partidos de izquierda tenían carácter de ilegales.

A partir de ese momento, la DC se transformó en el interlocutor oficial de la oposición frente a la junta e intentó establecer una serie de espacios articuladores de los sectores de oposición. Sin embargo, este partido fue tajante en relación a la inclusión del PC en este tipo de instancias, pues estaba en contra de la política insurreccional que este

partido estaba llevando a cabo: a partir de este momento podemos ver una importante bifurcación de estrategias (Garretón, 1989:416).

La articulación de un bloque opositor relativamente estable en el tiempo fue un proceso dificultoso: en un primer momento, se conformaron tres bloques distintos con ideas divergentes sobre la transición, sólo uno de ellos liderado por la DC. Estos bloques se desarticulaban en poco tiempo. En 1985 se intentó una nueva articulación en base a la convocatoria de la iglesia (Acuerdo Nacional para una Transición a una Democracia Plena), pero este conglomerado también fracasó por la marginación de algunos sectores políticos, entre ellos el PC. En 1986 se conformó la Asamblea de la Civilidad, que trataba de enfatizar el carácter de organización social más que política, sin embargo, el desmantelamiento y visibilización de la estrategia de Rebelión Popular organizada por el PC puso fin a esto. Así, se pasó a una reflexión en torno a una salida legal, originada en los planteamientos de la propia constitución de 1980. Para ello, la DC estableció alianzas con sectores menos radicalizados del PS, PR y MAPU, con el fin de estudiar la posibilidad de realizar una transición pactada con el gobierno de Pinochet.

Después de un arduo proceso de negociaciones con el régimen, encabezadas por la DC, se realizó el plebiscito que pondría fin al gobierno de Pinochet. Después de eso y de manera poco azarosa, el primer presidente elegido democráticamente fue Patricio Aylwin, Demócrata Cristiano.

### *La identidad en el centro político. 1973 – 1989.*

La identidad de este partido se constituyó sustancialmente en torno a aquellos elementos que fueron descritos en la etapa anterior. Sin embargo, al igual que en lo que respecta a la derecha, surgieron nuevos ejes significativos que son importantes de analizar.

En términos de la dimensión locativa, los ejes se mantuvieron relativamente similares, aunque adquieren una importancia distinta. Durante los primeros años de la dictadura y dada la adversidad del contexto para la labor política, la DC estableció un mayor énfasis en el *componente cristiano* que siempre la caracterizó, preocupándose por la representación y protección de los desamparados. De esta manera, la DC acopló su trabajo organizacional y la construcción de su identidad a la profunda diferenciación que

se estaba produciendo en torno a la dicotomía social – político. A pesar de ello, su identidad también estuvo marcada por un nuevo elemento: el *apoyo a la dictadura*. Durante los primeros años del régimen y aún después de ello, la labor de la DC y su identificación política estuvieron marcadas por el inicial apoyo dado al golpe militar, especialmente entre aquellos miembros de organizaciones vecinales, sindicales e internacionales. Este nuevo eje le impuso una identidad diferenciada que, siguiendo a Yochelevzky (1985: 57), fue forjada a partir de la perspectiva de un *vencedor*, a diferencia de lo sucedido en las organizaciones de izquierda.

En términos de dimensión integrativa lo relevante fue el surgimiento de tres nuevos hitos en el devenir de la comunidad: *el golpe militar, el traspaso a la oposición y la transición y plebiscito*. El primero de estos hitos se relacionaba con el apoyo otorgado a la DC al gobierno militar y estaba articulado en torno a la idea de *fin del intento totalitarista*, haciendo referencia a las características con las cuales la DC interpretó este período de tiempo y en torno a las cuales articuló su discurso opositor<sup>46</sup>. De la misma manera el golpe de estado se encontraba cruzado por la noción de *intervención transitoria orientada al orden*, haciendo alusión a la necesidad de medidas extremas para la reorganización y rescate del país de las manos de la izquierda y sus colaboradores internacionales. En ese sentido, la DC aludió en todo momento al carácter absolutamente transitorio de la intervención y a la ausencia de excesos en la toma del poder, por lo que interpretó las denuncias internacionales sobre derechos humanos (DD.HH) como *propaganda negra del comunismo mundial*<sup>47</sup>.

---

<sup>46</sup> En este punto, puede ser ilustrativo leer algunas de las declaraciones del ex Presidente demócrata cristiano, Eduardo Frei Montalva: “Cuando un Gobierno se niega a cumplir las leyes sociales, desatiende las advertencias del Colegio de Abogados, insulta y desobedece al Tribunal Supremo, menosprecia la inmensa mayoría del Congreso, provoca el caos económico, detiene y mata a los obreros que se declaran en huelga, arrolla las libertades individuales y políticas, "desabastece" el mercado para entregar los productos alimenticios y de toda clase a los monopolizadores marxistas del mercado negro; cuando un Gobierno procede así, cuando se producen en un país condiciones que no se han producido nunca como en Chile tan claras y abundantes en la Historia del mundo, el derecho a la rebelión se convierte en deber” (Entrevista a Frei Montalva en ABC, 10 de octubre del 1973).

<sup>47</sup> Como ejemplo de esto, son clarificadores los dichos del ex Presidente demócrata cristiano, Eduardo Frei Montalva: “Nosotros no somos parte del actual gobierno. No defendemos los errores que se cometen, inevitables algunos, en una situación tan terriblemente difícil. Pero tampoco podemos aceptar que la mentira se transforme en un sistema, mientras se ocultan las causas de una situación para encubrir la responsabilidad de quienes arruinaron y destruyeron la democracia chilena. Cómo se explica que quienes invadieron Hungría y Checoslovaquia, que ahora mismo silencian o procesan a científicos, poetas y

El segundo hito relevante es el *traspaso de la DC a la oposición*, marcado por la expulsión de la DC del gabinete y por el intento de institucionalización de la dictadura, a través del plebiscito aprobatorio de la constitución de 1980. Este hito se encontraba articulado en torno a la idea de *pacto incumplido*, haciendo alusión al cambio de posición de la Junta con respecto a la transitoriedad de su mandato. La idea de pacto incumplido también tenía implícita la idea de *agresión injustificada*, que aludía a la situación de permanente reafirmación identitaria y diferenciación de la izquierda en la que debió estar la DC durante los primeros años de dictadura (Yocelevzky, 1985: 52). En ese sentido, el traspaso a la oposición de la DC encontró un lugar discursivo similar que el que encuentra la oposición a la Unidad Popular: seguía siendo una *rebelión justificada*.

El tercer hito importante en el devenir de la comunidad fue la *transición y el plebiscito de 1989*. Este hito incluyó la generación de conversaciones y acuerdos previos a los primeros pasos en la negociación con Pinochet. Estaba articulado en la idea *diálogo, convergencia y superación de las diferencias por un objetivo común*, ya que se ponía especial énfasis en la generación de una *salida no violenta* al descontento popular, a partir de la voluntad política de quienes, en el marco de una reflexión sobre los errores pasados, optaban por el diálogo abierto y una convergencia hacia posturas más moderadas que las tomadas en el período de la UP. Dicho diálogo y convergencia se planteaban en la búsqueda de un horizonte común: la *recuperación de la democracia*. El sentido de unidad y objetivo común que articulaba este hito fue un elemento por completo nuevo frente al período anterior, marcado por las agudas diferencias identitarias entre partidos, aún en la misma DC. Por esta razón, el plebiscito constituyó un ejemplo paradigmático de esta nueva lógica de convergencia: representó *el triunfo de la unidad dialogante contra la dictadura*, unidad que contenía en sí misma la gran diversidad de la sociedad chilena. La idea puede ser perfectamente rastreada a partir del diseño de la campaña publicitaria del NO.

En la dimensión de la diferencia veremos que el antagonista cambió de manera importante. Durante los primeros años de la dictadura y dada su posición de apoyo a la

---

escritores, que no admiten ninguna crítica, ni la sombra de una libertad de información, pretenden dar lección de Democracia a Chile y a este partido” (Frei Montalva, Carta a Rumor, 8 de noviembre de 1973)

misma, la DC mantuvo uno de los antagonistas vistos en el período anterior: el *totalitarismo*, identificando éste con los partidos de izquierda tradicionales y con los países del eje socialista. De esta manera, la DC mostró un discurso muy similar a la derecha en torno a los adversarios que *desordenan/arruinan el país y aquellos que hacen campañas negras*, dentro de los cuales se incluyeron los partidos políticos extranjeros, organizaciones y los mismos chilenos en el exilio.

En una etapa posterior, sin embargo y con el traspaso de la DC a la oposición, la DC identificó un nuevo adversario: al *autoritarismo, encarnado en el régimen de Pinochet*. Este adversario fue caracterizado como opuesto al diálogo y sin voluntad para generar acuerdos. Por otro lado, atributos similares le fueron atribuidos al adversario *violentista/terrorista*, el cual estando en la oposición, tampoco poseía disposición al diálogo y a los acuerdos, tratando de imponer sus puntos de vista por la fuerza o por métodos insurreccionales. Este adversario fue identificado en la izquierda tradicional, en particular en el PC y se le consideró un obstáculo en la convergencia y el diálogo para la transición.

#### E) La izquierda.

Para la izquierda, en cambio, la experiencia de la dictadura significó un período de desarticulación marcado por la muerte, desaparición o exilio de sus principales dirigentes. Dada la estructura jerárquica de los partidos de izquierda esto implicó una desorientación completa de la estructura de base, que sumada al miedo y a la desconfianza, mantuvo este sector político relativamente silenciado durante los primeros años de la dictadura.

Una vez pasado el impacto inicial, la izquierda comenzó una lenta rearticulación de su dirigencia en el exterior y de su base a través de la inserción en organizaciones sociales, cristianas y de solidaridad. Para la rearticulación de las bases de los partidos políticos, fue fundamental el surgimiento de las estructuras que han sido agrupadas bajo el nombre de *organizaciones de sobrevivencia económica* (Campero, 1987:36). Frente a un movimiento sindical golpeado no sólo por la represión ejercida sus dirigentes, sino que también por la prohibición de actividades sindicales y por la oleada de despidos

producto de la crisis económica, la izquierda encontró un espacio de acción en el mundo *poblacional*.

Bajo el resguardo de la iglesia y en el marco de una aguda crisis económica, comenzó el surgimiento de organizaciones destinadas a paliar los efectos de la cesantía sobre las familias pobres: ollas comunes, bolsas de cesantes y “comprando juntos”<sup>48</sup>. En estos espacios, la izquierda incorporó nuevos militantes, generó nuevos vínculos y modificó significativamente su discurso. La dirigencia de los partidos se mantuvo en clandestinidad y en el exilio. Por esta razón, durante este período se produjo un gran distanciamiento entre partidos políticos y base social, que generó también problemas en el recambio de dirigentes y renovación de las plataformas y proyectos políticos (Garretón, 1989:403).

Los partidos políticos de izquierda, en particular sus líderes, se articularon en este período en torno a la oposición al régimen y en función de la recuperación de la democracia. Si bien en este punto hubo convergencia entre los distintos sectores de la izquierda chilena, existieron dos estrategias por completo distintas. Por un lado, veremos lo que se denominó la vía de *la rebelión popular* y por otro, la vía de *la ruptura pactada*.

La primera de ellas se dio en torno al Partido Comunista y sus organizaciones cercanas. Luego de la eliminación y exilio de una buena parte de su plana mayor, el PC comenzó un proceso de rearticulación y reflexión que originó en 1980 una nueva política: *la Rebelión Popular de Masas*. Ésta consistió en la generación y entrenamiento de un brazo armado – el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR) - y en el fortalecimiento de una estructura organizacional de base, ambos orientados a generar condiciones para un gran levantamiento popular contra la dictadura. El año 1986 estaba marcado como “*el año decisivo*” en el cual, luego de una serie de actividades desestabilizadoras (cortes de luz, explosiones, etc.) se realizaría un atentado a Pinochet que, luego de una acción organizada de internación de armas, otorgaría la oportunidad política para el surgimiento de la *rebelión popular*.

Sin embargo, ambos operativos fracasaron. La internación de armas fue descubierta y poco después, el atentado a Pinochet no logró acabar con su vida, sino sólo ocasionarle heridas leves. En base a la información obtenida a partir de las acciones

---

<sup>48</sup> Para más detalles sobre este tipo de organizaciones, véase: Campero, 1987.

fallidas, el Centro Nacional de Inteligencia logró localizar y asesinar a doce dirigentes de la plana mayor del FPMR, en lo que se llamó la Operación Albania. Era el fin de la *Rebelión Popular de Masas* y el principio de la crisis que acabó con la relación entre el Partido Comunista y su brazo armado. En 1987 y en vísperas del comienzo de la transición pactada, el Partido Comunista decidió dejar de lado la política militar, separándose definitivamente del FPMR. Luego de algunas acciones militares autónomas, enmarcadas en lo que esta organización llamaría *Guerra Patriótica Nacional*, este movimiento se dividió dando lugar al Movimiento Patriótico Manuel Rodríguez y el colectivo Identidad Rodriguista.

La segunda vía, que hemos denominado de la *ruptura pactada*, surgió principalmente de la reflexión de la dirigencia chilena en el exilio, particularmente entre sectores del Partido Socialista, Partido Radical y MAPU, en alianza con la Democracia Cristiana. Entre estos sectores, la reflexión sobre la responsabilidad política de la crisis y la recuperación de la democracia pasó también por un profundo cuestionamiento a los planteamientos económicos y políticos que habían sustentado el gobierno de la Unidad Popular.

El apoyo de la solidaridad internacional frente al exilio chileno fue determinante en la formación de una élite intelectual que se abocó de lleno a absorber experiencias y aprendizajes de otros países en la construcción de un estado que constituyera un punto intermedio entre el estado socialista y el estado liberal (Santiso, 2001:87). En ese marco, comenzaron a sentarse las bases de lo que fue un nuevo movimiento político, centrado en el desarrollo de alternativas políticas y económicas que tuvieran referencias más heterodoxas que las otorgadas por el marxismo. Así surgió un referente político denominado Convergencia Socialista, que aglutinó a algunos de sectores del Partido Socialista, Partido Radical y MAPU. Estos sectores fueron los gestores, junto con la DC, de un bloque opositor que diseñó y coordinó la transición pactada con el gobierno de Pinochet.

Este bloque fue la base para la posterior formación de la Concertación Partidos por la Democracia<sup>49</sup>, conglomerado que se presentó a las elecciones de 1989 y obtuvo la

---

<sup>49</sup> En el momento del plebiscito, el bloque opositor aglutinaba a un mayor número de organizaciones, las que se retirarían en la posterior conformación de la Concertación de Partidos por la Democracia: Partido Demócrata Cristiano, Partido Socialista Almeyda, Partido Socialista Histórico, Partido Socialista



presidencia con su candidato, Patricio Aylwin, dirigente histórico de la Democracia Cristiana. Uno de los objetivos de esta agrupación fue generar estabilidad y unidad política dentro del gobierno, por lo que se incluyeron sectores ideológicamente no semejantes, pero que si compartían ciertas premisas básicas. El único que solicitó su integración a la coalición y le fue negada fue el Partido Comunista, aún cuando éste había roto ya con su brazo militar. La permanencia de postulados en torno a la economía socialista planificada y su negativa a aceptar la amnistía a los delitos de violación a los derechos humanos (DD.HH) dificultó su incorporación al nuevo bloque gobernante.

*Identidad en la izquierda chilena. 1973-1989.*

El proceso que vivió la izquierda chilena a partir de 1973 implicó, como nos dice Lechner (1988:41), un ejercicio de *pensar desde la derrota*. A diferencia de lo sucedido con la DC, la izquierda enfrentó un proceso de crisis al interior de sus organizaciones, marcada no sólo por la represión, sino también por un cuestionamiento interno referido a sus formas de organización, sus estrategias y los objetivos de la acción política. En ese sentido, la izquierda se transformó radicalmente durante este período, tanto en lo que respecta a su proyecto político como en lo que refiere a su identidad.

En términos de la dimensión locativa, el componente *obrero/trabajador* perdió la centralidad que tenía en el período anterior. La crisis económica, la brusca disminución de los sectores obreros calificados y la arremetida institucional y represiva contra el movimiento sindical, hicieron que la pertenencia al mundo obrero perdiera importancia en la construcción de identidades políticas en este sector. Para León y Martínez (2001:16), las políticas de ajuste marcaron el inicio del declive del movimiento obrero en Chile, al modificar su relevancia en la estructura ocupacional y al reducir su capacidad de organización y protesta.

Por otro lado, la inserción de la izquierda en la marginalidad urbana a través de las organizaciones de sobrevivencia económica, implicó un desplazamiento del eje identitario de *obreros/trabajadores* a *pobres*, puesto que el principal objetivo de éstas

---

Mandujano, Partido Socialista Núñez, Unión Socialista Popular, Partido Radical, Partido Radical Socialista Democrático, Social Democracia, Partido Democrático Nacional, MAPU, MAPU-OC, Izquierda Cristiana, Partido Humanista, Partido Liberal, Partido Por la Democracia, Los Verdes.

fue la asistencia de sectores golpeados duramente por la crisis económica, especialmente por el desempleo. En ese sentido, la izquierda no pudo aglutinar en sus organizaciones a los trabajadores, puesto que claramente ya muchos no lo eran y no tenían perspectivas de volver a serlo. Este cambio implicó que, a pesar de los intentos por mantener y recrear las identidades colectivas provenientes del período anterior, éstas se fueron modificando a partir de la inserción de estos espacios.

Sin embargo, es notorio que la composición interna de cada referente político marcó sustancialmente sus trayectorias durante este período, siendo algunas de las identidades menos permeables al cambio (Garretón, 1989:410; Drake, 1989:126). La homogeneidad del PC y su experiencia previa de clandestinidad, le permitió mantener una estructura y una identidad sólida, tanto en sus militantes en Chile como en aquellos que vivían en el exilio (Drake, 1989:127). En cambio, la heterogeneidad de referentes como el MIR, el PS y el MAPU delimitó una profunda crisis de estas organizaciones en el contexto dictatorial (Drake, 1989:127). Estas crisis fueron enfrentadas con cuestionamientos a las estructuras partidarias, transformación o reorganización de las mismas, crítica a los principios ideológicos básicos y su transformación. En el caso del PS, la crisis implicó la división de partido en varias fracciones distintas.

En síntesis, el eje locativo más relevante en este período fue *pobres/marginados/oprimidos*. El atributo *pobre* aludía a la estrategia de situar parte importante de la crítica a la junta militar en la esfera económica y sus efectos sobre la población más pobre. En ese sentido, se nota un desplazamiento discursivo de la izquierda que diluyó el componente ligado al trabajo en la construcción de identidad política. Por otro lado el atributo *marginados*, si bien se relacionaba con la situación de privación de estos sectores frente a las políticas económicas de la dictadura, hacía alusión también a la identificación de la izquierda con un sector acallado, segregado, invisibilizado, en definitiva, marginado no sólo del sistema económico a través del desempleo, sino también del sistema político mediante la ausencia de participación y ruptura de los partidos que antes establecían un nexo entre la sociedad y el estado. El atributo *oprimido* hacía referencia no sólo a la marginación de estos sectores, sino a la constante persecución y explotación a la que se veían expuestos en el marco de un régimen autoritario.

En términos de la dimensión integrativa, es difícil trazar la trayectoria de la izquierda como comunidad monolítica, dada la diversidad de los referentes políticos que la componían y sus dispares transformaciones. Por esta razón, se ha tratado de hacer un esfuerzo de síntesis y análisis que permita rescatar los aspectos que sean más generales. Cuando esto no ha sido posible, se establecen claramente las diferencias.

El primer hito relevante fue el *11 de septiembre* mismo, el que incluyó también algunos días previos y algunos meses posteriores. Este hito estaba marcado por la idea de *ataque brutal y represión*, haciendo alusión al carácter pacífico del proceso chileno, finalizado abruptamente por fuerzas beligerantes, que ayudadas por las grandes potencias mundiales y por las élites chilenas, desataron una oleada de represión y persecución entre los trabajadores. Este hito también contenía el componente de *costo invaluable de una gestión irresponsable*, en el marco de una reflexión crítica que realizó la mayor parte de la izquierda chilena sobre su propia gestión durante el período anterior.

En ese sentido, esta autocrítica encontró tres vías: A) *No vimos el enfrentamiento*: ésta vía implicó un diagnóstico que situó la falla de la organización en la identificación de consecuencias de ciertas acciones, dando cuenta de una gestión política ingenua que a la larga tuvo altos costos en vidas humanas B) *Vimos el enfrentamiento y no nos preparamos*: esta vía identificó la falla en torno a la planificación y recursos para la organización de la resistencia, lo cual a la larga implicó una incapacidad de defensa de la UP y un altísimo costo de vidas. C) *Nosotros mismos provocamos el enfrentamiento*: Esta vía situó la crítica tanto en proyecto de la izquierda como en su forma de operar, que se consideró basada en el dogmatismo, la intolerancia y la lógica teleológica. En este hito los personajes identificadores fueron *las víctimas de la represión*: Víctor Jara, Miguel Henríquez, Carlos Tohá, Salvador Allende, Pablo Neruda, Carlos Lorca, etc. También se incluyó la figura de los presos políticos y torturados, así como los exiliados.

El segundo hito relevante fue marcado por la constitución del 80. Éste es muy importante, pues durante los primeros años de la dictadura, la izquierda organizó su acción en relación a la transitoriedad de la misma y a la pronta recuperación de la democracia. En ese sentido, el período previo a la institucionalización del régimen, la

izquierda atravesó por una profunda crisis en torno a la definición de estrategias, objetivos y formas de organizacionales, a partir de las críticas surgidas en su mismo seno. La institucionalización del régimen permitió a la izquierda pasar de la completa desorientación y de la idea de resistencia a la noción de *recuperación de la democracia*. Esta idea es importante pues no sólo hacía alusión a una estrategia organizacional, sino también a un desplazamiento de los objetivos de las organizaciones políticas, que reemplazaron los objetivos del período pasado por uno emergente del contexto autoritario. Este hito también fue importante pues representó el principio de la bifurcación entre los dos caminos para la *recuperación de la democracia*: el diálogo v/s la vía armada. En ese sentido, fueron relevantes los personajes que generaron las nuevas políticas de la izquierda, por ejemplo: Corvalán, en el caso de la Rebelión Popular de Masas.

Las Jornadas de Protesta de 1982-1983 fue el otro hito compartido. Este hito estuvo signado por la idea de *fin del silencio*, enfatizando el carácter público de un descontento subterráneo y acallado durante años. Sin embargo, éste fue connotado de maneras muy distintas por cada uno de los referentes políticos: para los sectores más radicalizados, las Jornadas de Protesta representaron la *irrupción pública de un minucioso trabajo de organización* orientado a la Rebelión Popular. Para la izquierda en proceso de renovación ideológica, en cambio, éstas protestas fueron *muestras espontáneas de descontento popular*, dirigidas por inquietudes más sociales que políticas. En este hito fueron importantes los primeros voceros y dirigentes sociales que asumieron públicamente la convocatoria de la oposición, siendo connotado también como el inicio de las gestiones públicas orientadas a la política de la transición pactada.

Otro hito significativo, aunque sólo para la izquierda más radicalizada, fue el *año decisivo (1986)*. Este año estaba marcado por la Política de Rebelión Popular como el momento en que se iba a producir el levantamiento popular apoyado por la organización armada del PC, marcando el triunfo definitivo de la izquierda. En ese sentido, *el año decisivo* entregó para esta izquierda un marco interpretativo para todas sus acciones, situando cada militante en una coyuntura histórica única, en la cual cada aporte era sustancial. También fue importante este hito pues el fracaso de la Política de Rebelión Popular implicó no sólo la muerte de toda la plana mayor del FPMR, sino también una

reevaluación de la estrategia de la izquierda radicalizada en la recuperación de la democracia.

En ese sentido, el *año decisivo* estuvo marcado por lo actores por la idea de *derrota*: no fue decisivo en el sentido que los actores esperaban, sino que delimitó el *inicio de la política de convergencia* entre las filas del PC y el apoyo a la transición pactada, diseñada por los sectores más moderados de la izquierda en alianza con la DC. Así, la ruptura del PC con su brazo armado, requisito para su participación en el bloque Concertación, fue asimilada por parte de sus filas como *traición* y por otra parte como *la única opción posible*, marcando de manera importante la configuración de las identidades políticas de izquierda a partir de ese momento. En este hito fueron relevantes varios de los ejecutados de la Operación Albania, así como algunos militantes que participaron en el atentado a Pinochet, como José Joaquín e Ignacio Valenzuela, entre otros.

Finalmente el último hito relevante fue el *plebiscito de 1989*. Este hito también tuvo connotaciones distintas para los diferentes referentes de izquierda. Sin embargo, se pueden distinguir algunas ideas compartidas en torno al plebiscito y al proceso de transición asociado. En primer lugar, para casi todos los sectores el plebiscito estuvo marcado por la idea de *espera de cambios radicales*, haciendo alusión a que esta consulta popular marcó el inicio de una nueva etapa en la vida política de Chile. Otro elemento compartido entre los sectores de la izquierda y de la oposición en general, fue la *desconfianza de la transparencia del proceso y del respeto de los resultados*, ya que durante el tiempo previo y durante el tiempo posterior al definitivo cambio de mando, se temió la marcha atrás del régimen de Pinochet, el fraude, el desconocimiento de los resultados o la toma de represalias. En ese sentido, buena parte de la campaña electoral de la oposición se dirigió a securizar a la población respecto al ejercicio de votar, enfatizando el carácter absolutamente secreto del voto.

Para los sectores de la izquierda que encabezaron el proceso de transición, este hito también estuvo signado por la *idea de nuevo comienzo* y de *victoria pacífica sobre la dictadura*. La primera idea refería a la necesidad dejar atrás el rencor, el odio y las viejas rencillas con el fin de construir una verdadera democracia. En ese sentido, se notó un cambio importante en este sector de la izquierda, en tanto ya no se buscaba la

restauración del antiguo sistema político previo a la dictadura, sino que se hizo hincapié en la necesidad de pensar, diseñar y consolidar una nueva democracia basada en principios como la tolerancia, el respeto mutuo, el diálogo. Para Garretón (1989: 399) la generación de esta idea fuerza tuvo relación con un primer momento de la oposición, en donde se produjo una resistencia, afirmación y expresión de identidades culturales diversas en los primeros años de la dictadura. Esta diversidad apoyó el proceso político iniciado por los partidos, imprimiéndoles un énfasis en la pluralidad y diversidad de la nueva democracia. Así también, el abandono del determinismo económico por esta parte de la izquierda les llevó a una valorización de la democracia como expresión de sujetos emergentes y diversos (Lechner, 1988:34). Por otro lado, la idea de *nuevo comienzo* también implicó un reconocimiento frente a los incontables odios y rencores que existían en la sociedad y en la necesidad de reemplazarlos por el *perdón* y por la voluntad de construir un país nuevo, *no mirando al pasado, sino al futuro*.

La idea de victoria pacífica sobre la dictadura implicó un movimiento en dos sentidos: en primer lugar, se intentó establecer una diferencia del conglomerado opositor frente a sectores de la izquierda radicalizada, los *violentistas/terroristas*, aquellos que abogaban por el rechazo de la transición pactada. Por otro lado, se trató de establecer una diferencia con los militares, mostrando la superioridad ética y moral del bloque opositor, capaz del diálogo y negociación en lugar de recurrir a la violencia como lo habían hecho ellos en 1973. Así, también se intentó imprimir un sello de lo que se aspiraba a construir: una sociedad *democrática* que resuelva sus diferencias sin violencia. Para Lechner (1988:33) esto también pasó por una revalorización de la política, en este sector de la izquierda, en el sentido de diferenciar su lógica de la lógica de guerra. Así, la experiencia de la represión y el autoritarismo llevó a estos sectores a revalorizar la política como espacio de respeto y no como medio de aniquilación del otro. Por otro lado, la completa desprotección institucional y legal frente a la dictadura condujo a una valoración de los elementos procedimentales de la democracia, instalándose como un punto importante en el discurso, el *respeto al estado de derecho*. Así veremos que el lema de la campaña publicitaria del NO, encarnó de manera privilegiada las ideas asociadas a este hito por parte de este sector de la izquierda: “Sin odio, sin miedo, sin violencia: vota NO”.

Para la izquierda más radicalizada, tanto las negociaciones previas, como el plebiscito mismo y las posteriores elecciones presidenciales estuvieron marcadas por dos ideas relevantes: la idea de *legitimación del Pinochet* y la *idea de continuidad*. Uno de los sustentos de la política de Rebelión Popular estuvo puesto, precisamente, en el carácter ilegítimo del gobierno de Pinochet y de su constitución. En ese sentido, las negociaciones con el régimen para una salida pactada desataron en este sector *un rechazo al reconocimiento de Pinochet* como interlocutor válido y *un rechazo a la legitimación de la constitución de 1980* como instrumento para la recuperación de la democracia. En ese sentido, para este sector de la izquierda fue muy importante la idea de *no otorgar una salida digna a la dictadura*.

Por otro lado, la *idea de continuidad* fue particularmente importante en este período, pues va a marcar una diferencia clave en términos identitarios de esta izquierda con el bloque que posteriormente se convirtió en gobernante. Esta idea se basó en una crítica a la mantención de la mayor parte de las instituciones de la constitución de 1980 y del modelo económico, por lo que se aludió a un simple *cambio de administración* de un sistema ya consolidado por la Dictadura. Esta idea, sumada a la demanda de justicia en materia de DD.HH. fueron las piedras angulares del discurso de este sector de la izquierda al comenzar el próximo período.

En términos de la dimensión de la diferencia, dado el declive del componente obrero en la identificación política, vemos que el adversario se desplazó a la *dictadura/la derecha*. Es importante esta asociación entre dictadura y la derecha pues eso le permitió a la izquierda establecer una ligazón entre élites económicas y autoritarismo. Por otro lado, es importante señalar que existían, además, adversarios diferenciados en los dos grandes bloques de izquierda que hemos caracterizado anteriormente. En la izquierda más moderada, uno de los adversarios fue precisamente la izquierda radicalizada, los *violentistas/terroristas*, quienes eran incapaces de manifestar su descontento de manera pacífica, impidiéndole a la izquierda ganar la *batalla moral* contra la dictadura. Por otro lado, la izquierda más radicalizada también identificó en la *izquierda renovada* un adversario, en el sentido que *pactaron a espaldas del pueblo* una transición que representaba la *continuidad de Pinochet* en el poder. De esta manera

vemos que durante este período se fraguó una importante división en el seno de la izquierda, la que se agudizó en el período posterior.

*Tercer Período: El tiempo de las identidades fragmentadas. Transición, democracia y escepticismo. 1989-2007.*

El regreso de la democracia en Chile tuvo que ver con un ejercicio de *reconocer y reconocerse*. Tras un período de aguda polarización y una posterior dictadura de 17 años, los actores políticos cambiaron radicalmente, cambiando el país y la forma de hacer política.

Dado que el principal objetivo de la tesis es dar cuenta de la nueva configuración de las identidades políticas - tributaria de los procesos anteriormente descritos - no incluiremos un análisis de las mismas en este apartado, sino tan sólo los aspectos contextuales del período: se realizará una descripción detallada de estas identidades a partir de un estudio de caso realizado durante el año 2007 para este efecto, el que será expuesto a partir del próximo capítulo.

#### A) Estructura económica y estructura ocupacional.

Este período estuvo caracterizado por la agudización y consolidación de las tendencias marcadas a partir de la reorganización económica de Chile. En ese sentido, los primeros gobiernos de la Concertación mantuvieron los elementos claves del modelo económico, y también profundizaron algunos ejes en función de las recomendaciones marcadas en las reformas estructurales de segunda y tercera generación del Banco Mundial.

Así, se mantuvo la estricta observancia de la estabilidad macroeconómica y se profundizó la reducción del rol económico del estado, a través de la privatización de las empresas públicas que no habían sido privatizadas y mediante la mantención de la independencia del Banco Central en política monetaria. De la misma forma, se profundizó el énfasis en la apertura económica, a través de la firma de tratados de libre comercio con Estados Unidos, la Unión Europea, China y otras economías emergentes.



También se potenció la integración económica de Chile en la región, a través del MERCOSUR.

Por otro lado se ejecutaron proyectos orientados al ámbito de lo social, destinados a revertir los efectos negativos del nuevo modelo económico en términos de pobreza, desigualdad y acceso a bienes y servicios. Para ello, se diseñaron políticas mixtas en torno a cuatro pilares: la reforma educacional, la reforma de salud, la política focalizada sobre pobreza y finalmente, la reforma judicial.

El primero de estos pilares fue la reforma educacional, la que estaba orientada a subsanar los problemas de descalificación de la mano de obra y de la distribución desigual del ingreso, producto de la contracción del gasto fiscal del período anterior. La reforma educacional se intentó llevar a cabo a través de una fórmula mixta, que permitiera el aumento de la cobertura sin afectar la estabilidad macroeconómica. Para ello se instauró un sistema de financiamiento que incorporó, además de un financiamiento del estado de mayor envergadura, un financiamiento bancario que supuestamente impulsaría la formación de capital humano enfocado a las necesidades del mercado laboral. Políticas en la misma dirección fueron diseñadas para la reforma de salud, orientadas a la conjugación de un sistema privado y público de salud.

En términos de política social, la coalición de gobierno optó, en concordancia con las recomendaciones de segunda generación del BM, por resolver los problemas de pobreza y extrema pobreza, más que enfocar sus políticas a los problemas crecientes de concentración y distribución desigual del ingreso. Para ello, diseñaron una serie de políticas focalizadas, en contraposición con el universalismo de la política social del estado en el período previo a la dictadura. Estas políticas buscaron mantener el rol reducido del estado vía descentralización en la gestión y eran de carácter asistencial, es decir, buscaban apoyar en contexto de crisis o en espera que los problemas fueran subsanados por el crecimiento económico. Así, nacieron los programas Puente o Chile Solidario. El cuarto pilar es la reforma judicial, recientemente implementada en Chile, que buscó mejorar la eficiencia del sistema judicial, con el fin de que sirva de respaldo a la anteriormente ejecutada reforma bancaria.

En términos de política laboral, se mantuvo el espíritu del código laboral elaborado durante el período anterior, pero se realizaron una serie de modificaciones

tendientes a flexibilizar disposiciones respecto a política sindical, tales como las centrales sindicales, la negociación colectiva, etc. Estas modificaciones fueron compiladas en el Código Laboral, que fue posteriormente modificado a partir de lo que se llamó la Reforma Laboral, aprobada el 2001. El tenor de esta reforma iba en flexibilizar los términos de los contratos de trabajo, a través de la *polifuncionalización* explícita de los trabajadores, la introducción de contratos temporales o de tiempo parcial y la flexibilización de las disposiciones de término de contrato.

Así, vemos que lo esencial del modelo diseñado a partir de la dictadura de Pinochet se ha mantenido, siendo profundizado en algunas áreas. En términos de estructura ocupacional, esto agudizó las tendencias observadas en el período anterior, principalmente tres: aumento del sector medio asalariado, pérdida de importancia del obrero industrial y traspaso a sector comercio y servicios, el recambio en los sectores excluidos (León y Martínez, 2001: 16).

Según León y Martínez (2001:15,16), la primera tendencia nos habla de un aumento de los sectores medios urbanos, al alero del sector privado: éste pasó de un 18% en 1971, 22% en 1987 y a un 27% en 1995. La segunda tendencia ya ha sido analizada en el período anterior, pero es preciso señalar que el trabajo manual y asalariado (de menor calificación) del sector comercio y servicios aumenta de un 7.4% a un 15% de la PEA entre 1971 y 1995. La tercera tendencia nos habla de una relativa estabilidad de los sectores marginales en términos de empleo, pero hay un recambio hacia la inclusión de mujeres y jóvenes en este sector.

B) Sistema político: partidos y marcos institucionales.

En el marco de una constitución aprobada de manera irregular, la transición chilena tuvo que lidiar con dos tipos de instituciones (Zapata, 2007:21): A) Instituciones autoritarias: consagradas en las constitución de 1980, no pudieron ser modificadas a partir de las negociaciones que dieron paso a la transición. Por otro lado, Pinochet siguió siendo parte del sistema político como senador designado y comandante en jefe del ejército. B) Instituciones democráticas: después de diecisiete años, se establecieron elecciones libres

y democráticas. Esta conjugación entre ambos tipos de instituciones se llamó *democracia protegida*.

Uno de las instituciones autoritarias que más influyó en la actual configuración de lo político en Chile fue el sistema electoral, establecido en la constitución de 1980. Este sistema, definido como mayoritario binominal, fue diseñado específicamente para priorizar la estabilidad y reducir la polarización del sistema de partidos, estableciendo fuertes incentivos a la política de alianzas. Así, el sistema de asignación de escaños por distrito electoral funciona de la siguiente manera: en cada distrito se eligen dos representantes y los candidatos se deben presentar en listas con dos integrantes. El primer escaño lo obtiene quien logre más votos en la lista de primera mayoría. El segundo escaño corresponde a la segunda mayoría. Sin embargo, si la lista más votada duplica la votación de la que sigue, elige a sus dos candidatos.

Este diseño institucional ha incrementado la efectividad por sobre la representatividad y la participación, pues favorece a los bloques mayoritarios: a pesar del gran número de partidos, existen incentivos en este modelo para realizar alianzas, lo que ha dado lugar a dos grandes coaliciones relativamente estables en el tiempo, la derecha (Unión Demócrata Independiente y Renovación Nacional) y la centroizquierda (Concertación de Partidos por la Democracia<sup>50</sup>). Sin embargo, el sistema binominal ha ido en desmedro de la representatividad, pues todos los partidos pequeños han quedado, sistemáticamente excluidos, a pesar de haber obtenido, en muchos casos, la segunda mayoría.

La imposibilidad de acceder a los espacios electorales por parte de los grupos pequeños ha marcado, en este período, la emergencia de una actividad política que se origina y se orienta a permanecer al margen del sistema político institucional. Esta tiene su origen no sólo en las trabas institucionales a la participación, sino también en una automarginación nacida de un desencanto que, después de un inicial entusiasmo, empezó a recorrer a la sociedad chilena. Así vemos como desde la primera elección la abstención de quienes estaban facultados para votar aumentó de un 5,28% a un máximo de 12,89% en el año 1997<sup>51</sup>. De la misma forma, se ve un progresivo aumento de quienes, aún

---

<sup>50</sup> Bloque que ha gobernado desde el primer gobierno de la transición y que está compuesto por: Partido Socialista, Partido Demócrata Cristiano, Partido Radical Social Demócrata, Partido por la Democracia.

<sup>51</sup> Sobre la evolución de la abstención electoral, véase: Anexo 4, Gráfico 4.

estando facultados, ni siquiera acuden a inscribirse en los registros electorales, en particular entre el segmento más joven. También ha decaído sustantivamente la participación en organizaciones políticas y en organizaciones sociales<sup>52</sup>.

Este descontento parece tener varias razones, sin embargo nos ocuparemos sólo de los elementos institucionales y del sistema de partidos en este apartado, dejando los otros temas para la elaboración de una reflexión final en el marco de esta tesis.

En primer lugar y siguiendo a Garretón (1989:422), veremos que el régimen dictatorial delimitó una importante transformación en los partidos, pues introdujo una diferenciación entre lo social y lo político que no sólo marcó el ejercicio de éstos durante el período anterior, sino que originó una serie de problemas en el período de la transición. Esta diferenciación no sólo estableció un cada vez más agudo divorcio entre los partidos políticos y la base social, sino que marcó su posterior desempeño en torno a la lógica de un sistema autorreferente, ausente de base social que le entregue sustento.

Para De Riz (1989:56) lo que existe en Chile es un sistema de partidos con continuidad institucional - pues se mantienen los mismos partidos del período anterior e incluso los mismos líderes - pero con una discontinuidad social, en tanto los clivajes estructurales de los partidos se rompieron a partir de las modificaciones del sistema económico, estableciendo por un lado, un sistema de partidos aislado y por otro, una sociedad a la deriva, sin representación efectiva. En segundo lugar, la dictadura generó también durante el período inicial de resistencia, la emergencia de una serie de actores diversos, organizados en torno a la celebración y expresión de la identidad y la pluralidad. En ese sentido, durante el período dictatorial se observaron los primeros indicios de la *política de la identidad*, definida en el capítulo I y que se ha expresado con una fuerza inusitada durante este período.

Así, la emergencia de la identidad como eje organizador de las identidades políticas se sumó al divorcio entre partidos – base social, dando lugar a un mayor

---

<sup>52</sup> “Una vez logrado el objetivo de iniciar una transición y realizada la elección presidencial de diciembre de 1989, el involucramiento de la ciudadanía en los acontecimientos del período 1990 – 1994 disminuyó abruptamente. Lo característico del proceso post-transición fue la ausencia de bases sociales que la sustentaran políticamente. El régimen de la “nueva democracia” evolucionó hacia una administración estatal, animada por una cúpula compuesta de miembros de partidos políticos que compartieron el proyecto económico identificado con la transnacionalización del mercado interno. Esa tecnocracia y los “nuevos empresarios” jugaron un papel central en esa administración. Los unos y los otros, junto a las cúpulas políticas, subordinaron rápidamente esas bases sociales y desincentivaron el debate público” (Zapata, 2007: 24).

descontento y un mayor florecimiento de grupos ubicados al margen del sistema político institucional, ya sea orientados a cambios culturales o expresión de identidades o articulados en torno a la acción política *no dirigida al estado*, sobre todo en el polo de la izquierda. En ese marco, nuevas formas de abordar la política se han manifestado en este período, siendo su estudio uno de los objetivos de esta tesis.

### C) La derecha.

Es notorio que los cambios observados durante este período en la conformación de los partidos políticos, son tributarios de aquellos cambios observados durante el período anterior. Sin embargo, durante el período transicional estas tendencias se profundizaron y consolidaron, dando lugar a una nueva configuración de lo político y sus actores.

Para el caso de la derecha, los cambios experimentados durante la dictadura pasaron por la consolidación de un sector político con un claro proyecto en lo económico, pero marcado por notables diferencias internas: la distinción entre derecha liberal y derecha conservadora se fortaleció, volviéndose cada vez más evidente. Así, vemos que durante el período transicional este sector mantuvo la defensa del diseño económico e institucional heredado por Pinochet como uno de sus principales ejes programáticos. Sin embargo, la brecha entre conservadores y liberal se profundizó aún más, dando origen a un sinnúmero de conflictos al interior de este bloque.

La derecha liberal encontró su espacio en Renovación Nacional, partido heredero del MUN. En términos estructurales, este partido se ligó fuertemente a la representación de los sectores empresariales y la clase media alta durante los primeros años de la transición, pero posteriormente incrementó su apoyo entre las capas medias en general y en algunos sectores populares. Así, vemos que RN incrementó su apoyo en las últimas elecciones parlamentarias en distritos como el distrito 29, compuesto por dos de las comunas más populares de la Región Metropolitana: Puente Alto y La Pintana. En este distrito, RN obtuvo una votación de 16% en la elección de 1989, mientras que en la elección del 2005 llegó a un 36%<sup>53</sup>. El incremento del apoyo a este partido en los

---

<sup>53</sup> Fuente: Sistema de Información Histórico electoral. Ministerio del Interior. Gobierno de Chile. Porcentajes calculados sobre cantidad de votos válidamente emitidos.

sectores medios y populares ha estado basado, en gran medida, en la capacidad de esta organización de proyectar una imagen de derecha moderna y exitosa, capaz de conducir el país a un mayor desarrollo económico. Así, RN ha ido acercándose cada vez más al centro político y disputando terreno con él.

La derecha conservadora, la Unión Demócrata Independiente, será analizada en profundidad en el capítulo V. Sin embargo, es preciso señalar que en este período, la UDI profundizó en la estrategia iniciada por los gremialistas durante el período anterior, consolidando y fortaleciendo un proyecto político de derecha que incluyó, por primera vez, una inserción clave y sistemática en los sectores populares. En ese sentido, vemos que durante este período la derecha rompió con su identificación histórica en términos estructurales, ampliando su interpelación partidaria e integrando actores claves como las clases medias y los sectores populares, como parte sustancial de su plataforma electoral.

#### D) El centro.

El centro político, en este período representado por la DC, muestra importantes modificaciones durante este período. El primer lugar hay que recalcar que la DC fue un partido clave en los dos períodos anteriores, con un gran arraigo territorial y organizacional, aún en los tiempos de prohibición de los partidos políticos. Su condición de centro, el peso de sus líderes históricos y el estatus de vocero de la oposición durante el régimen de la junta, marcaron un importante apoyo de este conglomerado a nivel nacional durante los primeros años de la transición.

Así, la DC no sólo puso en el sillón presidencial a Patricio Aylwin, en la histórica primera elección democrática del período, sino que logró repetir este hecho con Eduardo Frei Ruiz – Tagle, hijo del ex presidente demócratacristiano, quien fue elegido con uno de los porcentajes más altos de apoyo logrados en este período, un 57.98%. Por otro lado, la DC fue el partido más votado hasta las elecciones del 2001 y el que eligió un mayor número de parlamentarios y alcaldes durante este período. La clave de su apoyo fue su raigambre mesocrática, consolidada a través de un intenso trabajo en organizaciones territoriales y sociales, una militancia de base comprometida y con una fuerte identidad colectiva.

Luego de este éxito inicial, la DC ha sido el partido que más ha bajado en términos de apoyo electoral. No sólo ha perdido espacio frente a la derecha, sino que también ha disminuido su apoyo en relación a aliados en el bloque Concertación: el Partido Socialista, el Partido Radical Socialdemócrata y el Partido por la democracia<sup>54</sup>.

Luego de ser el partidos más votado, la DC comenzó a perder importante terreno frente a la derecha, especialmente frente a RN en la representación de las capas medias. De la misma manera y en el marco de las transformaciones de la estructura ocupacional y el sistema político, la DC fue perdiendo apoyo en sectores que históricamente habían conformado parte de su base social y que hoy comienzan a ser parte de la base de apoyo de la derecha UDI: pobres urbanos y pequeños propietarios rurales, trabajadores sindicalizados del campo y la ciudad. Por ejemplo, la DC bajó electoralmente en todos los distritos de la Región Metropolitana, especialmente en aquellos distritos ligados a las capas medias y populares, como el distrito 19 (Independencia y Recoleta) 22 (Santiago), 25 (La Granja, San Joaquín y Macul), 28 (Lo Espejo, San Miguel y Pedro Aguirre Cerda), 29 (Puente Alto, La Pintana, Pirque y San José de Maipú) y 30 (San Bernardo, Calera de Tango, Buin y Paine). En estos distritos la baja en el apoyo electoral de la DC alcanzó casi a los 20 puntos porcentuales en las últimas elecciones<sup>55</sup>.

La baja electoral de la DC es sintomática no sólo de las importantes transformaciones en el espacio político y en la estructura de la sociedad chilena, sino que también da cuenta de importante cambios internos en esta organización. Estos pasan por la agudización de divisiones internas, basadas en discrepancias sobre el proyecto político y sobre la política de alianzas. En el marco de la participación DC en un bloque que gobierna hace casi 20 años y que muestra cada vez más diferencias y conflictos, ha surgido en este partido una fracción tendiente a reevaluar la política de alianzas de la DC, buscando acercarse a los sectores más progresistas de la derecha. Las coincidencias en torno a proyecto político con la derecha y los evidentes desacuerdos con los otros partidos del bloque Concertación, fortalecieron las diferencias internas que explotaron en un bullado conflicto, que concluyó con la expulsión de uno de los líderes históricos de la DC, Zaldívar. Este conflicto ha

---

<sup>54</sup> Sobre este punto, véase: Anexo 4, Gráfico 5.

<sup>55</sup> Sobre éste punto, véase: Anexo 4, Cuadro 5.

marcado un hito en el declive de la DC como partido fundamental del sistema político chileno.

#### E) La izquierda.

La configuración de la izquierda durante el período transicional estuvo delimitada por dos fenómenos relevantes, ambos originados en el período anterior. En primer lugar, la disminución del componente obrero y un creciente proceso de terciarización de la economía, que desplazó la construcción de identidades hacia el espacio de la marginalidad urbana durante la dictadura, a través de la figura del “poblador”. En segundo lugar, las diferencias entre las organizaciones de izquierda en torno a la estrategia para la recuperación de la democracia y la exclusión de algunos sectores del proceso de transición, marcó una división definitiva al interior de este polo. Así, a partir del período transicional, la izquierda se dividió definitivamente en *izquierda renovada e izquierda tradicional*.

La *izquierda renovada* se insertó de manera exitosa en el bloque Concertación de Partidos por la Democracia, formando parte del gobierno por casi cuatro períodos presidenciales y vinculándose cada vez más a las capas medias, profesionales e intelectuales progresistas. Esta izquierda, representada dentro del bloque Concertación por sectores del Partido Socialista y el Partido por la Democracia, enfatizó la idea de una izquierda no confrontacional<sup>56</sup> y moderna, ganando cada vez más terreno frente a la Democracia Cristiana, su aliado político en el bloque de gobierno<sup>57</sup>.

---

<sup>56</sup> A este respecto, pueden ser ejemplificadoras las palabras de Ricardo Lagos, miembro del Partido Socialista y fundador del Partido por la Democracia. Lagos fue Presidente de la República por el bloque Concertación el año 2001: “En 1989, durante las elecciones presidenciales y parlamentarias, en el marco de mi candidatura al Senado, fui a un barrio popular. Durante esta gran manifestación, una mujer ya entrada en edad sale de la muchedumbre y se acerca para felicitarme. “Toda mi vida he sido allendista, compañero”, me dijo. “Y ahora que Ud. habló tan justamente, me convenció. Voy a votar para Ud.” Lo confieso, me encontraba un poco perplejo. “No entiendo”, le contesté, “si Ud. siempre ha sido allendista, ¿para qué la tengo que convencer que vote para mí hoy?”. “He sufrido tanto”, contestó. “No quiero tener que volver a vivir lo que sufrí en 1973 durante el golpe de Estado. No quiero que vuelvan los militares. ¡Nunca más! ¡Prométamelo!” Saqué una lección muy clara de este episodio. Esta mujer no quería a ningún precio volver al pasado. Quería soñar con una victoria de la izquierda pero quería que este sueño no se transformara de nuevo en pesadilla como con la experiencia socialista de Allende, interrumpida brutalmente por el golpe de Estado de Pinochet. Existe aquí, me parece, una pregunta esencial para la izquierda chilena y latinoamericana en general: ¿cómo convencer a los pueblos que el cambio para una



La *izquierda tradicional*, en cambio, quedó por completo marginada del sistema político institucional. El rechazo del bloque Concertación a incluir al Partido Comunista y otras organizaciones de izquierda, imposibilitó a este sector en la constitución de alianzas electorales que le permitieran superar los escollos del sistema electoral binominal. En ese marco, la izquierda tradicional no accedió a un espacio en las instituciones democráticas cuyos representantes eran elegidos por voto popular: el parlamento y el municipio, ya que la ley electoral favoreció la representación de la derecha que constituía la segunda mayoría. Así, si bien la izquierda ha mantenido un apoyo cercano a los diez puntos porcentuales en una gran parte de los distritos, no ha logrado poner sus representantes en un espacio institucional. Por ejemplo, vemos que en la última elección municipal, el pacto de izquierda logró elegir a 4 alcaldes de un total de 345 a nivel nacional, no logrando ningún escaño en la última elección parlamentaria. Tampoco ha tenido lugar en aquellas instituciones designadas directamente por el bloque de gobierno como ministerios, intendencias y gobernaciones.

Por otro lado, la *izquierda tradicional* tampoco pudo recuperar su lugar privilegiado en los sectores populares, dados los importantes cambios en términos de estructura ocupacional revisados en esta tesis. La mayor heterogeneidad de estos sectores, el declive del componente obrero y la debilidad de organización sindical, arrebató la izquierda la posibilidad de insertarse de manera exitosa en estos sectores, aunque el desplazamiento a la marginalidad urbana iniciado durante la dictadura tuvo una importante continuidad en este período. Excluida y debilitada, la *izquierda tradicional* se aglutinó en torno a la crítica al modelo económico y al sistema político institucional, ambos dispositivos *excluyentes* y *símbolos inconfundibles* de la continuidad con el régimen de Pinochet. Así, durante el período post-dictatorial, abandonó definitivamente el componente vinculado al trabajo y la posición estructural en la construcción de su identidad, generando un nuevo eje identitario basado en su condición de *exclusión*. En ese marco, este conglomerado se ha vinculado directamente a la representación de los grupos excluidos: marginales urbanos, indígenas, mujeres,

---

sociedad más justa es posible sin su secuela de consecuencias traumatizantes?" (Entrevista a Ricardo Lagos, 1994:359).

<sup>57</sup> Con respecto a este punto, véase: Anexo 4, Cuadro 5 y Gráfico 5.

comunidad lésbico – gay. En ese contexto, consolidó una nueva forma de concebir la política, basada en un componente anti-estatal y orientada al cambio cultural.